

Gustavo Vaca Narvaja

ABÚ y las Mil y una Bombas

2008

El cementerio estaba habitado por *djinns* creyentes: salió una djinna que miró el rostro de Hasan mientras dormía, al verlo se maravilló de tanta belleza y perfección y dijo: “¡Gloria a Dios!, este muchacho parece una hurí del paraíso”. Luego se echó a volar por el aire y vio un *ifrit* que también volaba.

ANÓNIMO (*Las mil y una noches*)

Introducción

Hace cinco mil años el Paraíso terrenal, el hábitat de Adán y Eva, ocupó las tierras de *Al Qurnah* al sur de Irak. Su vegetación generosa se nutría de aguas subterráneas filtradas del Éufrates y el Tigris. Allí nacieron también *Las mil y una noches*: ‘La lámpara de Aladino’, ‘Alí Babá y sus cuarenta ladrones’. Aguas abajo, la isla de Simbad. Aguas arriba, el monte Ararat donde Noé ancló su barca. En las orillas de los ríos duermen las historias milenarias de Babilonia, Nínive y Ur, habitadas por los reyes Sargón, Nabucodonosor y Hammurabi.

1

El viejo y el niño

De algo puede sentirse orgulloso Abú: de sus antepasados. Descendiente de sumerios y maadams, organización tribal asentada en la Mesopotamia de nueve mil kilómetros cuadrados de lagunas y canales, que inundada en épocas de abundancia triplica la superficie productiva. Era su tierra y también su origen. De ellos heredó algunas cualidades sabias y guerreras. Abú nació en las marismas, donde eternas aldeas de cientos

de casas flotantes, confeccionadas con caña y estiércol de búfalo, permanecían ajenas al tiempo. Muchos metros de largo permitían desarrollar actividades que un agricultor de tierra firme habría pretendido. Abú transitaba los canales en precarias *mashhuf*, embarcaciones de vegetal, que manejaba con maestría y dedicación.

Sus padres sufrieron la invasión británica en la primera guerra mundial y asistieron, tres años más tarde, a la humillante captura de Bagdad. De allí en más, por distintas razones —guerras regionales y enfrentamientos intestinos— no conocieron la paz. En la época del Gral. Karim Kassem, tuvieron que emigrar por seguridad a Faluya, pocos meses antes de que éste fuese derrocado por Salam Arit. En esa época, la familia de Abú perdió una decena de parientes inocentes en enfrentamientos armados callejeros y Abú comenzó a militar en el partido Baath cuando Sadam Hussein, reacondicionó con nuevas reglas la estructura partidarias. Intervino, más tarde, en la guerra con Irán durante ocho largos años a pesar de ser un hombre de edad. Después, fue separado de la tropa en la invasión a Kuwait en los noventa, contrariando su persistencia por combatir. Su edad no le permitió acción directa alguna, por lo que fue discretamente ubicado en retaguardia, en el área de abastecimiento, hasta que una bomba americana destruyó el depósito y Abú fue internado por largo tiempo en un hospital de campaña. Fue derivado al hospital Chuwader en Sader City, en el inmenso barrio pobre de Bagdad, hasta su recuperación. Durante ese tiempo que se mantuvo inmóvil, aprovechó los largos meses para leer, completando su formación intelectual. Simultáneamente, cuando fue dado de alta, Irak quedó incluida por los norteamericanos en la triste lista del Eje del mal: invento necesario para una absurda guerra no declarada contra el Islam.

Abú asiste sin armamento al exterminio de Faluya y por ende, su familia desaparece, quedando solo entre escombros hasta ser capturado y encarcelado injustamente por norteamericanos en la prisión de Abu Ghraib, por considerarlo presunto integrante de

al-Qaeda. Muchos meses antes del atentado en Hilla, el anciano Abú fue liberado de Ghraib donde había sido torturado y humillado. Vivió una pesadilla por meses. Las imágenes obtenidas en prisión navegaron el océano de internet por todo el mundo. Abú está en una de ellas crucificado, con el cuerpo llagado y sangrante. Su honor, húmedo de lágrimas, tiene una débil prolongación de una dignidad mantenida en silencio. La inocencia no alcanzó para liberarse de azotes. Soldados norteamericanos llevaron a prisioneros a situaciones de extrema crueldad. Picanearon sus cuerpos y genitales y mutilaron los dedos de sus manos. Desnudos, los *american boys* orinaron sobre ellos y les hicieron comer sus propias excretas. Los fotografiaron, para tenerlos como trofeos. Los filmaron. Querían registrar su sadismo. Los perros se divirtieron en sus cuerpos. Poco antes de ser capturado, Abú era un hombre silencioso y pacífico. Al liberarlo, una necesidad extraña de venganza invadió su contextura delgada.

Resalta de su cuerpo longilíneo el rostro anguloso. La mirada transparente produce sentimientos contradictorios; nadie atina a reconocer sus años. Sus grandes y afiladas manos pertenecen al arte. Una gran cicatriz en medio de su pecho recuerda secuelas de guerras pasadas. La cabeza cubierta con turbante le da un aire de distinguido linaje. Los pies descalzos asoman de una larga y descuidada *disdasha*. En esos días grises, desde su celda, percibe la nube de aviones descargando bombas sobre Irak. Pocos meses después de que ingresaran violentamente en su tierra, soldados y orugas invasoras arrasaron viviendas, mezquitas y tumbas de sus antepasados envueltos ahora en sueños tumultuosos. El horror de una guerra despojó su libertad y condenó a miles de cadáveres a no tener más homenajes. La libertad prometida concurre con bombas y muertes. Arrebataron sus fantasías. Lo invadieron con temores. Quitaron vidas las bombas, tanques y orugas. Mezclaron cenizas con arena.

Tiempo después fue liberado por presiones internacionales. Afectado psíquicamente, deambuló por calles solitarias recitando poesías y profecías, por lo que le llamaron ‘el hombre sabio’. Desde esa época el anciano vaticina desgracias a pobladores temerosos que acuden a su sapiencia. La súplica impotente lanzada en el aire enrarecido enmudece. Todos escuchan resignados al anciano que desde una tarima abandonada recita:

—¡Eh, soldados del mundo! ¡Eh, hombres de la guerra! ¡No arranquen más ilusiones! Abandonen las armas y en esas manos ensangrentadas, lleven juguetes de madera. De madera como el ataúd que envuelve cientos de cuerpos inocentes. —Mira sus manos grises y piensa en su dolor. Hace tanto frío en la arena, que la ceniza de un pueblo no podrá cubrir su piel ajada, disfrazada de arena.

—¿Ceniza de qué? —pregunta una víctima.

—¡Nunca sabrán! Nadie lo dirá —responde y continúa exclamando—: ¡Eh, soldados del mundo! ¡Eh, hombre de guerra! Dejen caer una lluvia de juguetes, de alimentos y de portarretratos; ¡sí!, de portarretratos, para enmarcar fotos, miles de fotos sonrientes, de ausentes en algún lugar sin cenizas que les recuerden a sus familiares. ¡Eh, hombre de la guerra! ¿Que harás ahora? ¿Arena y olvido o cenizas? ¡Eh, hombres de guerra!: abandonen las armas y llenen sus manos de ilusiones, para luego dejarlas caer en la arena. Saldrán flores rojas... —No puede continuar, lo invade una extraña sensación de ahogo.

Abú calla. Desciende de la pequeña tarima con un sentimiento exacerbado, el público silencioso reflexiona sobre sus sentidas palabras. Ese día, a pesar de oraciones de clemencia, una pequeña ventana de madera muestra la secuela de su impotencia. Astillas desordenadas cuelgan como si fuesen filamentos delicados de un género ausente. Los marcos destruidos. Cientos de ilusiones invisibles en el recinto se esfuman; se eva-

poran mágicamente por rendijas o heridas en paredes fracturadas de explosiones. Dicen que así darán libertad.

2

El año 1991 decretó el inicio de ruinas para Irak. Bombardeada por norteamericanos, hoy son escombros en silencio, bibliotecas milenarias hechas cenizas; mezquitas patrimonio de la humanidad, lastimadas o destruidas; museos saqueados; los templos de Nínive y el Ziggurat rosado de Ur: destruidos. Fueron calificados por los invasores como ‘errores o daños colaterales’. En realidad fueron daños intencionales. Nadie ignoraba que eran el centro y origen de la cultura. Tres años más tarde, los mismos pilotos norteamericanos desbastaban el patrimonio cultural, encabezando la invasión más sangrienta del Medio Oriente. Ciento cincuenta mil marines desplegados para imponer un mesiánico orden, basado en una infantil y grave mentira. Cientos de convoyes Humvees, habitados por centenares de soldados apuntando sus armas por diminutas ventanas. Pasan levantando polvareda, acompañan por tierra la rutina de bombardeos masivos en Bagdad, Balad, Baquba, Samarra y Ramadi. Aislamiento total de Faluya antes de atacar con bombas racimo. Todo es confusión. La destrucción por el invasor supera cualquier cálculo. El mismo líder chiita ayatolá Alí Sistani, convocó a una marcha para salvar la ciudad santa de Najaf, donde duerme el santuario del Imán Ali Ibn Talib. La manifestación fue baleada por soldados norteamericanos. Cientos de muertos. Decenas de fusilados abandonados en las calles. Cuerpos perforados. Bombas inteligentes, silenciosas, se introdujeron por desagües llegando hasta las mismas entrañas de las ruinas de Nimrud.

La tumba de las tres reinas asirias estalló salpicando al aire estatuillas de piedra de sumerios, esculpidas tres mil quinientos años de Jesucristo. Nada impide el avance de esa brutal invasión. Cientos de niños y mujeres se refugian en lugares santos. En Bagdad, invaden la mezquita de los Mártires y el palacio de los Abasidas. Irak duerme sobre más de diez mil lugares arqueológicos que siguen, a pesar de su agonía, aportando datos sobre el origen de la civilización. Ahora, es testimonio vivo... de muerte.

Todo es confusión y miedo. En ese ambiente enrarecido, el polvillo de tierra enfurecida, ahoga el anciano. Los cristales rotos; la masilla vencida por la fuerte explosión se esparce en el suelo y un sinnúmero de astillas de metal incrustadas en paredes desnudas, son parte de esas ruinas secuela de la agresión de esos pájaros de metal que siguen descargando bombas sobre indefensas poblaciones, entre ellos, el anciano Abú, que no tiene lágrimas. Sus ojos son tristes cuencas vacías. Las palabras abandonadas en el ambiente, retumban en ecos repetidos por segundos. Minutos de asombro. Miedo. Un temor corroe su cuerpo inocente cubierto con holgada *disdasha* blanca. Abú, espera sumisamente su destino. Varias semanas han transcurrido desde que las bombas pusieron fecha a la muerte. Armas químicas y el criminal fósforo norteamericano, diezmaron poblaciones enteras. Una visión opaca impide al anciano descubrir sin asombro el daño producido. Sus manos sangran con la piel herida. Algunos cristales permanecen capturados en tejidos ajados. Un silencio absoluto sigue al estremecimiento de explosiones. Después de los ataques arteros: un inagotable silencio anticipa los gritos desgarradores de sobrevivientes. Una rutina. Una guerra sin declarar matando inocentes. El anciano no se mueve de la vieja hamaca de esterilla. A su lado, un plato con restos de *S'baa el Aazoussa* abandonado, y el vaso trizado con restos de vino de dátil a medio tomar. Ni su muerte podrá quitarle la vida. Hay hombres que se anticipan a la muerte. Burlan su venganza.

El rostro del anciano permanece incólume. Cava un túnel en el tiempo con mirada perdida, ausente; una lejana expresión, custodiada por cejas despobladas acompañan párpados apergaminados. Decenas de surcos recorren su rostro. Descienden sin encontrar rutas definitivas. La boca mantiene una línea intrascendente, labios agrietados. Manos delgadas manchadas, islotes marrones en la piel se entrecruzan sobre las delgadas rodillas en un mensaje de auxilio mudo. Su cuerpo ha perdido la fuerza de épocas pasadas. La espalda tomó la curvatura del cansancio. Su figura está lejana de aquel venturoso y combativo joven, que hería la tierra con su arado filoso. Nadie puede describir el estado de su alma. Solo él conoce lo que es vivir en ese vacío. Una tristeza envuelve al hombre solitario que ya no admite equivocación a la inmortalidad. Hoy es un invisible hombre abandonado al destino incierto. La cabellera nevada dispara mechones desprolijos sobre la frente y ondulan caprichosos confirmando su desventura. En ese estado de desamparo, el anciano espera que se alejen los motores del cielo sin manifestar una sola protesta. “¡Tantas muertes..., tantos inocentes muertos por el infundio Bush!”, medita Abú.

La resignación ha ganado. Lo invade sin darle oportunidad al rechazo. Si antes era un hombre abatido por los años; ahora, es vencido por esa destrucción aberrante de armas traicioneras. Los pocos minutos de silencio coinciden con un amanecer desgarrador. Como muestra del poderío aéreo, decenas de ruinas y cadáveres en las calles, restos humanos sorprendidos en su primera caminata hacia el trabajo. La información radial oficial sostiene que han eliminado focos de insurgentes asesinos. “Si vieran sus rostros, sus ropas, su miseria... nada tienen de guerreros o terroristas”, se dice Abú en voz alta, hablándose a sí mismo; porque a su alrededor solo habita la muerte.

El anciano no conoce a uno solo de ellos. Mira atentamente los muertos en las calles. No puede distinguir sexo ni edad. Los cadáveres, grises de polvo, yacen a la es-

pera de cientos de habitantes lanzados en búsqueda de identidades perdidas. Parientes, amigos, hermanos, el desconcierto no cesa. Cada vez que exponen el rostro de un hombre o un niño inanimado que no coincide con sus afectos, desesperan. Así; decenas de muertos son visitados por familiares angustiados; hasta que al fin, un hombre, una mujer o un niño recibe el grito de dolor de padres, hermanos o parientes. Los acunan. Les hablan como parte del homenaje póstumo y besan su frente con delicada ternura, sabiendo que nunca más verán ese cuerpo a su lado, con vida.

3

El anciano vivía en ese lugar, entre escombros y cuerpos pestilentes: Faluya, bombardeada en las noches, destruida en el día, pisoteada en las tardes. Las dos terceras partes de Faluya ya no existen. Son ruinas grises, polvo, tierra sin vida. Abú escapa de allí hacia Hilla, donde está el resto de su familia diezmada. De nada valieron sus reclamos, oraciones, plegarias. Todo Irak está entre nubes de polvo. La gente escapa de una muerte aérea. Los aviones aparecen sin ruido, como si fuesen inocentes dibujos en papel. Silenciosos, sus bombas hacen temblar la tierra. Abú camina en la meseta como autómata. Los ruidos y explosiones se hacen rutina hasta llegar a Hilla, donde encuentra parte de su familia. La mayoría, muerta por bombas racimo. Persiguieron sus huidas. La brutalidad ciega del invasor no puede compararse ni al peor hecho vándalo de los mongoles cuando invadieron Irak, al que dominaron por siglos hasta el triunfo de los otomanos.

Abú no habla; solo mira lo que aún tiene vida. Casi nada vive en Hilla al igual que en Faluya. Una mañana escucha una explosión. “Bombas americanas”, piensa equivocado. Era una bomba, sí; pero de la resistencia al invasor —muyahidines— que también hiere a su gente. Todos matan en Irak. La muerte danza en Irak. La muerte vive en Irak.

Abú sale a la calle, pero no tiene a nadie para reconocer. Todos sus afectos desaparecieron. Nadie tiene un regreso. Solo atina a levantarse de su silla vetusta y empujar la puerta vencida en bisagras rotas. Camina con su corazón agotado. Débiles piernas permiten sortear deshechos humanos esparcidos como arbustos aislados. Sigue. Camina. Cientos de civiles piden justicia. Dos soldados norteamericanos, decapitados en la vereda, con clavos incrustados en sus ojos y manos amputadas son muestra de odio incipiente.

Abú es nuevamente un hombre invisible. Nadie le habla. Nadie lo llama por su nombre. Nadie lo recuerda, hasta que encuentra un niño, que aún no ha vivido sus diez años. Está sentado al lado de una mujer ausente de vida, su madre: Hashmiya. El niño toma la mano derecha de su madre y con ella juega en silencio, como si fuese un acuerdo sellado antes de ser abandonado. Pasa su palma sobre su rostro para secar lágrimas que brotan sin lamento de sus grandes ojos enrojecidos por el dolor como único gesto de protesta a su condena injusta. Ese niño, hijo de las bombas, está condenado sin haber vivido a una soledad sin futuro. El anciano se acerca sorteando un carrito que aún tiene en su loneta de agua una carpa del Tigris viva, ajena a esa guerra. En el suelo, se esparcen artesanías de cobre con el tallado del León de Babilonia. Sin embargo, están solos a pesar de que pasan a su lado decenas de habitantes gritando. Nadie rescata la desgracia. El niño levanta sus ojos húmedos y ve al anciano acercarse. Una luz aparece en los ojos apagados del niño, se encienden como estrellas pequeñas descubiertas en un cielo diáfano.

no. Su rostro pierde dolor y retoma la única mano de su madre que él puede mover para llevarla con inocencia transparente a su pequeño y desnudo pecho sobre el pequeño relicario de plata, heredado como el único símbolo de propiedad.

Le habla al anciano con voz tan pequeña como su edad: “Es mi madre, Hashmiya”.

Un nombre sin eco. Una palabra perdida en esa batalla desigual. La mirada estrellada de luces del niño tiene un sentido trascendental que conmueve a un anciano curtido. Por primera vez lo necesitan, aunque sea ese pequeño niño recientemente huérfano, que ni siquiera conoce su nombre.

En esa escena confusa, con tanta gente herida por el dolor, se encuentran un anciano y un niño; como si fuese el símbolo inequívoco del pasado y el presente. Una síntesis perfecta que mantiene entre ellos el cuerpo inerte de una mujer joven, mirando fijamente desde el suelo, el lento andar del anciano. Está segura que su mirada perdida guía el camino más directo hacia su desvalido hijo. Misteriosa es la muerte cuando los ojos permanecen abiertos en el vestíbulo de la muerte, ese pequeño recinto gris, paso previo antes de partir definitivamente. Esa mujer supo que podría encontrar el anciano antes de volar al infinito. Están separados por escasa distancia: el niño con la mano de su madre en el pecho, el anciano arrodillado a su frente sin emitir una sola palabra. Mira con curiosidad al niño, que le ha preguntado entre lágrimas sin saber su nombre:

—¿Por qué estas solo, hombre del ayer?

El anciano solo atina a mirar con ternura; porque ese niño, antes de manifestar su angustia y dolor, ha preguntado de su soledad. Entonces responde:

—Porque soy viejo, niño. Los viejos viven ausentes.

—Quédate conmigo hombre viejo, te necesito para soñar —le pide el niño sin titubear. Inesperadamente extiende su manito sobre la del anciano y la lleva junto a la de

su madre apresándola contra su pecho. El anciano, por primera vez, percibe en sus ojos lágrimas de agradecimiento; como si hubiese sido un milagro de vida, le dice al niño: “Gracias”. Una palabra olvidada en los últimos años.

—¿Por qué lloras, hombre viejo? —le pregunta el niño al verlo llorar, con voz de tierno consuelo.

—¡Porque estoy vivo, niño! —responde Abú.

Ambos quedan en silencio en el velorio íntimo de la calle. Tres manos sobre un pequeño corazón que inicia la vida. Los párpados de la mujer se han cerrado. Duerme sin tiempo. Duerme abrazada a un recuerdo que ya no verá. Ha cubierto de luz la calle gris, y esas pocas palabras quedaron en la cuenca de sus manos, navegando sueños eternos.

Un camino siempre es inicio, una incógnita, un proyecto de sueños. Siempre hay un camino para hacer en la vida. Así como al día sigue la noche, el amanecer regresa inexorablemente, mes tras mes, año tras año. El tiempo deja esa huella huidiza que impide mantener la memoria exacta. Marca etapas vividas. Es un sello indefectiblemente cierto.

El anciano, hombre de años acumulados en su espalda, camina al lado de ese retoño pequeño que desea descubrir futuro. Los une el dolor de pérdidas y también parte de una historia revuelta en escombros de guerra. La figura longilínea y encorvada destinada a la vejez acompaña una pequeña estructura sometida al crecimiento. Una cinta de tierra sin fin se presenta ante ellos como la única ruta de vida. Caminan separados, envueltos en recuerdos y tristezas; pero hermanados en una promesa mutua: encontrar un lugar, un espacio donde vivir en paz. El anciano recuerda su infancia en las marismas, esos islotes artificiales flotando en aguas dulces, cuyo piso de carrizo renovaban anualmente, para evitar que la precaria vivienda vegetal se hundiera en las aguas. Los flota-

dores de madera le permitieron navegar con sueño del filibustero. Como hábito, cuelga de los arcos de caña juguetes caseros. Su primer desarraigo se produjo cuando su familia tuvo que emigrar al desierto por desalojo. Casi se podría decir que siguieron los pasos de la joven inglesa Gertrude Bell, antes de clavar su bastón casero para fundar Irak. El silencio es interrumpido por un diálogo de reflexión, donde el niño huérfano pregunta y el anciano responde.

—¿Esto es la guerra, hombre viejo? —pregunta el niño, caminando apresurado con sus dos piernitas delgadas.

—Esta guerra no es tuya. Es ambición, niño. La guerra es locura; la ambición, destrucción. Lo que has visto es parte de esta vida de ambiciones desmedidas. Alguien decide lo que uno nunca quiso y somete a pueblos enteros a la desgracia de una derrota. A veces, la ambición no termina en la muerte del enemigo. Continúa apropiándose de su historia y también de su futuro. Es el robo más infame. QUITAN tu pasado. BORRAN imágenes de seres queridos. SECUESTRAN tus afectos. Se regocijan viéndote sufrir aislado en el terror. —El anciano duda si sus palabras esclarecen al niño, pero necesita hablar— Nunca es suficiente el despojo. Anhelan siempre algo más. No hay límites en la ambición. Ellos se arrogan el poder de la sentencia, sin importar que lágrimas rebalsan océanos ante cientos de cuerpos sin nombre, sin rostro, sin vida. Esas cascadas de bombas generan procesiones injustas de muerte. Ellos atacan niño. Tú sobrevives. Nadie sabe cuántas primaveras habrá con cenizas.

—¿También mataron mis juguetes? —pregunta inocentemente el niño.

El anciano lo mira enternecido. Trata de hablar pausado, como si necesitase un tiempo distinto al propio, para explicar al niño huérfano, las razones de esa larga e injusta guerra.

4

Decidieron abandonar vivienda y tierra labrada llevando únicamente su pobreza. El niño perdió su madre; sobreviviente hasta su muerte, en esos días de violencia. Transportan sus pertenencias en pequeños bolsos, colgados de un palo seco apoyado sobre sus hombros. Un botellón de agua atado precariamente con tientos pende de su cuello. El niño lleva en su mano derecha la foto de su madre. Los cristales trizados rayaron su pasado. El niño le cuenta sus sueños, héroes, recuerdos más cercanos de juegos y florecen risas inocentes que son su tesoro. El anciano escucha mirando un horizonte lejano, igual que el poeta condenado a no utilizar su pluma para hilvanar lluvia de letras. Y regresan imágenes de infancia, pero son tan lejanas, que no recuerda si fueron felices.

Cuatro años de destrucción y ocupación por soldados angloamericanos parecen no bastar para justificar esa matanza que el mundo sigue por la televisión y los diarios, que solo informan de muertes, bombardeos y atentados. Curiosamente, a los cuatro años de estas matanzas, los invasores elevaron el anteproyecto de ley de hidrocarburos, para privatizar la explotación petrolera por cuarenta años, redactada por americanos. Irak, por ser la segunda reserva más importante de petróleo en el mundo, explica lógicamente el por qué de este genocidio. El reparto de la energía y la destrucción del origen de la cultura islámica en el mundo. En contraste, ese niño lleva en su mano derecha el retrato de su madre en un portarretratos trizado. Cada tanto se lo muestra a Abú y pregunta:

—¿No es cierto, hombre viejo, que mi madre es muy bella? —y lo acompaña con una sonrisa inocente de vida, como si aún no pudiese separar dos realidades: vida y muerte.

—Muy bella, niño. Muy bella —responde Abú, conmovido.

—¡Sí, hombre viejo!... todos dicen lo mismo... ¿Cuándo la veré?

Abú calla.

El anciano y el niño, coincidencia que nada lo explica. Solos, buscando juntos un camino incierto para escapar de la muerte. Una caminata sin horario. Un destino común. A unos ocho kilómetros, una sombra en la orilla los atrae. Un árbol solitario con follaje suficiente para el descanso asoma. El anciano señala el lugar con su índice. Ambos se refugian del sol y el pan se divide en partes iguales. Un sorbo escaso de agua logra refrescar a los peregrinos. El cansancio vence la vigilia. Esos dos solitarios habitantes del camino duermen bajo el reparo del árbol. Párpados cerrados obligan a una intimidad serena. El camino no descansa; continúa hasta el horizonte, es su límite natural, pero siempre se mueve y escapa. Nunca es alcanzado.

Mientras que el anciano sueña con un desfile de cajones opacos que llevan cuerpos; el niño sueña con un pequeño avión de papel que despliega picardía en los aires pueblerinos. Abú asume resentimientos acumulados por años, con silencio. Han vaciado su vida quitándole pequeñas alegrías como venganza mezquina. Se hamaca en una oscuridad que lastimosamente crece. El anciano despierta. Un extraño le sacude el brazo derecho con timidez: “¡Anciano, despierta!”.

El anciano entreabre sus párpados encontrando una figura ajena. Es un hombre vestido con ropa humilde, de conformación robusta, cara serena y un interrogante entre sus cejas. Su primera reacción fue girar la cabeza en búsqueda del niño; permanecía dormido, apoyando su cabecita en el bolso de la ropa. Hace un gesto de complicidad con el extraño llevando el índice a su boca para pedirle silencio. El hombre comprende y en voz baja invita a alejarse para hablar.

—¿A dónde viajas anciano? —pregunta el extraño.

—Viajamos al norte. Buscamos escapar de la muerte —contesta el anciano.

—¿Es tu nieto?

— No, un huérfano.

El anciano se da cuenta de que otra vez ignora el nombre de su interlocutor. El hombre se presenta

—Soy Qasim. Vengo de dejar cuarenta moribundos en el hospital de Chuwader. Haces bien en salir de Hilla, hombre viejo. Los ataques a nuestro pueblo no solo han dejado ruinas; ahora hay enfermedades por todos lados: epidemias, hambre, abandono. No hay agua potable en ningún lugar. Los niños mueren por cólera, tifus, hepatitis y desnutrición. —Y continúa—: Los americanos están matando a todos con armas químicas y fósforo, hombre viejo. Y el mundo en silencio. Mira, yo voy al Zoco de Al Bazzarin en Bagdad, a vender verduras, hasta allí puedo llevarte; aunque también es peligroso. ¡Cómo será el daño, que están destruyendo hasta las mezquitas!

Abú lo mira con una indiferencia triste. Sabe que poco es lo que queda de aquel edén bíblico. No tiene mucho para elegir y piensa que tal vez desde Bagdad pueda seguir al nordeste, a las montañas del Kurdistán y desde allí pasar a Irán o Turquía. Lo importante es alejarse de la masacre más reciente. Agradece a Qasim. Acepta ser transportado.

—Tienen que subir a la caja, porque en el asiento llevo paquetes de tejidos y artesanías de cobre.

—Lo importante es salir de aquí— afirma Abú decidido. Toma sus pocas pertenencias, sube al niño primero y luego se acomoda. Le hace una señal a Qasim para que arranque el vehículo.

El furgón viejo avanza por caminos de tierra. El anciano y el niño acompañan frescas verduras. Sus cabezas asoman a los lados y la brisa sacude sus pelos. No es una

velocidad importante. Los años del vehículo se hacen sentir, pero es tal la distancia que separan los pueblos, que ambos están agradecidos al extraño y gentil hombre que se ofreció a llevarlos. La rutina del viaje los adormece. El anciano sueña que un camino monótono y serpenteante que asoma en orillas de un majestuoso continente fugado, cubierto de mar, inmensamente infinito e indomable, con playas solitarias disfrutando bonanzas de sol. Semeja un abierto collar holgazán bordeado de una espuma caprichosa de marea. Algunos riscos rompen el hechizo del paisaje uniforme y una gran superficie de piedra húmeda, sumergida silenciosa en agua salada, contrasta con atardeceres breves, testigo del sol, cuando apaga horizontes naranjas. Una línea de mar acaricia el cielo. Imagina barcos linyeras navegando silencios, acunados en olas gigantescas, mostrando orgullosos sus mástiles delgados cincelados en madera, hasta percibir gaviotas jugando, cavando túneles al viento, que al quebrar sus alas, descienden como flechas blancas buscando su presa. En el ocaso del día, repliegan sus alas cansadas cuando la luz despierta el crepúsculo y se rinde mutado en luna atrapada de leyendas.

Abruptamente el camino irregular lo despierta y lo regresa al monótono gris. A la tierra y el polvo. Escapa de ese paisaje virtual que encantó a un Abú. La noche paraliza la luz y el silencio de siglos dormidos aparece de negro, borrando imágenes de lanceiros con arcos vacíos, convertidos en sombras. Hasta que un medallón blanco asoma convertido en luna, devolviendo la mirada a formas desteñidas de figuras que mágicamente, en las orillas de ese mar soñado, deambulan sobre una plateada protesta de espumas blancas. Suben y bajan. Hasta que la noche es atravesada por una filosa oscuridad.

El viento perenne despierta y palidece el rostro descubierto del anciano, dibujado en papiros pétreos. Mira al niño vencido, acurrucado con el gesto inocente de quien no conoce aún la maldad. Se compadece de su historia. En Abú hay fronteras agrietadas

en su vida, desconocidas por él: a pesar de sus años y ser un hombre rústico de campo, accedió tempranamente a la lectura que alimentó su mente. Las letras hicieron del hombre anciano un pensador silencioso. Un observador agradecido a la vida, a pesar de los sinsabores que siempre consideró pruebas, más que desgracias. Se nutrió de sufrimientos ajenos. Mezcló sus lágrimas cuando aún las tenía y trató de entregar lo poco o mucho que supo atesorar en su vida campesina. Pero nunca fue suficiente en ese trayecto agitado. En esta nueva e incierta búsqueda de sobrevida, el anciano decidió sortear escollos. Siempre admiró cómo de una semilla opaca y seca nace una flor bella, o cuando vio retozar pequeños animales que nacen caminando con su primera actitud ante la vida: alegría. Esa salvaje actitud inocente existe. La disfruta y contagia una naturaleza pródiga de maravillas. Sabe el anciano que ese nuevo camino será otro desafío, como si esta reiterada forma de acosarlo fuese rutina. Cuando era adolescente le hablaron de los jardines colgantes de Babilonia, los santuarios de Abu al-Fadhil, el castillo de Ukhaider y las ruinas de Ur. Deseaba conocerlas. “Nunca te olvides de que esta tierra es la cuna de la civilización, la cultura y las letras, Abú...”, repetía su abuelo en los largos atardeceres, en sus viviendas flotantes. Abú lo miraba con una digna admiración y respeto. Siendo joven, acompañaba a su abuelo en el Ramadán durante los tres días del mes sagrado musulmán. Le gustaba también que le contara el origen de las leyendas de *Las mil y una noches*: la historia del Rey Shahriyar y su hermano el Rey Shahzaman, o la historia del quinto hermano del babero; o el pescador y el Elifrit. Ni hablar de las historias de Simbad el marino o las decenas de noches en que Shahrazad se da cuenta de que llegada la aurora, debía salvar su vida. Si no hubiese sido por ese buen hombre, su conocimiento habría sido muy limitado. Él fue quien le despertó el hábito de la lectura.

Abú observa al niño que, arrodillado, se toma de la barandilla de la furgoneta y mira entusiasmado el ingreso a la ciudad de Bagdad. Le recuerda que esa necesidad de

ver todo al mismo tiempo la había sentido él cuando de niño conoció Kerbala. Permanece en silencio, cómplice de ese estado, tratando de no interferir en sus descubrimientos. Súbitamente se da cuenta de que aún no sabía el nombre del niño.

—Y... ¿cómo te llamas, niño? —le pregunta, tratando de no interrumpir ese hipnótico estado.

—¡Fardus! —el niño contesta sin mirarlo, con cierta indiferencia.

—¡Fardus!... mmm, bueno, al menos tienes un lindo nombre.

El anciano rota su cabeza cuando descubre que se acercan a la mezquita de Kadhimain y le advierte al niño que están llegando. Fardus no le responde.

5

Abú reconoció la majestuosidad de la mezquita de Kadhimain; su abuelo la describía casi de memoria y hoy, la tarjeta postal ajada se convertía en realidad. Esa mezquita había sido construida encima de las tumbas de imanes descendientes de Mahoma: Musa Al Qasim y Muhammad Al Jalad.

—Nunca te olvides de ese detalle, Abú..., cuando la visites debes orar por ellos. Irak siempre fue codiciada. Interminables guerras por poseerla llevaron siglos de lucha y muertes; hasta que el descendiente de Mahoma, Abul Abbas, venció a los omeyas y se autoproclamó Califa —le dijo el anciano y respiró profundamente como si la necesidad de reemplazar el aire en sus pulmones lo acuciara.

Su abuelo era un admirador de Abbas. Transmitió ese sentimiento a Abú. Tal vez esas historias podrían ser contadas también a Fardus, pensó el anciano orgulloso de sus conocimientos.

Las calles llenas de escombros dificultaban el tránsito. Viviendas derrumbadas; un mundo de gente con lamentos y quejas; y un hedor pútrido de cuerpos aún no rescatados invadió su olfato y le obligó a cubrir su rostro. El niño lo imitó y se sumergió en la verdura fresca. Qasim se asomó a la ventanilla y le gritó:

— ¡Abú!, ¡dos cuadras antes del Zoco debes bajarte. Los retenes de seguridad te pedirán documentación y seguro que no tienes la de Fardus!

— ¡Así será Qasim! —respondió Abú, hombre obediente y resignado, gritando cerca de la ventanilla del conductor.

Una multitud de mujeres y niños atraviesa la avenida principal en protesta contra las muertes masivas. La bandera americana humea con restos de estrellas desgarrada en el mástil desnudo. Encabeza la manifestación un gran cartel, un gigante cartel de propaganda fija, donde muestra a un grupo de niños recibiendo agua pura de una canilla y gritando “gracias”. La propaganda es de la empresa americana Bechtel, a la que le adjudicaron en forma directa más de mil ochocientos millones de dólares para reconstituir el sistema de agua potable en Bagdad. Estafas de guerra. Negocios oscuros. Curiosamente colocaron bocas de expendio desconectadas de cañerías y pintaron edificios; de agua nada. Tal como relatara el ingeniero Hassan Kadel en *Petróleo, Gas, Agua*. El negocio del invasor que Abú leyó entre escombros. Mientras tanto, siguen muriendo niños por disentería, cólera y desnutrición. Sin duda no son los niños Bechtel del cartel.

Dos cuadras antes, Qasim paró el vehículo. El hombre viejo y el niño bajaron trabajosamente de la caja. Qasim abrió su puerta, bajó, dio un abrazo al niño y luego palmeó el hombro de Abú.

—No te pierdas, hombre viejo. Entregaré esta verdura y después nos encontramos al final del zoco para comer algo. Tengo algunos amigos que pueden ayudarte con el niño.

Nadie en la calle repara en ellos. Cientos de hombres y mujeres transitan en desorden. Muchos caminan con rostros adustos. Otros asustados. Cientos de heridos y lisiados. Abú observa sus rostros. Hay dolor en todos. Toma la mano del niño y le dice: “No te alejes de mí, ni sueltes mi mano hasta que yo te diga”. El niño obedece sin ningún comentario, pero sus ojitos están muy abiertos. Nunca había estado en Bagdad. Esa marea humana lo intimida.

Qasim se aleja en su camioneta lentamente. esquivando gente y tocando bocina. Tal como le había anticipado a Abú, un retén de seguridad lo para a doscientos metros, todos soldados norteamericanos armados, muy armados. Tienen mucho miedo los soldados invasores. Qasim se baja protestando y señalando la caja de su camión con verduras. Los soldados no entienden el idioma, solo ven a ese hombre gritando y haciendo gestos, hasta que llega un intérprete que lo traduce nerviosamente. El camión es revisado minuciosamente mientras Qasim sigue gesticulando, mostrando sobres y papeles blancos que Abú apenas los distingue desde esa distancia.

—¿Qué le hacen a Qasim? —pregunta el niño que permanece a su lado, mirando.

—¡Daño! —contesta Abú, cansado.

—¿Son hombres malos, Abú? —Fardus, con voz quebrada, interroga.

El anciano lo mira y no responde en forma inmediata. A los pocos minutos contesta:

—Invasores, Fardus... ya te explicaré cuando seas más grande. —Lentamente se van mezclando con la gente, buscando la zona sur del mercado. Allí se encontrará con el

buen hombre Qasim. En la esquina, unos seis hombres discuten acaloradamente, llevan armas disimuladas entre sus ropas. Cruzan la calle.

“Muyahidines”, razona Abú, saludando a dos de ellos con respeto. A sesenta metros, dos blindados americanos bloquean la calle que va al sur. El cuerpo de Abú se tensa, sin embargo baja su cabeza y camina con el niño de la mano por el costado libre. De una ventana cerca de ellos, la radio árabe Al Jazeera informa que las tropas invasoras han bombardeado en la madrugada Mosul, a cuatrocientos kilómetros de Bagdad. Decenas de muertos civiles. Todos mueren en Irak.

Caminan por el centro de Bagdad, recorren tiendas y bazares admirando la diversidad de ropa, alhajas, artesanías, obras de arte antiguas y les llama poderosamente la atención el laberinto de algunas galerías. Se entusiasman en las calles de Rashid, entre el puente de los mártires y el puente de Ahrar, y en los mercados como el de la calle Sadoun. En un puesto callejero comparten en silencio un plato de shawarma y una taza de té de limón. El niño mira el movimiento de gente con sus ojos muy abiertos, un espectáculo desconocido para él, y escucha atentamente al dueño del puesto callejero cuando le cuenta cómo vio en esa calle a leones y tigres, escapados del zoológico después del bombardeo norteamericano.

—Yo los vi a pocos metros —asegura, señalando la esquina siguiente y el niño imagina a las fieras en la calle—. Solo quedaron en sus jaulas los animales viejos como los osos Saedia y Saedi, de más de treinta años; no podían moverse. Eran de mi época —se justifica y ríe.

Abú decide abandonar la calle de mercaderes y toma el rumbo a la mezquita. Se acerca la hora de la oración. La mezquita tiene algunos resabios de los bombardeos, sus paredes muestran algunas perforaciones y las escalinatas de ingreso están destruidas.

Avanzan sorteando escombros, se quitan el calzado, ingresan al patio en donde la quibla indica hacia donde deben dirigir las oraciones: La Meca.

Previamente, en la fuente de abluciones, lavan cuidadosamente sus manos, rostro y brazos. Desde el alminar, parte a viva voz el primer llamado a la oración. El niño se queda observando. cerca del mimbar vacío, el maqsura con sus soportales de arquería, decorados con oro y plata, destinado a gobernantes que debían ser protegidos de las traiciones. La mezquita no puede aislarlos del clima de guerra: el nerviosismo, los estruendos de las bombas, los aviones rasantes y las metralletas son parte del paisaje de Bagdad. Sin embargo, el pueblo musulmán cumple con sus ritos y obligaciones.

El viejo y el niño abandonaron la mezquita luego de despedirse de un grupo de hombres que discutían las recientes acciones de norteamericanos e ingleses disfrazados de árabes, que habían colocado bombas en lugares sagrados. De esta manera introdujeron una cuña entre las dos organizaciones religiosas mayoritarias de Irak: los Chiitas y Sunitas. En ambas oportunidades, grupos comandos americanos e ingleses rescataron a sus soldados en manos de la policía iraquí con rapidez y violencia, sin tener en cuenta que estaban detenidos e investigados por actos terroristas. Ellos mismos, desde las sombras, sembraban el crimen y el odio; incluso el auto Caprice cargado de bombas de la CIA fue llevado impunemente para asesinar civiles. Abú, sin intervenir en la discusión, antes de retirarse, como era su costumbre, profetizó: “Si la vida es tan solo un humo vano y la tierra un pantano, para nosotros es dulce la muerte, nos impide sufrir en nuestros lechos bajo negros techos... no pasará mucho tiempo en que los invasores tendrán que retirarse marchitos y vacilantes, perseguidos por una turba humana enardecida”. Luego tomó la mano del niño y se retiró en silencio.

El grupo de hombres hizo comentarios favorables para que continuara, pero el viejo se alejó. Ya era hora de reunirse con Qasim en la punta del zoco de Al Bazzarin.

Caminaron por laberintos de galerías y calles muy estrechas, hasta que llegaron al zoco, pudo detectar en la esquina oeste, un viejo bar donde había sillas y mesas en la calle y a Qasim sentado en una de ellas hablando con una mujer y un joven. Abú se acercó decididamente al lugar. La gente pululaba. El movimiento en el mercado estaba en su apogeo. Con dificultad llegaron a la mesa. Qasim presentó a la pareja joven a sus amigos.

—El es Sadiq y ella Rheen. Ella universitaria. Su familia fue asesinada por los norteamericanos.

—¡Los odio! —aclaró la joven.

—Sadiq —continuó la presentación— es combatiente de la resistencia... No te preocupes, Abú; aún no los han identificado. —Y señalando al anciano, Qasim dijo—: Y ellos son Abú, un viejo cuya familia también fue destruida en Faluya, y Fardus, un niño huérfano de Hilla.

Un silencio cordial entre ellos. El estudio lógico de sus rostros se impuso. Rheen no quitaba la vista del niño. Qasim retomó la palabra:

—Sadiq me está contando cómo han destruido la cúpula de la mezquita de Samarra y llegamos a la misma conclusión. Son los invasores los que programaron esta operación. Quieren que nos enfrentemos entre nosotros y así ellos se evitan ser atacados. Pero bueno, como les decía, Rheen parte ahora a las montañas de manera que ustedes —y miraba fijamente a Abú— pueden ir con ella en su coche, porque el Kurdistan está en esa dirección. Yo y Sadiq tenemos que hacer algunas cosas en Bagdad... —terminó, mirando de reojo a Sadiq y haciéndole una señal para que él continuase.

Rheen, mientras hablaban, colocó dos platos de hojaldres fritos con puré de berenjena y habas para los nuevos amigos.

—Bien —dijo Sadiq, tomando la palabra—, Qasim ya me puso en conocimiento sobre ustedes y espero que la confianza que le entregamos sea respetada. Queremos

ayudarlos y este niño debe saber que su madre, Hashmiya, era colaboradora nuestra en Hilla. Una gran mujer a la cual le debemos muchas cosas que tal vez les vayamos contando más adelante. Rheen tiene la misión de salvar a Fardus, de manera que será la acompañante obligada. No dudo que se llevarán bien.

Tomó la tasa de té de limón, dio algunos sorbos y respiró hondo, como si el hecho de hablar tan directo, le hubiese generado un alivio a su tensión diaria. Qasim miró fijamente los ojos de Sadiq, y siguió atento la descripción del plan futuro. Rheen asentía y de vez en cuando cruzaba su vista con Fardus, que a pesar de su edad, no perdía detalle de la conversación. El que Sadiq se hubiera referido a su madre de esa manera lo reconfortó y comprometió. En realidad, Qasim, cuando vio a las dos personas bajo el árbol y disminuyó la velocidad para acercarse, ya había reconocido a Fardus.

6

Qasim era amigo de Hashmiya y responsables ambos en Hilla de la organización de la resistencia. Pero no sabía quién era ese hombre viejo que acompañaba al niño, de manera que optó por hacerse el que no conocía a Fardus y así estableció la relación posterior con Abú. Qasim simpatizó inmediatamente con Abú; le pareció un hombre sabio. Qasim contó que él hacía unos quince años estaba en Hilla y trabajaba trasladando verdura, pero en su juventud se había dedicado a la cosecha y venta de la resina sagrada, extraída del olíbano, árbol de cuya corteza herida con un cuchillo romo, se desprende una resina que luego se cristaliza y se cosecha en un recipiente para venderla. “Era muy

usada para tapar olores de muertos en velorios y también, para embalsamar cadáveres”, acotó orgulloso de su anterior trabajo.

Fardus miraba con respeto y admiración. Por primera vez se sintió una persona. Poder participar de esa reunión elevó su autoestima a niveles desconocidos. Sus lecturas habituales fueron siempre referidas a *Las mil y una noches*, con las cuales soñaba y despertaba su imaginación. Ahora era como si hubiese encontrado la botella en el mar. Imaginó de pronto que la curiosidad podría más que la razón y se permitió pensar que al destapar el corcho, una columna de humo saldría lentamente tomando forma en minutos, y aparecería liberado un ifrit, dispuesto a cumplir sus deseos y Fardus pensó que su deseo máximo era estar con estas personas que de alguna manera conocían a su madre. Cerrando sus ojos pidió: “Permite que siga el camino de mi madre con esta gente y que su rostro sea siempre radiante. Hicieron el bien y nos pagaron mal, es propio de gente perversa. Quién hace el bien a desconocidos, recibe la misma recompensa que el que protege una hiena”. Una pregunta de Abú lo rescató de sus sueños:

—¿Estás de acuerdo en seguir, niño?

—¡Sí, lo estoy! —contestó inmediatamente Fardus, entusiasmado y agradecido; y creyó ver a un ifrit alejándose volando. Lo saludó con picardía.

Rheen decidió llevarlos al hammam más cercano. Necesitaban un buen baño antes de salir de viaje y fue a comprarle a Fardus unas babuchas y caftanes. El zoco de Al Bazzarin marcó definitivamente sus vidas. Irak es tierra de leyendas. *Las mil y una noches* reflejan hasta qué punto la imaginación del hombre desde hace miles de años, puede llevarnos a fantasías rodeadas de metáforas. Curiosamente todas hablan sobre el triunfo del amor, la violencia y las guerras. Hace ocho mil años antes de Cristo, las comunidades agrícolas florecieron entre los ríos Tigris y Éufrates. A pesar de guerras y ocupaciones por siglos, se desarrolló ahí la cuna de la civilización a partir de la agricul-

tura, la tecnología, el arte y las letras. Sumerios, acadios, asirios, sasánidas y otomanos disputaron control y gobierno, hasta que los británicos haciendo gala de su piratería mantuvieron un férreo control de la vida política y económica hasta 1932 en que se declaró independiente de Gran Bretaña. Luego vendrían las guerras interminables entre sus vecinos o por el poder mismo dentro del país. Revueltas internas y guerras con Irán, Kuwait y los Estados Unidos en la última década pusieron en peligro la convivencia de las etnias que habitan su territorio. La última invasión de los norteamericanos permitió la devastación de Irak, en donde viven Abú, Fardus, Qasim, Rheen y Sadiq.

Bagdad es una ciudad ocupada, militarizada y víctima del capricho de factores económicos y políticos que llevaron a esta guerra absurda. Historias de guerras. Abú, quien ahora es un anciano perdido en soledad y abandono, también fue joven y en esa época tuvo que exiliarse en su propio país. Sus padres eligieron Faluya. Ellos eran artesanos independientes y Abú, un joven orfebre autodidacta. Trabajaba con habilidad la plata y el oro. En sus momentos libres desarrollaba tareas relacionados con la cultura. Necesariamente la convalecencia lo acercó a la cultura y lo llevó a interiorizarse en historia y también sus reivindicaciones. Hombre introvertido y pacífico, desde su adolescencia lleva en su bolsillo derecho junto al *Corán*, los *Yámbicos* de Augusto Barbier, pequeño volumen publicado en 1885, para sus reflexiones y decisiones.

Abú no tuvo una vida fácil, ya lo vimos. Ser orfebre no es solamente el trabajo del detalle; es también la búsqueda de un oficio que permita vivir y mantener la familia. Trabajaba más de doce horas diarias en forma continua; un té de limón, un vaso de vino de dátiles y una comida al día constituían toda su alimentación. Perdió a su familia al final de los años cincuenta, cuando Karim Kassem en un golpe militar derrocó y asesinó al rey Faisal, el príncipe heredero, y también a su primer ministro. En un operativo represivo, consecuencia de esos enfrentamientos, una metralla traicionera e inesperada

barrió con su mujer y dos hijos que sin arma alguna, transitaban inocentemente por el lugar a la hora equivocada, en que las balas buscaban destino. Tardíamente Abú se convirtió necesariamente en un soldado y templó su espíritu en las batallas hasta ser herido.

Durante mucho tiempo Abú se transformó en un individuo silencioso, retraído, aislado. Su trabajo lo entregaba a terceros, para ser comercializado, sin interesarle monto o beneficios. Se dedicó a la militancia religiosa. Reflexión; oración y escritura. La lectura absorbió sus insomnios. Leía y releía las poesías clandestinas enviadas meses antes de que fuese sacado por la fuerza de su casa en Kirkuk, y tiempo después, entregado por los norteamericanos en estado comatoso, con su cabeza fuertemente aporreada y quemaduras extensas en su cuerpo sobre marcas recientes de latigazos en todo su torso.

Lo acompañaba su amigo entrañable, Khalid, quien leía en voz alta poesías anónimas: *Cuando la ecuación de la sangre de cada mártir enlace las razones de Alá con las de Yahvé, las de Cristo y Mahoma, construyendo principio matemático del producto sin número de ocupación de colonia y de invasión Cuando reivindicados sean los cerros y sangrantes quebrados, la herida piel de beduinos de poros decimales sobreviven, avivan la vida entre tormentas de arena que estremecen al mundo cuando la justicia sea por los muertos que mueren de colonialismo de bombardeos de ráfagas, de las endemias que la invasión inocular el yanqui con sus estúpidos misiles inteligentes, y con todo el armamento de su perversión, cuando aquello ocurra por fin, y hasta siempre... mi tierra entre ríos de sumerias voces y voces historiales de humanos pueblos de desiertos y cabras y camellos, tendrán entonces, solo entonces, la paz. Paz que forja combatiendo, uno a uno sumando el todo. Uno a uno multiplicando el pueblo sus razones y sus pasiones. Uno a uno sumando y multiplicando y laborando fórmulas de existencia de la resistencia frente a la sustracción infame del imperialismo ladrón izando las banderas*

de cada causa de los pueblos como propia causa, juntando las causas de los pobres de la tierra, seguirán alimentando la ciencia con las matemáticas de Jayyam; con las cuadradas raíces, y las cúbicas raíces y la magia de los algoritmos de Al-Jwarizmi y su álgebra de polinomios con la que también hacía proezas al-Karayi .Por pueblos del mundo arde tu fuego valeroso Irak, por la memoria de la humanidad arde tu lucha y nuestra lucha. Lleva la fuerza de lo tuyo, la evocación de las geómetras que adivinaron áreas y volúmenes y calcularon las trigonometrías planas y las esféricas trigonometrías y teoremas desconocidos jugando con la magia de los números y las ecuaciones solo posibles en hermandad.

Abú trataba de comprender cómo una poesía tan sentida podía mezclarse con aritmética. Sin embargo, no ignoraba que Irak había sido la cuna de la civilización cuatro mil años antes del siglo XXI y quinientos años después, fue la cuna de la civilización —cuatro siglos antes— de los egipcios y mil años antes que los chinos. Entonces se dio cuenta de que esa agresión extranjera trataba a toda costa y costo de borrar cultura e identidad. El espíritu rebelde florecía con la fuerza de la juventud perdida, eso no le impidió mantener viva la memoria y su juramento de justicia. Recitaba de memoria en las noches, como si fuese una oración de súplica junto a Khalid: *De tu resistencia renacen las nuevas señas de la patria de cada pueblo del mundo que anhela libertad; de tu resistencia resurgen los renovados signos de la media luna fértil como estallido glorioso de los mártires de Alá.*

Pocos días después, su mundo rutinario se quebró cuando supo quién había matado a su familia y descubrió que los responsables de tamaña injusticia fueron organizaciones privadas de seguridad contratadas en estados unidos para la tarea más sucia de la guerra en la ocupación violenta de Irak; fueron esos mercenarios apostados en los techos del hospital quienes ametrallaron no solo a los que corrían desesperados por esca-

par de las bombas, sino también, a mujeres y niños desorientados por el miedo y a los heridos que llevaban arrastrando, para ingresarlos en el hospital.

7

Las miles de balas traicioneras llegaron a destino y cientos de cuerpos perforados yacían en las calles. Khalid, resguardado en los escombros justo al frente de la entrada, pudo ver claramente los rostros desencajados de los mercenarios asesinos. Y encontró en el rostro de todos ellos un goce morboso cuando vomitaban fuego sobre niños y mujeres. Esos personajes se paseaban casualmente esa tarde por las calles polvorientas del pueblo, haciendo ostentación de impunidad, cuando se cruzaron con Abú. Tres hombres occidentales armados, incluido un ghurka nepalés, miraron con desprecio a Abú. Este sintió un calor profundo en su cuerpo tenso cuando Khalid le confirmó en voz baja que esos hombres estuvieron en la matanza de su familia. Abú solo atinó a bajar su vista y entrar rápidamente en el hammam más cercano. Allí sometió a Khalid a preguntas punzantes antes de entrar al vapor. Pasó metódicamente por las tres salas previas a la última, donde en una pileta descargaba el chorro de agua hirviendo que, sacudiendo su rencor, le permitió progresivamente la distensión buscada que atemperó su odio. Sin embargo, ese día Abú decidió tomar en sus manos la justicia que siempre le había sido negada. Khalid esperó pacientemente sentado en un banco de madera, cerca de la puerta de entrada, temeroso de la reacción de su amigo. Abú le comentó su determinación y recitó orgulloso parte de la poesía de la mano de Naburiannu: *Y tras las huellas de Kindingnu, seguiremos andando las sendas celestiales de cada estrella en marcha, desde las*

fuentes que surten el Shatt al Arab, hasta los recintos más profundos, donde moran los luceros y los astros que iluminan Bagdad; con Mosul en la mente, y en la mente Basoraa.

—¡Gloriosos mártires de Alá! —expresó Khalid emocionado, invadido de un temblor delicado y encandilado por las palabras sabias de Abú. Y totalmente de acuerdo, se ofreció como voluntario en la nueva gesta.

El murmullo de los que rodeaban a los dos hombres aumentó hasta que manifestaron en voz muy alta su determinación de apoyo. Tras lo cual Abú sentenció: “¡Silencio!... para escuchar el canto de los pájaros, los truenos y el ruido de las cascadas. ¡Silencio! para escuchar la palabra, la risa y el llanto. ¡Silencio! para entregar mi dolor y mí sed de venganza. ¡Ah palabras mudas! ¡Oh, sonidos hirientes! ¡Cubran mi cuerpo con una túnica invisible hasta que deje de llorar!”

Los hombres que rodeaban a Abú y Khalid hicieron ahora gestos silenciosos de solidaridad. Luego, saludaron con una leve inclinación de cabeza y se fueron retirando seguros de haber escuchado palabras sabias del ejemplo. No hay fantasmas a quien escuchar y tampoco, contribuir a formar vacíos en las noches negras de luz. Pero todos se llevaron un mensaje claro, encontrado por casualidad en la entrada de un hammam, que aún conservaba parte de su arquitectura, pese al deterioro ocasionado por las bombas.

Khalid fue testigo de esa matanza y si decidió relatar el episodio con detalle a su amigo, fue porque la angustia de Abú crecía con la incertidumbre. Khalid fue siempre un busca vida, un trabajador de la oportunidad; un hombre que desaparecía en las sombras con una magia reconocida como única. Vivía en una habitación muy humilde en los suburbios de Bagdad y el reencuentro con Abú conmocionó su vida. Ambos provenían de esas aldeas flotantes y en su infancia apostaban a la rapidez de sus canoas para recorrer los canales por largos kilómetros. Después, años después, como es natural en la

vida, la separación de los amigos se produce sin haberlo pedido y ambos recorrieron caminos distintos porque Khalid se fue a vivir a Bagdad y Abú a Faluya. Esa casualidad de haber presenciado la muerte de la familia de Abú fue determinante para que al regresar a Bagdad, se reclutara en la resistencia iraquí y allí, se enteró de que, en Faluya y fundamentalmente el día de esos asesinatos, quienes estaban en los techos del Hospital, disparando con satisfacción asesina eran hombres de las agencias privadas contratadas por los norteamericanos para las tareas más sucias de la guerra.

La empresa contratada Custer Battles y Blackwater había enviado sus mercenarios con la orden de aniquilar los movimientos de protesta en Faluya. Esta última se jactaba de haber entrenado más de cincuenta mil hombres en su campo de 2.428 hectáreas en Moyock —Carolina del Norte—. En contraste, Aguanegra fue la empresa contratada para la seguridad del administrador civil en Irak luego de ser invadida: Paul Bremen, un especie de presidente de facto extranjero.

Estas empresas forman parte de otras treinta y cinco contratadas por los Estados Unidos que mantienen más de veinte mil mercenarios en territorio iraquí, actuando con total independencia e impunidad, por no estar obligados a respetar las normas de guerra de Ginebra.

Khalid, infiltrado en la trama burocrática del gobierno títere, logró encontrar los nombres de los responsables: Williams, Alfred, Elkin y el ghurka nepalés. Abú y Khalid contactaron con la resistencia y lograron en un ataque comando capturar a los mercenarios. Pero nada pudieron hacer cuando la multitud enardecida que los descubrió se hizo cargo de las vidas de los mercenarios, y también de su muerte al ser arrancados de sus custodias por la fuerza. Fueron descuartizados, quemados y luego colgados sus restos en la vía pública ante una algarabía popular nunca vista. El mercenario ghurka se balanceaba de la cuerda con el cuchillo kukri, enterrado en medio de las cejas. Mucha sangre

habían derramado esos hombres con sus fusiles M4 y pistolas Glock, cientos de ellos escondidos en lugares estratégicos para perforar cuerpos inocentes de hombres, mujeres y niños.

8

Khalid, herido de bala de mortero, fue recogido en la esquina de la mezquita destruida y llevado a un domicilio particular donde terminó de desangrarse, muriendo no sin antes bendecir a Alá por la posibilidad que tuvo de vengar la muerte de iraquíes. Antes de su muerte pidió que Abú leyera las poesías de guerra como un último homenaje a su coraje, a lo que su amigo accedió y bajo una lámpara de aceite leyó en voz baja pero firme: *Los que te amamos, los que te sufrimos te luchamos en nuestra brega anti imperial, va tu fuerza con la pólvora y heroísmo, grita la muerte del tío Sam, Tigris nuestro de cada día; Éufrates nuestro de nuestras esperanzas. No es conjetura tu victoria, de tus árabes dolores que derraman petróleo está hecha también la fe del universo, la fe del mundo nuevo por el que luchamos y que haremos laborando también en paz, desde tu patria de ovejas y pastores, de desiertos y soles, de mezquitas y turbantes, de tu resistencia renacen las nuevas señas de la patria de cada pueblo del mundo que anhela libertad, de tu resistencia resurgen los renovados signos de la media luna fértil, como estallido glorioso de los mártires de Alá.*

No pudo terminar de leer, porque un fuerte espasmo puso tenso y morado el cuerpo sangrante de Khalid, que lentamente fue perdiendo el valor de la vida para transformar sus ojos en dos esferas de brillo opaco y una espuma sanguinolenta comenzó a

salir impunemente de su boca entreabierta. El cuerpo fue llevado y enterrado entre los escombros. En coro, los presentes recitaron las últimas palabras de homenaje: “Khalid ya no escucharás el canto de los pájaros, la cascada, el trueno; menos aún la música, la palabra, la risa o el llanto. Pero no todo es silencio; ahora hay sonido de triunfo, mañana... ¡ah! palabras mudas, ¡oh! sonidos tapados, ¡eh!... hombres del silencio cubran la tierra con una capa invisible hasta que deje de llorar”.

Abú se escondió durante dos meses en un sótano de una vivienda destruida por las bombas y allí, con unos botellones de agua y poco alimento sólido, logró sobrevivir a la búsqueda del ejército invasor. Lloró por varios días en silencio, como si el llanto del hombre herido, fuese vergüenza, y recitó en voz baja la poesía de *Yámbicos*, “Conciencia”: “¡Oh! por cuántas sendas espantosas pasan eternamente las humanas corrientes borascosas. ¡Oh! cuántos seres angustiados al frente. Toda ciudad oculta bajo el manto de piedra que les vela. ¡Cuántos seres que gimen angustiados, caminando a la muerte! Quemado el rostro que el afán revela, por el áspero viento de la suerte. El número es inmenso. Incalculable. Arrancando una queja, una protesta al ser que se detiene a contemplar su vida miserable”.

9

El encuentro

Rheen mantuvo en sus manos la carta de Sadiq. Habían pasado largo tiempo separados desde que ella había sido destinada al Kurdistán. Sin embargo, esa carta que

releía en las noches la acercaba a un lejano e incierto Sadiq, de cual no tenía noticias desde su partida. Lo amó, pero su compromiso con la resistencia estaba por encima de cualquier proyecto personal. Fue un testigo directo de masacres y sabía que en las noches, cuando el silencio se transformaba en fuego, danzaban en el aire cuerpos temerosos escondidos de las miserias del mundo. Podía dar fe de que en las noches, cuando el silencio se perdía, miles de bombas caían calladas, silenciosas, rompiendo cuerpos de niños, hombres y mujeres en refugios oscuros y fríos. Bombas sin piedad que estallaban. Estallaban. Se desprendían. Era la muerte danzando en la noche. Viajaban sin rumbo. Vio cuando brazos, piernas, cabezas eran lanzadas al espacio y flotaban, meciendo sus restos solitarios y cayendo. Nadie los recibió. Son cuerpos esparcidos en desiertos de arena. Y más tarde alguien, seguro las proyecta en pantallas de vidrio blanco. Plasma en palabras de fe. Restos que juntos son nadie y separados nada. Luego: olvido. Olvido sin futuro. Almas vacías. Fragmentadas. Rheen condena a aquel hombre de alas de acero, sabe que él lleva sombras que antes estallan. ¿Y el mundo qué dice?, se pregunta. El mundo: ¡Silencio! Nadie se atreve contradecir al amo. Rheen juró lealtad a una causa. Hoy cumple. Su corazón está herido de ausencia y no es menos cierto que su cuerpo, huérfano de caricias, es ahora el receptor de pequeñas heridas de combate.

En Kurdistán transitó por dos campamentos de entrenamiento en la base de la cordillera de Zargos, del lado iraní. Una zona fría y húmeda cubierta de nieve en invierno. En verano, una de las zonas más privilegiadas en paisajes verdes: bosques de nogales y cascadas de agua pura del deshielo. Allí comprendió que el amor puede congelarse a voluntad, pero nunca olvidarlo. Esa noche, estando en el campamento segundo de Tauro, en Turquía, cometió el pecado de la nostalgia y quitó el sobre gris para releer la carta que le dejó Sadiq en su último encuentro:

“Mi amada Rheen: cuando acudiste llevando sueños de entrega, sentí los dos corazones latiendo. Apareciste deslumbrante con un hombro descubierto, desafiante, virgen de tacto matinal. Y así... así; en silencio, reconociendo nuestros cuerpos, pincelamos caricias deseando multiplicar memoria. Hasta que llegó el desafío eterno, deshojar tu ropa lentamente abriendo el capullo reservado al sigilo de tu cuerpo desnudo; alabastro destellante, expectante y anhelante. Transitaste senderos iluminados, mientras un lago oculto por gardenias, reflejó tu rutilante belleza. Semejas, estoy seguro, una de las tres gracias de Rubens, desprendida caprichosamente balanceando tus caderas que llevan la impronta de mi mano. ¡Y tu cuello! Ese cuello de peonía, orgulloso, alerta como quetzal, permite que el naciente de tu cabellera remede el mágico rodenal que resguarda celosamente el secreto en una gargantilla, cuando el último beso decretó el encuentro. Y ahora, deseo temprar esa memoria, cuando salpicas colores de flores sorprendidas, mientras jadeas delirante. ¡Ah! ¡Hermosa mujer! Una mujer a mi lado, recorriendo espacios blancos de luz e iluminando caminos custodiados por templarios, permitiendo que flores naranjas, emerjan entre hojas verdes de vegetaciones cómplices. Esperas. Solo esperas el momento solemne del reconocimiento. Esa extraña palabra de la memoria, mientras una vela titilante, muestra secretos de intimidad, alumbrando sombras caprichosas. ¡Oh hermosa mujer! ¡Desnudaste tu alma! dejando huellas de caricias en mi cuerpo y has invadido mis sueños, como un manantial de inagotable fantasías. Pero... no bastó con amarte; me inundé en ti. ¡Ah!.. si pudiese explicar cómo he penetrado tu intimidad, sintiendo tu gozo perenne, mirando tus ojos en cada gemido y descubrir que viajas a lugares tan desconocidos como bellos. Y luego pido la milagrosa quietud, un espacio para que mi mano derecha descubra tu rostro con mis dedos y unir tu ceja al pómulos rosado del gozo, para después regresar al cuerpo incandescente, mezclándome una y otra vez, en esa danza interminable. ¡Ah... qué bello! El amor fluyendo ¿Y después?

Regreso, deambulo, camino bajo una llovizna tenue y espero sonreír. ¡Ah... qué imagen! Me llevo esos recuerdos por años, hasta que el reencuentro permita vivir nuevamente en las nubes. No sé cuándo te veré nuevamente, pero debes recordar estas palabras para que no entres en el olvido. Tuyo, Sadiq”.

Una placentera nostalgia le permitió entrar en el sueño del recuerdo. Se durmió boca arriba, esperando que la imagen de Sadiq apareciera entre nogales florecidos. Soñó que avanzaba pronunciando su nombre, con esa risa contagiosa de picardía escondida, que fue el arma secreta para seducirla. Y en un sueño extraño, en una cordillera desconocida por su fuerza, Sadiq avanza. Se acerca esta vez desde una masa montañosa extraña, que ruga en una profunda tierra milenaria, que bulle en las profundidades de tiempos infinitos. Una montaña que nace de fuerzas desesperadas en espacios sin límites, corriendo canales de fuego, mientras un anhelado e imaginario Sadiq, camina intacto en lava roja, humeante, con fluidos silenciosos rozando paredes anfractuadas. Explotan las montañas buscando nubes. Se quiebra la tierra y se abren heridas secas en las rocas, mientras el desierto escupe piedras de lava negra en caminos de fuego, lamiendo superficies asombradas. La tierra estática, indefensa e inocente. Lava convertida en roca, allí apoya sus pies Sadiq sonriendo. Lleva en sus manos, flores extrañamente fosforescentes, nacidas en poros de piedras. Ellas esconden los ruidos de la tierra. Y luego. Cuando el fuego agoniza, brota un manantial misterioso de aguas opacas y sabores mágicos. La tierra tiembla cubriéndose de vapores que desaparecen en aires enrarecidos, azufrados, envolviendo historias mágicas llevadas por el viento entre piedras negras, hasta que Sadiq vuela. Corre en ese lugar que cobra vida al romper el volcán su silencio y ruga, diciendo ¡aquí estoy! en medio del fuego para entregar lágrimas calientes, que cubran el potente secreto, hasta llegar a sus manos, donde las rocas se transforman en

flores, y las flores, en vida y la vida crea a Sadiq, que persiste mirándola con sonrisa enigmática.

El sueño termina al conmocionarse la tierra con las bombas traicioneras, que obligan a Rheen a escapar a campo abierto. Despierta del sueño sin haber deseado regresar. Pero su vida peligra. A los dos meses, Rheen fue destinada a la línea de combate en Bagdad. Algo que ella anhelaba. No quería trincheras, solo combates. Discretamente armada; con ropa civil, fue llevada y dejada en el zoco de la ciudad, contactando con otro miembro de al-Qaeda. “Esta entrenada, lista para combatir y también para morir”, confirmó su responsable.

Es recibida con desconfianza; está acostumbrada: su cuerpo frágil, una apariencia angelical, el rostro joven con una mirada inocente. Está segura de que en poco tiempo encontrará a Sadiq. Eso la reconforta. No conoce cuál es su nombre de guerra, pero las acciones en Bagdad seguramente la llevarán a él.

La nostalgia, bañada de espera, navega en la noche silenciosa. Oscura calma. Serena calma. Transparente calma. Una música de lluvia en gotas finas. Pausas y permanencia de agua llorando en cristales opacos sin truenos ni relámpagos que encienden el manto negro de la noche. Atrapa con sus manos recuerdos y los funde dejándolos volar enredados en plumas de cóndor, “¡Volar!..¡Volar!.. Planear custodiando cumbres nevadas y frías. Volar batiendo alas, desparramando música y canciones,”, piensa Rheen

Sueños sin palabras. Imágenes sin formas. Encantos capturados húmedos en noches de lluvia y serena alegría. A su lado, una joven mujer sin nombre que no tendrá más de veinte años espera la orden de avanzar al retén militar de los invasores. Con la candidez que le da la juventud y su juramento suicida, esa casi niña se va colocando un cinturón de explosivos alrededor de su cintura. Rheen ayuda a sujetarlo con tela adhesiva. Es una mártir suicida, destinada ese día a iniciar su venganza. Rheen le pregunta si

hay algún mensaje para dar a sus familiares y ella contesta: “No tengo más familia que Alá”. Su cuerpo virgen y delicado es rodeado por cartuchos de explosivos. Mientras acomoda su cargamento mortal, ora con tan intensa devoción que Rheen nunca vio. Se compadece. La joven, cubierto su cuerpo con una suave y liviana túnica negra, avanza con un canasto de frutas en su mano derecha hacia el retén americano que despreocupadamente le permite acercarse. Allí revisan su cargamento de frutas, no así su cuerpo. La juventud y belleza es la trampa para los cinco soldados que se acercan en tren de conquista y en ese momento ella eleva sus brazos al cielo; rezando, aprieta el botón que dispara los explosivos de su cuerpo que terminan con la vida de los militares invasores. Rheen, desde unos setenta metros, asiste a su inmolación y ora por ella y su descanso en paz. Es tan fuerte su temor y admiración que no puede contener el llanto mientras regresa a su vivienda transitoria, para dar el parte de guerra a sus superiores, que reciben la noticia con resignación orgullosa, transformando el dolor en venganza.

Esa noche Rheen durmió con extrañas sensaciones. Sobresaltada, con el cuerpo húmedo de transpiración fría se desvela en medio de la noche. Por fin en la madrugada, puede profundizar el descanso. Al otro día, es el mismo Sadiq quien termina de despertarla luego de secar su rostro brillante de sudor. Rheen agradece sorprendida y reconfortada. Se abraza a un Sadiq que devuelve su cariño en gestos que solo entiende el amor. Se aman con la fluidez del encuentro inesperado y sus cuerpos se funden una y otra vez en ese secreto placer. Después del descanso, Sadiq puede contar sus pasos y ella relata sus peripecias. Sadiq ha sido destinado con ella al trabajo de reclutamiento y luego de verificar sus contactos reciben la cita. Ambos acuden a una reunión secreta. Le toca el turno a Sadiq hablar y contestar imperturbable las preguntas. Desde la cabecera de una mesa reconstruida, inicia su discurso con vehemencia, con la fuerza de la bronca acumulada y la necesidad de transmitir a todos el grito de guerra que anuda su garganta.

Rheen escucha embelesada, orgullosa de energía. Dice Sadiq, dirigiéndose a los presentes que lo escuchan en silencio: “Debemos luchar para que los invasores salgan de Irak y Afganistán. Un sátrapa asesino ordenó beber el potaje de la venganza, mientras el adiano guerrero que vuela el pájaro de acero ríe. Durmieron Afganistán. Duermen Irak con racimos de arrogantes bombas iluminando noches enteras y eternas derrumbando sueños avasallados por estruendos. Ellas explotan, revientan, inundan días con miedo y dolor. Angustia y terror. Antes, nosotros éramos pueblos de paz. Humanos ayer. Sombras hoy.”

Los asistentes a su arenga se emocionan. Un encendido sentimiento de patria los envuelve. Renace en ellos el coraje de sus ancestros. La sangre renovada fluye sin límite. Y continúa Sadiq con vehemencia: “He visto a cientos de habitantes cerrar sus ojos. Muchos no despertaron. Tampoco hubo responsos. Aquel sátrapa que ordenó el ataque sobre inocentes, juro que morderá la tierra caliente y seca. Miles de hermanos cayeron aplastados por sentencias injustas, invadidos en silencio. Alguien quiere borrar sus historias. Nadie habla ya”.

Se produce un largo silencio. Las gargantas de los concurrentes están secas y do-
lidas de tantas muertes. Sadiq, lejos de quedarse en relato estéril de hechos, lanza su
sentencia: “Duerme Afganistán. Duerme Irak. Pero cuando despierten, habrá elegidos
que asumirán la venganza del vértigo. Lluvias de bombas cegaron noches enteras, eter-
nas a nuestra gente, el silencio en las tumbas ocultas a la luz de la razón nos rodeó. El
mundo expurga esa historia. Usurpa memoria mientras más veloz que un áspid una sibi-
la, solo una. anunciará su debacle. Luego; un refulgente relámpago consultará el tiempo
y surgirá el podio del triunfo, entregando una luz al pugnaz soldado de hierro, que per-
jura libertad ornamentada de triunfos falsos —emocionado queda en silencio. La au-
diencia paralizada. Y se pregunta angustiado—: ¿Cuántos bosques entregarán madera

para seguir sepultando vidas apagadas? ¿Cuánto tiempo podrá el hombre de la guerra mantener su orgullo? ¿Cuál será el costo de su pertinaz intento renitente a profecías? — Nadie contesta. Nadie lo sabe—. ¿Serán esos hombres atrapados, los hombres de hierro sin futuro? Yo les pido que permitan que juguetes reemplacen las armas mortales y dejen flores encendidas. Que los bosques den madera para calentar almas con vida. Que los pueblos no teman los cielos custodiados con aves de acero y permitan el descanso de almas masacradas. Y permitan algo más... ¡Que haya Vida! Y para que se cumpla, debemos luchar sin importar cuanto de vida nos queda”.

Una audiencia heterogénea, silenciosa, escuchó atentamente. Algunas mujeres dejaron correr lágrimas emocionadas por el patriotismo y el deseo de Sadiq. Rheen, que sabe del dolor, espera a Sadiq en la salida de la humilde vivienda donde la reunión ha terminado.

Desde la invasión angloamericana, dos millones de iraquíes abandonaron sus viviendas, buscando largo exilio en Jordania y Siria; muy similar al exilio de millones de palestinos que Israel produjo con sus políticas de ocupación. Esta tragedia humana sumada a la grave situación de emergencia sanitaria ensombrece el brutal genocidio. Lo que los invasores consideran como éxito, se llama en realidad muerte o exilio. Huída de millones de habitantes diezmados por la violencia y muerte irracional. La Cruz Roja y la Media Luna Roja Iraquí así lo certifican. Cuando no tengan más resistencia en Irak dirán que han triunfado, pero la realidad es que ya no habrá más pueblo vivo. Irak será un cementerio con sobrevivientes en agonía, un pueblo destruido por la política genocida de Bush.

Sadiq mira el reloj. Sabe que dentro de una hora y media, las patrullas norteamericanas avanzarán por las calles más humildes ametrallando cualquier bulto que encuentren. Hace una seña a Rheen. Ambos salen de la casa en bicicletas. Dos helicópte-

ros Apache Longbow sobrevuelan la zona; es el anuncio de una ofensiva inminente. Sadiq hace señas a Rheen para que se apure y señala una angosta calle de la ciudad para acortar camino. Por la esquina de esa arteria de más de ciento cincuenta metros, cruzan dos blindados que comienzan a disparar. Sadiq empuja a Rheen hacia el lado derecho y la cubre con su cuerpo. Abandonan sus bicicletas. Tratan de ocultarse detrás de restos de cajones. Rheen es herida en su pierna derecha y en el abdomen. Una hemorragia importante le produce un desmayo. Sadiq no tiene opción y trepa por una escalerilla de metal retorcido al techo de una vivienda. Rheen permanece inmóvil e inconsciente, su cuerpo ocupa gran parte de la calzada. Los dos blindados avanzan bombardeando los frentes de la vivienda donde Sadiq se ha refugiado. Al llegar a donde está Rheen, dos soldados se bajan y luego de comprobar el estado de la muchacha gritan: “¡Está viva!”, e inician su traslado al camión con caja blindada que tenían para llevar militantes de al-Qaeda.

Un civil que está en la caja recibe el cuerpo de la mujer inconsciente y, sonriendo, la tira sin miramientos adentro. Rheen queda desparramada en el piso, su ropa manchada de sangre semeja una rosa purpúrea en crecimiento. A su lado se encuentran doce musulmanes iraquíes, encadenados de manos y piernas, con los rostros ensangrentados y con algún colgajo de piel que se balancea con el traqueteo del camión.

Sadiq pudo evitar ser capturado gracias a una familia que lo ocultó en el sótano por tres días, tiempo que dura el saqueo y la búsqueda casa por casa después de cada operativo. La patrulla regresó a su base, habiendo dejado a los prisioneros en una zona especialmente construida para almacenar guerrilleros. Rheen fue enviada a una celda blindada donde permanecían más de cuarenta mujeres desnudas y heridas.

Rheen, inconsciente, es ajena a todo lo que la rodea. Dos mujeres prisioneras son enfermeras. Acuden rápidamente a bloquear su hemorragia. Su cuerpo desnudo muestra dos perforaciones claras con profusa hemorragia: en el muslo derecho y en el abdomen

inferior. Las compresas de papel —único material para comprimir el sangrado— son colocadas y mantenidas por las mujeres presas que se turnan para asistirla. Durante cinco días Rheen solo absorbe agua que sus compañeras le dan boca a boca, porque no pueden desperdiciar raciones. Al segundo día, la fiebre creciente invade el cuerpo de Rheen, un temblor cada vez más importante obliga a cuatro mujeres sanas a cubrirlas con sus cuerpos para aislarla del frío helado de la celda. Lilu se llama la enfermera que cuida a Rheen. Tiene experiencia en heridas de guerra. Fue casualmente tomada cautiva en el hospital, luego de que las tropas arrasaron con todos los enfermos y el personal. Es una mujer de unos cuarenta años, sus familiares desaparecieron en el bombardeo de Mosul. Lilu atiende día y noche a esa joven cuyo único tratamiento es el que le brinda el grupo de mujeres que se ha propuesto salvarla.

La fiebre daña el cuerpo debilitado, pero su mente se mantiene lúcida en medio de las ensoñaciones. En uno de esos sueños cuatro manos ocupan el espacio blanco de la inconsciencia. Las visualiza alegres, ágiles, creando nuevas formas. Piensa que danzan ¡Sí! Que danzan cuatro manos adosadas como capullos, platinadas con luz de luna; que interpretan romances, con balanceos suaves, entrelazando los dedos, tejiendo encuentros sin prisa. Dos cuerpos juntos, húmedos esfuerzos fundidos en piel, deslizan sus brazos y escuchan un nostálgico violín. Rheen llora alegría. Lleva notas de pianos imaginarios tocadas por esas manos sobre teclas silenciosas, atrapadas de imágenes y observa cómo se entrelazan dedos tibios, tibios de luna. Puede sentir los latidos de los cuerpos exhaustos envueltos en placer. Sabe que buscan encantos mágicos, invisibles, mientras un lago sereno encantado de tenue sábara, invade crepúsculos naranjas olvidando sus nenúfares.

La fiebre sube. El cuerpo convulsiona. El sueño regresa en la madrugada cuando ella aún aspira a vivir. Acuden ahora los perfumes de la noche asomando por una ventana desnuda de cristales. Entran extrañas luces del ocaso y luego figuras flotando fanta-

sías descansan en lechos húmedos. Vive su sueño en espacios contagiados con párpados cerrados, huérfano de tiempo, llevados en el vuelo del águila sobre nubes caprichosas que escapan dibujando figuras intensas de vida. Imagina Rheen a su pueblo jugando, buscando leyendas en gramillas verdes bañadas por aguas transparentes y frescas, en intensas praderas de colores, para imitar bailes de conquistas. Y ella danza como los conejos blancos, en rituales de luz, amaneciendo, despidiendo la noche con arlequines y atrapando mantos de rocío para cubrir cuerpos desnudos, vencidos por sueños.

El temblor por la fiebre intensa invade frenético sus manos y cuerpo, en sueños de nubes de orgulloso lecho. Vibran sus manos y cuerpo; sin pausa, sin miedo, flotando en una sublime atmósfera capturada mientras una Rheen desnuda sueña.

Pasaron cinco días en esas delirantes imágenes perfectas. Rheen recobró escasamente su conocimiento. Su debilidad es total. Las compañeras de celda deciden donar parte de su magro alimento para hacer una ración mayor en calorías. Así pueden recuperarla paulatinamente. El cuerpo desnudo, sucio. Costras de tierra y sangre despiden un hedor insoportable. Las moscas la rodean, las excretas de todas las presas, esparcidas en el rincón del fondo, contribuyen a que las larvas se conviertan en su peor enemigo. Las dos heridas supurantes son higienizadas diariamente con orina de alguna de ellas.

Mientras los días pasan con lentitud en la celda, Sadiq no tarda en contactar a Qasim, Fardus y Abú. Están en una vivienda clandestina en la zona sur de Bagdad. Sadiq relata detalladamente lo que pasó y llorando da por muerta a Rheen. Se considera culpable por haberla abandonado. No admite consuelo. Qasim luego de escuchar, permanece unos minutos silencioso; pero después de consolar a Sadiq y quitar su culpa se preocupa por Fardus y Abú, quienes tenían que partir en la mañana al Kurdistán con Rheen. “Todo el plan de evacuación que teníamos para ustedes debe ser cancelado”, dice mirando a un Abú inquieto, pero con semblante sereno.

Fardus mantiene sus ojitos abiertos, casi sin parpadeo, y permanece en silencio absoluto, sentado muy cerca de Abú. Qasim, se retira a una habitación contigua. Todos escuchan el diálogo con los dueños de casa. Ellos acceden a tener al viejo y al niño por unas semanas.

—¡No más de tres! — exclama la mujer con voz temblorosa.

No hizo falta explicar nada. Los cuatro escucharon las definiciones. Qasim le indicó a Sadiq que irían a otro refugio y que el viejo y el niño tenían asegurado techo y comida mínima por esas tres semanas. Luego, verían cómo llevarlos a las montañas.

—Si sales, Abú, que sea solamente lo indispensable; cuida al pequeño Fardus. Nuestro compromiso con su madre fue que velaríamos por él, y así será.

Sadiq y Qasim salieron en la mañana temprano. La luz del día es como un seguro de vida para transitar sin que lleguen disparos traicioneros, Pero nada está escrito en Irak y la guerra continúa con la misma vigencia o más virulenta, si se quiere, a partir de la invasión. Qasim le cuenta que los cuatro asesinos colgados pertenecían a una empresa privada y que esa guerra se había transformado en una guerra de intereses económicos.

—Es un negocio sucio, Sadiq. Entre Blackwater y la KBR, TITAN y Halliburton han copado los contratos que rayan el escándalo de la defraudación. Miles de millones de dólares no solo en mercenarios asesinos, sino también en transporte, abastecimiento de tropa, comedores, carpas, toda una industria que ha hecho estragos en Irak y también al apoyo del pueblo americano. Les costará muy cara esta guerra, Sadiq. Se arrepentirán al igual que en su última guerra perdida de Vietnam...

Sadiq asiente, sabe los antecedentes de este negocio. Pero su mayor inquietud consiste en cómo rescatar el cuerpo de Rheen. Qasim asegura que es una locura regresar al lugar y que si los soldados americanos la encontraron, ya estaría en las fosas comunes que siempre tienen listas para los entierros múltiples.

“¡Enseñanzas de los franceses en Argel! —asegura Qasim como comentario in-cuestionable—. Los franceses sentaron el precedente de muerte, tortura, desapariciones y entierros clandestinos, Sadiq. Debes hacerte la idea. Al menos, no fue capturada viva. Eso sí que sería grave para todos”.

En el día seis, Rheen recobra el conocimiento. No tiene fuerzas ni siquiera para mover su cuerpo, los párpados pesan, cuesta mantener los ojos abiertos; pero inmediatamente pregunta por su compañero Sadiq. Nadie en esa celda sabe de él. La incertidumbre la invade por días enteros, hasta que la mujer de guardia, una Iraquí de la resistencia infiltrada, le dice que Sadiq está vivo.

Lilu, convertida en amiga y confidente, la cuidó con una extraña y cálida dedicación. Sentía algo más que amistad por ella. Un día la guardia las llamó por sus nombres, algo muy raro, siempre eran un número. Pasaron a una sala de reconocimiento donde les sacaron fotos y luego las regresaron a la celda. Pasaron dos meses. Rheen aislada del mundo es cuidada por sus compañeras que le han tomado cariño, especialmente Lilu. El grupo es sometido a interrogatorio bajo tortura, sin embargo, no pueden sacarle datos de importancia. El estado de nutrición es calamitoso; las denuncias de organismos humanitarios y la intervención de la Cruz Roja Internacional logran su libertad a los diez meses, con el compromiso de pasar a refugios fuera de la frontera.

Rheen y Lilu no se separaron. Rheen lentamente se fue restableciendo bajo control médico. En tanto que las epidemias en todo el territorio Iraquí azotan la población infantil, la emergencia sanitaria se declara desde las Naciones Unidas. La mortandad llega a niveles de alarma, como ocurriera miles de años atrás, cuando la historia del diluvio destinó a la humanidad a sumirse bajo agua y barro.

Esa vez fueron los dioses los que determinaron ese castigo. Si no fuese por el señor de las aguas Ea, que previno a Utnapishtim para que construyera la barca, las

aguas convertidas en mares infinitos hubiesen decretado la muerte de la humanidad. Desde esa barca de sesenta metros y siete niveles, Utnapishtim dejó libre una paloma para que buscara territorio firme y regresó sin poder encontrarlo.

Ahora no son los dioses quienes están condenando ese pueblo, pero el triste destino de muerte nació cuando el imperio angloamericano decidió la invasión. Rheen no tiene palomas para liberar, pero mantiene su espíritu intacto para el combate. Los dioses condenaron los habitantes de la tierra. Son los hombres ahora, quienes lo hacen.

En Irak, la muerte está presente siempre. No solo el aire enrarecido por el humo y las cenizas de las bombas son las que afectan la vida en Irak. Las balas, las metrallass, los atentados fabricados, las bombas inteligentes y los productos químicos esparcidos por su territorio por tropas angloamericanas nutren una guerra insólitamente injusta y cruel. Sadiq obtuvo dos escritos entregados por miembros del Yihad, donde desenmascaraban la actividad de la CIA, cuando mostraba al mundo la decapitación de un militar estadounidense, para contrarrestar las torturas salvajes de la cárcel americana de Abu Ghraib. O cuando se comprobó el rescate de ingleses y americanos disfrazados de iraquíes poniendo bombas en los lugares sagrados, o también con los videos de Osama Bin Laden, secuestrados por rastreadores privados y entregados al pentágono para su uso político. En fin, el mundo de Qasim, Fardus o Abú se desarrollaba en una gran mentira producida por las nuevas falsificaciones de cada día, difundidas en las noticias. Pero el acceso a la información directa en Internet rompía el monopolio de empresas que manejaban la noticia con dirección específica. La productora audiovisual de Al Qaeda, conocida como As-Sahab, logró burlar los servicios de rastreadores e invadió el mundo con videos que no podían desmentir los invasores, cuya irracionalidad los llevó a sacrificar civiles refugiados en los búnkeres construidos por empresas finlandesas durante la guerra con Irán, cuyos planos habían entregado a los invasores como contribución “a la

paz”. Ocurrió que esos búnkeres fueron seleccionados como objetivos militares: entre trescientas y cuatrocientas personas, en su mayoría niños y mujeres, fueron cocinadas a 4.000 grados por las bombas inteligentes angloamericanas.

Es frecuente que, cuando Abú, Qasim, Fardus y Sadiq recorren Bagdad, encuentren en las paredes de viviendas destruidas, restos humanos impactados caprichosamente como protesta involuntaria de la masacre, y que también descubran en todos los baldíos desprolijas fosas comunes. Ya nada los sorprende. Los temores de epidemias producen una rápida reacción en los asustados sobrevivientes. La guerra prolongada no admite espacios de paz. Todo es destrucción y el invasor, que levantó su puño satisfecho por haberse adueñado en cuarenta y ocho horas de un país, ahora no sabe cómo salir de él. Ninguno de los cuatro comenta estos hechos y continúan caminando por calles que se mejen laberintos interminables. Van a lo de Amirya, que vive en un barrio periférico de Bagdad. Ella es una sobreviviente casual de la guerra, pero enrolada en la resistencia desde hace ya dos años, después de perder a su familia completa. Vive actualmente con otra mujer más joven, viuda y decidida combatiente, llamada Haifa. Ambas son activas voluntarias del Yihad, en la guerra contra invasores angloamericanos. Haifa a su vez es una cercana amiga de Lilu, la enfermera que fue tomada prisionera en la redada por americanos uniformados. Haifa tiene un mensaje para Sadiq, directamente enviado por Rheen desde al campo de refugiados en Turquía. Es una mujer joven y extremadamente bonita. Su cabello negro y sus ojos grandes, también negros, resaltan en su piel blanca, de una palidez extraña que produce una sensación placentera de paz cuando un interlocutor dialoga con ella. Sus dientes alineados y blancos acompañan una sonrisa cálida e inocente. Haifa entrega el mensaje escrito de Rheen en las manos de Sadiq, quien emocionado se aparta del grupo y en un rincón lee con detenimiento y silenciosamente las escasas palabras que en definitiva son de alegría, por saber que ambos, finalmente, están

con vida. Sadiq agradece a Haifa el presente y la colma de halagos e inmediatamente sobre un papel común escribe una sentida carta, sabiendo que Haifa se la entregará en algún momento:

Mi querida Rheen: recuerdo cuando te tuve herida de muerte a mi lado, envuelta en un sueño manso, timoneando sueños intrépidos. Te tuve cuando tu cabeza descansaba sobre mi brazo convertido en almohada e imaginé tu espalda pegada a mi pecho rugiente. Estabas tan cerca, que mis dos manos no alcanzaron para transformar tus pechos en escudos labrados de triunfos. Agonizabas con una respiración invocante de regocijo y después, tu pedido de clemencia para un descanso. Muchas veces he dejado que las palabras silenciosas de la noche se deslicen por una gárgola infinita hacia el corazón que habita en el centro de tu pecho —respira Sadiq, piensa y solloza—. Una y mil veces he besado tu cuello dormido. Una y mil veces he recorrido suavemente tu cuerpo sin despertarte. He dejado que la memoria se inserte en mis manos, he custodiado tu sueño final en una vigilia intensa mientras, duermes sosegada, abrigada de candor. El mundo se derrumbó cuando te abandoné sangrando. Te creí muerta. El largo viaje silencioso a la muerte. Una nota y tu rostro, diluido en néctar como un todo, tiene el rugido de esperanza. Qué bellas... imágenes encaramadas, envueltas, prisioneras sin ataduras visibles. Libres ellas y a su vez esclavas del arte, imagen de recuerdos misteriosos. Rheen; mi alegría es inmensa al saber que aquella mujer herida de muerte, hoy está viva y en un campo de refugiados al que tendré posibilidades de visitar.

Tuyo siempre

Sadiq.

El campo de refugiados abre una certera expectativa de encuentro. Haifa presiente que ella será el nexa consciente del acontecimiento y la testigo directa de la buena

predisposición de Sadiq. Haifa guarda la carta entre sus ropas y, luego de una despedida emotiva y de pocas palabras, besa a Fardus en la frente. El niño la mira con extraña inquietud y emprende el regreso, seguro de la alegría que producirá en Rheen la carta y los relatos.

En su casa. Amirya la recibe entusiasmada. Ambas leen emocionadas la carta de Sadiq. En la mañana, las dos partirán al Norte y cruzarán la frontera ayudadas por sus amigos kurdos hacia Turquía, más precisamente a Tauro, el campo de refugiados.

10

El combate

Las fuerzas de ocupación realizaron esa noche un sorpresivo operativo pinza en Bagdad. Es su costumbre y táctica. La vivienda donde se esconde Abú y Fardus, esta justamente en el radio marcado por las fuerzas militares norteamericanas poderosamente armadas. El operativo se acompaña con dos órdenes fundamentales: Tirar a matar a cualquier sospechoso y derribar las puertas de las viviendas que no obedezcan a la orden de inspección. Qasim y Sadiq, se encontraban a cuatro cuadras de la vivienda que los había alojado con buena voluntad, citados a una reunión clandestina de la resistencia, cuando escucharon los primeros disparos de ametralladora y los gritos desesperados de la población civil sorprendida y tomada inesperadamente en la calle. Cientos de ellos trataron de ocultarse y protegerse en cualquier recoveco de laberintos y pasillos o en cualquier vivienda que tuviese una puerta entreabierta. Qasim conocía al detalle esa

parte de la ciudad e inmediatamente le dijo a Sadiq que lo siguiera. Saltaron por una ventana entreabierta que daba a los fondos de la vivienda y fueron trepando pequeñas murallas divisorias, hasta subir a las azoteas, corriendo por ellas aprovecharon la continuidad de sus terrazas para alejarse de la zona que ya estaba iluminada por grandes reflectores nacidos de una decena de helicópteros que sobrevolaban la zona.

Había una veintena de iraquíes reunidos en la vivienda. Discutían las futuras acciones a tomar en la conmemoración del cuarto aniversario de la invasión norteamericana. Cercanos a la casa que los refugiaba, estaban dos soldados americanos con equipos infrarrojos separando bolsas de basura y plástico negro nerviosamente. Qasim extrajo su filoso cuchillo y desde la azotea se lanzó silenciosamente sobre uno de ellos tan rápidamente que Sadiq tuvo escasos segundos para imitarlo y se arrojó sobre el segundo militar que sorprendido dejó caer su arma y trató de resistir con sus manos. Qasim degolló al primer militar en menos de un segundo e inmediatamente se abalanzó sobre el segundo, que peleaba con Sadiq, alcanzando a clavar la filosa hoja en la nuca desnuda del militar sin casco que cayó en el acto, absolutamente fulminado. Qasim demostró una agilidad desconocida para Sadiq y una precisión temible. Sin hablar, Qasim quitó los equipos de infrarrojo de la cabeza de los soldados y señaló con su mano libre a Sadiq, para que levantara armas y municiones. Todo fue realizado en escasos minutos y con un lenguaje silencioso de señas, porque desconocían cuántos soldados podían estar afectados a esa patrulla cerca de ellos. Treparon nuevamente a la azotea, no sin antes esconder los cuerpos de los dos militares bajo las bolsas de basura. Caminaron sobre la cornisa hasta los fondos de la casa de familia donde Abu estaba refugiado. Se descolgaron en el patio. Entraron en la casa por la vieja puerta de servicio, haciendo señas a sus habitantes para que no hablasen y tampoco hicieran ruido. Qasim habló con el dueño de casa en voz baja en medio de la más absoluta oscuridad. Preguntó en dónde estaban los refugios

caseros. El hombre señaló el patio donde había un masetero de unos cuarenta centímetros con flores. Abú tomó una de las armas que tenía Sadiq y con la seguridad que dan los años de combate, maniobró el cargador con displicencia, corroborando su carga y retiro del seguro. Una bala lista en la recámara y la seña a Sadiq para que lo imite con la otra ametralladora colgada de su hombro. Qasim levantando su mano colocó su índice en los labios pidiendo silencio, señaló el lugar del refugio y por señas, ordenó introducirse lentamente en él luego de levantar la tapa disimulada debajo de las flores. Entraron en un sótano oscuro. El dueño de casa fue hasta el fondo del refugio y encendió un pequeño candil de aceite. Fardus imitó todos los movimientos de los adultos y en completo silencio bajó al refugio, siguiendo los pasos de Abú. Sus ojitos enrojecidos y húmedos reflejaban el estado de ansiedad, temor y pánico creciente. Abú, Qasim y Sadiq, se juntaron en el fondo del refugio muy cerca del candil, hablaban en voz muy baja pero Fardus se dio cuenta de que discutían y revisaban los cargadores secuestrados contando las balas. Acordaron que Sadiq y Abú salieran en una hora del refugio a explorar los movimientos de las tropas invasoras; Qasim quedaría a cargo de los dueños de casa y Fardus. Se estiraron en el suelo ordenadamente esperando que transcurriera esa larga hora. En ese ínterin, escucharon la violencia muy cerca de ellos. Seguramente la tropa había derrumbado violentamente la puerta y estaba destrozando la vivienda.

Un olor a quemado se filtraba por los bordes de la puerta camuflada y el humo comenzó a invadir el espacio viciado del refugio. Abú trozó su turbante y en el balde de agua de reserva, mojó los trapos. Los repartió señalando que se lo colocasen en la boca y nariz y que todos se tirasen al suelo, bien pegados a la tierra. El humo negro flotaba en ese recinto cerrado pero sobre el piso quedaba aún un espacio libre, que aprovecharon sus ocupantes para respirar. Sadiq miró el reloj y esperó quince minutos para que se cumpliera la hora. Lentamente se fue arrastrando hasta las escalerillas de cemento, subió

reptando sobre ellas hasta la puerta de seguridad que levantó con su cabeza. Una bocanada de aire puro y fresco removi6 el ambiente viciado del refugio y Sadiq colocándose el equipo de infrarrojo escrutó el patio y la casa. Ardían los muebles. Por las ventanas salía humo negro con algunas llamas rojas. No vio a nadie y calculó que la tropa invasora había dado por concluida la misión encomendada de revisar y quemar la casa. Regresó al refugio, levantó la tapa sin problema e invitó a todos a salir sin hacer ruido, manteniendo el alerta y evitando toser. Se refugiaron en el fondo del patio, cerca de una canilla de agua, que si bien no dejaba salir el fluido normalmente, despedía una gota continua que había llenado una lata de cinco litros hasta rebalsar. Mojaron sus cabezas y rostros con gran alivio. Sadiq y Abú revisaron nuevamente su armamento y salieron del fondo de la casa, saltando los pequeños muros de adobe.

Qasim retuvo a Fardus a su lado e intimó a los dueños de casa a no moverse y menos aún a acudir a la casa en llamas. Fardus observó atentamente a Qasim. Su mano derecha empuñaba un filoso cuchillo manchado con sangre. Pensó que desde la muerte de su madre solo había visto adultos heridos, escondites, huidas, señales de silencio, sótanos y refugios. Ahora tenía más clara la visión última cuando en la calle sostenía la mano de su madre en señal de desconsuelo. Pensó que la guerra era una maldita infamia y, por primera vez, insultó al mundo.

Abú con Sadiq cruzaron la manzana por los techos. La humareda de las vivien- das quemadas servía de cortina, aunque a unos doscientos metros se notaba un fluido movimiento de tropas, helicópteros sobrevolando e iluminando la zona de operaciones. La calle saturada de escombros. Muchos cadáveres civiles y unos cuarenta militares americanos decapitados. Abú recordó cuando prestaba servicio en el ejercito Iraquí en la época de Hussein: resistieron la ofensiva aérea y terrestre de norteamericanos. En ese entonces esperaron con una organización cerrada de defensa, ubicando estratégicamente

tanques T72 y T82 en las zonas claves de Bagdad y en la zona periférica cientos de misiles antiaéreos SAM6 y lanza cohetes Katyusha. Los transportes blindados se repartieron por toda la ciudad para resistir el primer ataque, que costó cientos de vidas a los norteamericanos en su primera aventura asesina. Los iraquíes eran conscientes de que serían derrotados en esta incursión, pero necesitaban dejar que las tropas invasoras entraran en el corazón de la capital, para luego hacer una guerrilla urbana, donde se sabían invencibles. Los años que durara la guerra serían los suficientes para aplastar y humillar el poder militar invasor. Abú indicó a Sadiq que acercara al tanque de agua para esconderse de una patrulla que avanzaba por la calle Nawas, que corría en sentido norte-sur. Seis soldados americanos con mascarillas antigás y equipo infrarrojo pasaron en fila india, revisando viviendas desbastadas. En ese momento, casi a sesenta pasos de ellos, el pie de Sadiq resbaló sobre unas maderas y el ruido alertó a la pequeña tropa que rápidamente apuntó su fuego sobre el lado contrario del tanque, posibilitando a Abú y Sadiq a abrir fuego cruzado que lentamente diezmó la columna sorprendida sin tiempo para tomar posición de combate. Los seis soldados cayeron prácticamente juntos, alcanzaron a disparar el primer fuego y erraron. Sadiq transpiraba, su mano temblaba sobre la metralla que estaba sin municiones. Abú hizo la seña de retirada y salieron del sector en pocos minutos, antes que los helicópteros acudieran a buscar la patrulla perdida.

Decidieron no regresar a la vivienda para no poner en peligro las vidas de Qasim, Fardus y los ancianos dueños de la casa. Se refugiaron en un baldío con escombros de un bombardeo. Bajo la madera de marcos derrumbados, se dejaron caer agotados por la corrida y esperaron el amanecer luego de haber enterrado el armamento sin munición. La salida tendría que acompañar el movimiento de una ciudad ocupada, bombardeada y con habitantes que necesariamente debían moverse por las calles y ser sometidos a rigurosos cacheos por parte de retenes militares.

Qasim escuchó ruidos en la casa, la penumbra no le permitía distinguir quiénes eran, y solo dos personas podían entrar sin dar una voz de alerta: Abú y Sadiq. Pero no eran ellos. El ruido provenía de la habitación de los dueños de la casa. Qasim empuñó la daga y sigilosamente se fue acercando a la puerta, vio dos figuras oscuras revisando cajones, placares y mesas de luz. Uno de ellos se alejó a buscar una silla. El saqueador quedó solo y fue rápidamente reducido por Qasim. El filo de la daga cruzó la garganta con la rapidez de un rayo. El cuerpo del hombre muerto quedó atrapado por los fuertes brazos de Qasim quién lo asentó suavemente en el piso. Se ubicó a la derecha del marco de la puerta esperando al segundo ladrón. No alcanzó a cruzar la puerta que la daga de Qasim le arrebató la vida. Qasim fue hacia la puerta de entrada que estaba en el suelo. Había sido quemada con lanzallamas.

En la calle todo era silencio y desde ese lugar advertían bultos negros en la acera junto a escombros. Qasim con mucha precaución se acercó al frente de la casa donde dos soldados moribundos se desangraban. Qasim no titubeó. Los degolló. Les quitó su armamento y luego tomándolos de sus pies comenzó a arrastrarlos por la calle unos doscientos metros para dejarlos y regresar limpiando la huella de sangre con tierra y escombros. No quería dejar señales para que ubiquen el lugar o la casa en donde fueron degollados. Regresó displicentemente a la vivienda, acomodó la puerta como pudo, colocó unos muebles para sostenerla desde adentro y permitió que los ancianos y Fardus, salieran de sus escondites en una vivienda humeante. Los ancianos desconsolados se tomaron de las manos y apoyaron sus cabezas en el hombro del otro. Qasim, tomó al niño y lo llevó a un rincón para que se acostara sobre unas frazadas.

—Duerme —le dijo imperativamente—. Mañana será un día muy agitado. Tomó las armas recuperadas y las llevó con él a la esquina que daba justamente a la puerta de entrada. Martilló el arma y apoyó sobre el suelo, listas para ser usadas, una ristra de

balas. Prendió un cigarrillo. La espalda apoyada en la pared lo alivió, pensó que no había otra posibilidad que salir en la mañana a Kirkurk, una ciudad más peligrosa que Bagdad, pero donde la convivencia de kurdos, sunitas, chiitas y turcomanos si bien se dirimía en atentados y enfrentamientos, no estaba ocupada por fuerzas invasoras. Por otra parte era el camino natural al Norte rumbo a Mosul y luego, la frontera turca.

Qasim sabe que en la noche, cuando el silencio se impone, aparece el fuego de artillería flotando en el aire con cuerpos temerosos, escondidos en miserables viviendas desbastadas. En esas noches, cuando el silencio se pierde, reaparecen cientos de bombas que caen mutilando cuerpos de niños, hombres, mujeres. Hasta en las cuevas oscuras y frías de los refugios se introducen sin piedad alguna y estallan. Solo estallan y se desprenden. Es muerte en la noche viajando sin rumbo, con brazos, piernas, cabezas lanzadas al espacio; flotando. Se mecen solitarias. Caen. Nadie las recibe. Son cuerpos esparcidos en desiertos de arena y luego alguien las proyecta en pantallas de vidrio blanco entre palabras de fe en la TV. Hablan de paz en la TV. De amor en la TV. De justicia en la TV. Restos que juntos son nada. Luego; olvido sin futuro, almas vacías, fragmentadas y aquel hombre de alas de acero sabe que él lleva en las noches sombras, pero antes estallan. Y el mundo en silencio. Nadie se atreve contradecir al amo. Nadie. Todos temen la noche cuando esos cuerpos danzan por el aire y el silencio los convierte en fuego. El silencio gana. Con sus dos manos amarradas a las metralletas, Qasim dormita en espera de otro amanecer de guerra.

11

Rheen

Haifa nació en las montañas del Kurdistán iraquí a seis horas de Diyarbakir, en el sur de Turquía, en una zona donde nadie es dueño de nada, ni tampoco hay un estado definido presente. Sus padres pertenecían al PKK, partido de los trabajadores Kurdos fundado por Abdullah Ocalan y ella no era ajena a la militancia. La mayoría de los kurdos de las montañas eran analfabetos. Haifa fue educada por sus abuelos que le enseñaron el idioma prohibido: el kurdo. A los 15 años participaba en mítines por la paz, llevando su pañuelo de color. Arrestada por posible portación de arma, pasó dos años en la cárcel. Liberada al finalizar su condena, regresó a la cárcel por seis años más, por hablar en kurdo en lugar del árabe. Liberada nuevamente por orden de Masud Barzani del gobierno kurdo, con la promesa de no hablar su idioma y abandonar su preparación en los *peshmergas* —el que se enfrenta a la muerte—. Sin embargo, a dos años de cumplir su promesa, sus padres, en un enfrentamiento con las tropas turcas, fueron ametrallados sin piedad en las orillas de la carretera a Mosul. Entonces Haifa abandona el Kurdistán y se radica en el barrio humilde de Sâder City en Bagdad de mayoría chií y se integra a las milicias del clérigo Múqtada al Sâder. A partir de ese momento, Haifa asume posturas combativas. Nada le queda de sus bienes y menos aún alguien de su familia. En Sâder City conoce a Amirya, otra kurda sobreviviente de la barbarie americana, y juntas se van a vivir al barrio en una humilde habitación de un edificio abandonado luego de bombardeos norteamericanos. Fue en una fiesta íntima en la celebración de Newroz, el año nuevo kurdo que simboliza la libertad del pueblo, donde Amirya se acercó y le re-

lató una leyenda. Esta cuenta que Kawa vence al tirano Zohak que llevaba mil años esclavizando a los kurdos y alimentándose con sesos de los jóvenes kurdos, como un signo de supremacía. Haifa se da cuenta de que la leyenda era una excusa.

Los veinticuatro millones de kurdos siguen deambulando sin lograr una identidad y territorio propio. Se dispersaron catorce millones por Turquía. En Irán, seis millones. En Siria, un millón y en Kurdistan iraquí, cinco millones. Un pueblo disgregado, un idioma prohibido y la persecución histórica con promesas falsas de por vida. Por el subsuelo de Kurdistan, habitado por ellos hace cinco mil años, navega silencioso el petróleo. Los intereses internacionales siempre han buscado debilitar su resistencia.

Haifa tiene mil razones para su vida de combate y está dispuesta a seguir en ella. Amirya, huérfana como miles y miles de iraquíes, encontró una compañera a su medida. Amirya tiene un fuerte carácter y una indestructible decisión. Pelear contra los invasores. Amirya no podía creer que Haifa hubiese ido a la cárcel por hablar kurdo, pero Haifa le recordó que justamente el alcalde de Diyarbakir, Medhi Zana, fue condenado a 26 años de cárcel por hablarles a sus empleados en kurdo. Haifa, como todo kurdo, ama el color. Una característica de ese pueblo es su identificación con las flores y los colores que invaden sus vestimentas; hasta los electrodomésticos que decoran artesanalmente tienen color y pintura. Haifa explica que de acuerdo al credo del culto de los Ángeles, los kurdos colocan un color a cada día de la semana, como una forma de vivir en ese mágico mundo. El domingo colorado. Lunes negro. Martes blanco, miércoles azul. Jueves púrpura, viernes verde y sábado amarillo.

Los kurdos sobresalen en cualquier multitud por sus vestimentas de color. No importa la combinación. Es el color que los lleva a distinguirse. La música kurda está prohibida en Turquía y la poca que pueden rescatar la modifican y la transforman con otro estilo al que llaman Kurdubeske. Amirya siente una profunda pena por Haifa, pero

también una admiración cómplice y extraña. Si su tragedia en la vida sirve para algo es justamente para que ambas se hubiesen encontrado en esta guerra tan desigual e injusta.

El Kurdistán central, convertido al judaísmo, contrasta con el cristianismo que absorbió la parte central y el lejano oeste. El resto: islamita. Finalmente la cárcel unió las historias de vida de estas mujeres: Haifa y Amirya, que en su última condena conocieron a Lilu, la enfermera que posteriormente se hizo cargo de Rheen.

Lilu era turca por nacimiento, pero Iraquí desde los dos años, cuando que su familia se radicó en Bagdad. A partir de allí su infancia rodeada siempre de guerra la lleva a frecuentar el hospital de Yarmouk como voluntaria y comienza a aprender el oficio de enfermera logrando ser una empírica eficiente en dos años. Fue nombrada en ese cargo.

Más de cuatro millones de iraquíes están exiliados a partir de la incursión de los invasores angloamericanos. Un equipo móvil de ANCUR justamente en la frontera norte de Irak con Turquía lleva registrado más de quinientas mil personas buscando exilio y un lugar seguro para vivir. La mayoría son mujeres con sus hijos y su destino son los asentamientos de Naciones Unidas, carpas improvisadas en medio de la extrema pobreza. Muchos carecen de frazadas, agua y ropa y solo alcanzan algunos alimentos deshidratados que reparten semanalmente. Las mujeres exiliadas en Siria, Jordania, Turquía y otros países cercanos buscan trabajo para mantener a sus hijas. Las más jóvenes encontraron en la prostitución una forma rápida de ingresos.

La descripción de una de ellas en Jordania es un buen ejemplo de cuando ingresan como *freelancers*, maquilladas, pintadas al modo occidental, con camisetas cortas y vaqueros ajustados. Dice que ganan entre 300 y 500 euros por noche y ofrecen su cuerpo dos a tres veces a la semana para poder salir de los campamentos de refugiados y alquilar viviendas con mínimo confort. Junto a ella hay otras mujeres jóvenes en silencio, vestidas con abayas negras y el cabello cubierto con un pañuelo con muchos ador-

nos. Entre esas bellas y jóvenes mujeres, algunas entregan su virginidad a un costo mayor al del mercado.

Noura es una joven educada e instruida que había viajado con otras mujeres menores de treinta años para trabajar en educación; pero terminaron en la prostitución. Lo cierto es que, a pesar de la constitución de 2005 que proclama los derechos a la mujer, la discriminación es peor que en la época de Hussein, pues ahora las obligan a llevar la abaya —vestido negro— y el nikab, cubriendo el rostro; y muchas además llevan el hiyab, cubriendo el cabello.

La otra cara de la guerra: el submundo del hambre, exilio, violaciones, prostitución, enfermedades, falta de agua, trabajo y salud, en un país de temperaturas extremas. Más de cuarenta y cinco grados en julio y agosto y bajo cero en enero. Las presiones internacionales logran muchas veces conquistas transitorias en lo que se refiere a liberaciones de presos políticos. Los americanos se ufanan de tener el país bajo control.

El caso de Rheen y Haifa era claro. Su militancia no había pasado de declaraciones o concurrencias a reuniones, manifestaciones y preparación para una larga lucha; pero ambas en distintos lugares y circunstancias. Nunca dispararon un solo tiro. Quizás, Haifa, por su historia particular, estaba más cerca de ser una activista; pero las circunstancias determinaron que ambas tuviesen un destino común: cárcel.

No es una sorpresa que las cárceles de Irak se encuentren calificadas, desde el punto de vista edilicio y del trato, como las más precarias del Medio Oriente. El hacinamiento, la falta de higiene y la mala alimentación sirvieron para que la población carcelaria se hallara en altísimo riesgo. Y no en vano, diariamente retiraban cadáveres con diagnóstico de muerte dudosa. Pero los que viven allí saben que las enfermedades pulmonares y gastrointestinales predominan y azotan mortalmente a los internos.

La llegada de Rheen herida, abandonada —desde el punto de vista médico— y agonizante demuestra hasta qué punto las autoridades tenían un interés sobre este tema. Si no fuese por el conocimiento práctico de Lilu en enfermería, Rheen hubiese muerto. Lilu aportó su experiencia y conocimiento para salvar a Rheen y se juró, en cuanto la vio por primera vez, que esa bella joven merecía un sacrificio personal. Diariamente se encargaba de higienizarla de la mejor manera posible; la hidrataba y alimentaba con paciencia. Su cariño fue creciendo a medida que su estado mejoraba. El restablecimiento lento pero seguro de la mujer ingresada a la cárcel tal vez para morir la llenó de satisfacción, y la evolución del primer mes le fue gratificante. Lilu supo cultivar una relación con Rheen y ambas se sintieron durante meses muy ligadas.

Haifa y Amirya, que habían contribuido al restablecimiento de Rheen, se alegraban todos los días de ver como Rheen recuperaba fuerzas. Más de trescientos presos, fueron registrados en esos cinco días para ser evacuados a los campos de refugiados de Turquía, Irán, Siria y Jordania. De ese número, la mayoría de los liberados eran mujeres y niños. Engrillados con largas cadenas comunes, subían en la caja de los camiones y eran transportados a la frontera. Los pasos fronterizos autorizados no eran muchos y los requisitos para cruzarlos eran muy estrictos. Sobre la frontera Siria, los pasos de Al Yarubiyah o el de Al Tanf eran obligados. Sobre Turquía: hacia Cukurca y Uludere. El campo más codiciado en Jordania era Ruwaished, a sesenta kilómetros de la frontera Iraquí. Los millones de refugiados y su movilidad complicaron la vida de esos países algunos de los cuales cercaron los campos e impusieron condiciones muy estrictas convirtiéndolos muchas veces en cárceles abiertas.

La infraestructura para albergar entre diez mil y cien mil personas exiliadas era insuficiente; muchas veces los millones de refugiados superaban cualquier previsión de los países limítrofes. Nivelación de terrenos, limpieza de minas, caminos, proveeduría,

agua, establecimientos sanitarios, tiendas de campaña, alimentos, etcétera se plantearon como desafío a todos esos países y a las organizaciones internacionales. Agrava más esta situación el castigo impuesto por Norteamérica sobre la renta petrolera luego que Irak perdiera la guerra con Kuwait. El programa petróleo por alimento mantenía una población entera —más de quince años— bajo una alarmante insuficiencia al acceso de alimentos básicos. El sesenta por ciento de la población iraquí vive de raciones mínimas de este programa. Los barcos con alimentos solo pueden llegar por la pequeña salida al Golfo Pérsico de Umm Qasr, blindada por las naves norteamericanas que controlan la entrada y salida de los cargamentos y hacen cumplir la sanción de alimento por petróleo.

Rheen y Lilu fueron llevadas a la frontera Turca, y Amirya y Haifa, directamente a Jordania al campo de Ruwaished, traslado gestionado por la Organización de Naciones Unidas y por organizaciones gubernamentales y no gubernamentales jordanas. Antes de separarse, quedaron todas ellas de acuerdo en encontrarse en el pueblo originario de Lilu, a diez kilómetros al sur de Silopi, tan pronto como pudieran dejar Jordania. Rheen y Lilu habían sido destinadas al campo de refugiados turco Tauro, donde obtuvieron una gastada tienda de campaña, dos frazadas, platos enlozados, una muda de ropa, una botella de dos litros de agua, galletas de alto poder energético donada por la Agro Action Alemana y dos raciones de alimentos por día. Ambas estaban convencidas que podrían abandonar el campo en un par de meses. Los lazos afectivos entre ellas se consolidaron, lo que les ayudó a soportar la cruel discriminación del resto de los refugiados y el aislamiento impuesto por parte de los responsables del funcionamiento del campo.

Rheen, a pesar de esta afinidad con Lilu, no olvidaba a Sadiq. Lo cierto es que las cuatro mujeres lograron a los dos meses reencontrarse en Turquía en el pueblo de

Lilu desde donde iniciaron el largo trabajo de restablecer contactos con Irak y planificar el regreso.

En Diyarbakir, lograron establecerse en la casa de parientes kurdos de Haifa. Las cuatro mujeres se ubicaron en una pequeña habitación con dos camas. Buscar trabajo es difícil para quienes se exilian, sobre todo cuando son registrados y documentados como tales. Las oportunidades existen pero, al pedir documentos el exilio hace estragos con las ofertas porque inmediatamente son desechados. Por otro lado, en Jordania, Siria y el Líbano, los iraquíes son considerados como huéspedes, prohibiéndoseles la posibilidad de trabajo y obligándolos a entrar en el mercado negro para conseguir documentación falsa. Ellas están decididas a un regreso inmediato y clandestino, tan pronto como Fardus y Abú se exilien en casas de familias que les garanticen su permanencia por varios años. La más inquieta es Rheen. Sabe que Sadiq la espera. Lo más importante ahora es encontrar trabajo, documentos falsos y esperar la llegada de Abú con Fardus. Cumplido este objetivo, Irak se impone como prioridad para continuar la lucha.

12

La travesía

Qasim no podía esperar más. El operativo del invasor acortó los plazos en sus posibilidades de fuga. Las tareas de rescate de cadáveres angloamericanos en las calles, mantenían al ejército de ocupación, muy cerca del refugio. El camión estaba estacionado en una calle lateral del Zoco. Qasim no tenía noticias de ellos ni de si el bombardeo

americano había afectado su vehículo,. No quedaba otra alternativa que ir a investigar. Le indicó a Sadiq que lo acompañase. Salieron apresuradamente tomando los recaudos necesarios para no despertar sospechas. Caminaban tranquilos en medio de la calzada, no llevaban mochila ni elementos en sus manos. Sadiq le habló de la valentía del anciano Abú y su determinación ante situaciones de gravedad o muerte. Qasim sonrió satisfecho. No se había equivocado con el hombre mayor. Su experiencia le indicaba que podía confiar sus espaldas a un hombre como Abú.

—Me preocupa el niño, Sadiq —dijo Qasim—. Mi promesa ha de cumplirse. Su madre lo merece —continuó con voz pausada, mientras evitaban los escombros en las calles—. Esta maldita guerra, ha destruido nuestra cultura, hermano, ya no solo es el saqueo de nuestros recursos naturales. Nos vendieron una libertad mentirosa, ahora somos saqueados en todas nuestras áreas.

Sadiq escuchaba respetuosamente, asintiendo y aseguró que Fardus llegaría al asentamiento de refugiados costara lo que costase. Luego agregó:

—Rheen está esperando, Qasim, estoy seguro de que se ocupará de todo. Eso sí, debes saber que resuelto este problema nosotros regresamos a Bagdad para seguir en la lucha.

Qasim lo miró de reojo; seguramente envidió la juventud de Sadiq, porque él particularmente estaba cansado, pero estaba seguro de que podía aportar algo más a la causa.

—¿No temes que te maten muchacho? —preguntó ansioso y nostálgico a la vez.

—Prefiero la muerte, Qasim, antes que ser esclavo de extranjeros —contestó Sadiq con arrogancia y orgullo.

Siguieron caminando en silencio, ambos pensaban que lo que faltaba era tiempo pero que a lo largo de esa lucha, el invasor irremediabilmente sería derrotado. Cinco

años bombardeando, ametrallando y destruyendo ciudades enteras. Cinco años desplegando toda la tecnología nueva para la guerra. El frente externo a nivel internacional fracturado, los retiros de minúsculas tropas extranjeras en comparación con las tropas americana e inglesas, demostraban que el proceso de desgaste seguía y que el pueblo, a pesar de ser perseguido, asesinado y condenado al atraso, sería capaz de recuperar su dignidad. Ninguno de ellos era en definitiva partidario de Hussein, pero esa absurda acción los había unido a la resistencia. No importaba a quién respondían. Si es por Irak, el lema subterráneo contagia como si fuese la fiebre amarilla.

Cercano al Zoco, Qasim trató de encontrar su camión, que debería estar estacionado frente a un bar. El bar estaba destruido, el camión, intacto. Subieron sin inconveniente, no había controles militares, las palas mecánicas arrastraban escombros y cuerpos unidos en esa extraña ceremonia macabra. Mujeres, niños y algunos hombres se mezclaban inertes a los escombros. Cientos de iraquíes, resignados a la muerte, observaban con intensidad y odio el manejo de las palas por americanos, escoltados por soldados fuertemente armados.

—Mira esos niños, Sadiq. ¿Te parecen guerrilleros?, no deben tener diez años.

El filo de las palas atravesaba los bultos que oponían resistencia y en esa mezcla trágica también seccionaban impunemente decenas de cuerpos. El camión arrancó. Fue dificultoso salir de ese lugar, primero por los escombros y segundo por la gente que seguía buscando a sus familiares entre los restos de basura. Sadiq grabó esas imágenes y sin hablar maldijo a Bush. Cuando estuvieron en un lugar deshabitado, bajaron para vaciar los restos de escombros acumulados en la caja. Pocos cajones vacíos estaban enteros, nada de lo que había llevado, verduras y frutas, quedaba para ser negociado. Regresaron en silencio. Todo es silencio después de las catástrofes y aún más, después de

una matanza. Qasim revisó una caja oculta debajo del asiento, allí había armas livianas y estaban intactas.

—Al menos esto no lo robaron— dijo con tono de amargura. Regresaron en el camión a buscar al niño y a Abú. Sadiq y Fardus fueron camuflados en la caja del camión, en medio de cajones con cartones y restos de madera que juntaron apresurados en los escombros de los edificios. Pasar los retenes con un niño sin documentos y con un fugitivo que no sabían si había sido identificado era un riesgo. Por eso prefirió a Abú con él adelante.

—El viaje es largo y peligroso, Abú, puedes evitarlo si quieres, yo me encargo del niño —le dijo Qasim seguro de presentarle una alternativa al anciano. Abú, de pocas palabras, lo miró con serenidad y le dijo que a donde fuera ese niño iría él.

—Es lo único que me queda, Qasim.

El camionero comprendió y decidió no entrar en detalles, le entregó una metralleta y una pistola cargada.

—Si debemos abrir fuego, Abú, que sea con todo lo que tenemos.

—Sé lo que debo hacer, no te preocupes, Qasim.

Verificó la carga, los seguros y las camufló entre el asiento y el respaldar. Sadiq y Fardus estaban ajenos a todo. La tierra de los escombros y las paredes levantadas a sus lados para disimularlos en el medio de la carga aumentaban el calor. Fardus más pálido que de costumbre acusaba cansancio y temor. En realidad desde aquel bombardeo en donde su madre había fallecido, todo el camino transcurrió entre escombros, bombas, cadáveres y tierra.

Qasim maneja displicentemente; conoce el camino y se vuelve locuaz, para evitar dormirse. Deben recorrer más de mil kilómetros sin parar, salvo en los retenes militares donde se juegan la vida. Le adelanta a Abú lo que él considera de esta guerra, a

modo de síntesis del diálogo que él habría de hacer con el comandante de las fuerzas invasoras.

—Yo pienso así, Abú, y no te asustes si ves llover del cielo una nube de bombas, porque convertirán nuestra hambre en más pobreza, dolor y tal vez muerte. Son hombres de América, a quienes yo preguntaría ¿Con qué derecho nos invaden? O ¿con derecho de quién matan? Somos alguien que vivíamos en estas casas de barro sin comida... sin sombras. Solo arena o montañas... de frío bisel. ¡Somos islámicos tratando de sobrevivir! Por siglos han invadido nuestra tierra. Siempre una excusa; no importa cuál. Cualquiera vale. Nos llevaron al abismo. Cuando se formó una Alianza, la misma tomó el poder, economía, tecnología. La fuerza de las armas. Lo mismo que antes... ahora. Después, ellos decidirán qué es bueno o malo sin preguntarles a los pueblos. Sin permiso nos clasifican, arrancan vidas quitando futuro, luego nos persiguen y humillan. Mira mis miserias o nuestros trapos. Ropa vieja, mira mi casa: barro. Mira mi jardín de arena. Mis manos vacías y limpias. ¿Y en mis ojos?... lágrimas. ¿Temen los hombres de América? ¿Quieren mis armas? ¡Tomen!... Son de madera labrada porque solo tengo juguetes, fabricados en ramas secas, abandonadas, ¿Por qué nos matan? Han convertido la noche en pesadilla. Es oscuridad de luces que se apagan. Bombas... envían bombas. A veces no quiero abrir los ojos en la mañana. ¿Que más faltará? Comida, familia... miserias... los hombres de América matan.

Abú prestaba atención. Pocas veces había escuchado un mensaje tan claro y de tanto sentimiento e impotencia.

—Son extranjeros, Qasim. Rapiña pura. Las excusas que pides no existen, quieren nuestra riqueza y nuestra cultura, no debes entregarte, hay que resistir hasta el último momento. Este niño que llevamos es el futuro que tal vez nosotros no veamos, pero hay que salvarlo. Ellos serán nuestro testimonio del mañana. Serán voces que lograrán

llevar la verdad alguna vez al mundo que hoy nos ignora; o peor aún, nos desprecia. ¿Qué valor tiene nuestra vida, Qasim? Ninguno. Somos anónimos. Desconocidos. Ausentes en el mundo. Pero este niño será alguien. Llevará todas estas imágenes grabadas a fuego y burlará la muerte inminente con su sabiduría. El será nuestra voz y nuestro testimonio.

Qasim, por primera vez, sintió un estremecimiento placentero. Hacía mucho que nadie le hablaba de esa manera y jamás pensó que el niño fuese ese futuro que tanto anhelaban ambos. Sonrió satisfecho y con la mano derecha apretó la mano del anciano.

—Abú,... tienes razón, gracias. —Abú no se inmutó, era parte de sus modales no exteriorizar sus sentimientos.

A orillas del camino de tierra y en los pueblos se veían algunos tanques de guerra americanos incendiados. Decenas de niños jugando, colocaban la bandera iraquí en la punta de sus cañones, todo un símbolo. El primer retén estaba en Samarra, a orillas del Tigris: Un impresionante despliegue militar con soldados norteamericanos, tanques y trincheras a veinte metros de la primera valla. Los soldados cubiertos por francotiradores paraban los vehículos con nerviosismo y temor. Qasim obedeció la orden y paró el camión. Seis soldados apuntaron su cabeza, les ordenaron bajar del vehículo, colocar las manos sobre el capó del camión y abrir las piernas; palparon arnas y luego de pedirles documentos comenzaron a revisar la cabina y los escombros. El traductor avergonzado traducía el inglés al árabe. Tuvo que explicar que llevaba ese material para construir una vivienda precaria. Los soldados se apostaron en el lado derecho y comenzaron a disparar, si había alguien oculto estaría muerto. Sadiq y Fardus, librados a su propia suerte, se estiraron sobre el piso y taparon su cabeza con las dos manos. No emitieron un solo sonido ni hicieron algún movimiento; mientras, las balas se incrustaban sobre los materiales acumulados desprolijamente. Qasim y Abú rogaban por que esas balas no

encontraran el cuerpo del niño. Nada pasó y luego de revisar los papeles los dejaron seguir, no sin antes advertirles que cuatro retenes más los pararían antes de llegar a la frontera turca. El camión arrancó y el camino de tierra se abrió nuevamente. Sin hablar, avanzaron unos diez kilómetros. Pararon para averiguar el estado de los viajeros ocultos. La voz de Sadiq fue categórica: “¡Estamos bien, sigamos. El niño está tranquilo y asustado!”.

Los dos siguientes retenes hicieron igual inspección, aunque sin disparar balas ya que vieron los impactos múltiples de los militares americanos. Pero en el último retén de solo cuatro militares, un soldado norteamericano que se aproximó y hurgó la carga vio un botín de Sadiq asomando. Qasim no esperó, en forma inmediata sacó su arma y Abú lo imitó con agilidad. Los cuatro soldados fueron tomados de sorpresa. Las armas se encargaron de eliminar el obstáculo, no sin antes recibir Qasim un balazo en la pierna derecha cerca de la ingle y otro en el tórax. Sangraba profusamente; Abú atinó a comprimirlo con un trapo. Qasim transpiraba. Su palidez se acercaba a un blanco grisáceo. Abú llamó a Sadiq, Qasim estaba mal, se desangraba y comenzó a delirar acompañado de un temblor fino en sus manos y piernas, la boca perdía saliva por las comisuras, Abú apretaba la herida con más presión, pero Qasim estaba destinado a irse para siempre, hablaba lentamente mirando fijo al cielo, sin un punto de referencia claro y diciendo: “¡Eh!... ¡Maligna trampa del tiempo! ¿Por qué no bajas a pelear? ¿Por qué estás allí, burlándote del triunfo? ¡Eh!... cobarde escondido en sombras has terminado mi ilusión, mi propia vida, y con la tuya... también porque no tendrás a otro para burlarte y hacer que al final del camino pierda mis recuerdos. La condena que me has impuesto, ¿quién la paga? ¿Quién te ha dado alas para llevarme? ¿Cuál es tu coraje?... ¡Maldita! En años, en décadas te he vencido siempre sin proponérmelo; solo vencía, y hoy ¿Por qué... no

puedo hacerlo? ¿Es tu revancha? ¿Dime? ¿Es tu revancha? ¡Cállate! Todavía queda un juego ¡Eh!... ¿Qué me contestas?”.

Nada. Silencio. Pesares. Un vacío sin horas, sin minutos, solo el vacío cobarde lo lleva a esa trampa. Su cuerpo se enfría, el temblor aumenta y una transpiración inédita invade su cuerpo. Por primera vez miró a Abú. Sonrió y con sus últimas palabras alcanzó a decirle: “El niño será nuestra voz”.

Abú asintió moviendo su cabeza afirmativamente, mientras Qasim abandonaba su cuerpo para siempre. Fardus a escasos centímetros asistía a una muerte más, a una despedida sangrienta; pero no había lágrimas en el niño, solo preguntas silenciosas en sus ojos. Prepararon el cadáver junto con sus documentos y pertenencias envolviéndolo con una loneta del camión. Luego, con dos palas cavaron cerca del camino una fosa y lo depositaron con singular emoción. Taparon el foso y colocaron unas piedras encimadas como para dejar sentado que en ese lugar hubo un hombre enterrado con honor. Fue Sadiq quien dijo emotivamente las palabras de despedida:

“Descansa, Qasim, porque cuando una rama se transforme en fusil... y una piedra en plomo o acero, habrá banderas atrapadas en sus mástiles y solo faltará una brisa que las libere, brisa de ramas y piedras envueltas en bandera hoy manchadas de sangre. Cuando los hombres dejen de matarse unos a otros, entonces no habrá demonios, ni fantasmas, ni a quién acusar, para seguir matando. En las profundidades del dolor, estarán fuerzas que encenderán antorchas. Una, cientos, transitando noches estrelladas, iluminando la paz ¡Esa Paz..., la paz! Y la luz del día será tan intensa, que los ojos, los míos o los tuyos, Qasim, pedirán colores y formas... —Sadiq emocionado secó su frente húmeda con su pañuelo y continuó con voz quebrada—: ¡Y...alegrías! ¡Y más alegrías! Alegrías Sí; vendrán. Lloverán estrellas y cometas. Hablarán las plantas. Ayer, mañana, cientos de animales danzarán al compás de la música. La música hecha por el viento que empu-

ja varillas dobladas y curvas. Serán arcos de triunfo; de paz, solo paz, con campos de alimentos, surcos con semillas maduras para crecer, y de cada semilla, miles de ellas brillarán en un futuro de paz. Y cuando un mármol atrape a un hombre, a una mujer, o a un niño en la eternidad de la lápida, brillarán ornamentos de bronces. —Nuevamente Sadiq tuvo que detenerse; las imágenes que lo invadían lo angustiaban y quebraron su templanza. Suspiró, varias veces, y luego continuó orgulloso—: Surgirán imágenes liberadas, trepando enriquecidas de vida y movimiento, saliendo de profundidades que mantuvo cautivos y postergados, sueños intactos. ¿Sombreros alados de bombas?... ¡No! Solo semillas. No habrá fusiles, solo espigas de paz y orgullo de vida conquistada; recuperada, rescatada y en cada historia perdida, habrá una esperanza o miles. De cada lágrima derramada, una vertiente cristalina, transparente y diáfana. Por cada olvido, miles de recuerdos con imágenes que llegan vivas, limpias; maravillosas. El arte será magia, solo magia. Fantástica magia. Entonces el mundo será color vida. Paz. ¡Oh... qué difícil es la paz! La paz que tanto deseabas, Qasim, y que hoy encuentras con tu despedida. Adiós amigo, descansa en paz”.

Subieron al camión los tres, Fardus al medio. Ya no quedaban retenes visibles y el cruce del paso fronterizo se haría a pie. La noche estaba prácticamente cubriendo los caminos y las montañas. Un frío intenso los obligó a colocarse las mantas sobre su cuerpo. El camión abandonado a las orillas del camino fue incendiado para no dejar rastros. El camino a los campos de refugiados estaba cerca. Sadiq calculaba que en unas siete horas estarían en el primero.

13

Refugiados

La gran mayoría de los kurdos es parte de la rama suní del Islam, asentada en el sureste de Turquía; norte de Irak y al oeste de Irán. Más de veinte millones sobreviven a los que alguna vez les prometieron un territorio y respeto a su lengua y costumbres. Perseguidos, humillados y olvidados, resisten por sí solos a su extinción. El recuerdo de Mustafâ Kemal, conocido como Ataturk, está fresco y no logró borrar su identidad y cultura al igual que las matanzas de Sadam Hussein.

Su actual autonomía logró grandes avances en cultura, inversiones, crecimiento y transita en un delicado equilibrio entre el gobierno turco y el títere de Irak, para enfrentar las acciones de PKK. Los conflictos con el PKK se agudizaron en el sudeste de Turquía, donde los kurdos se asentaron y siguen luchando también por independizarse desde 1984. Los jefes del PKK viven con sus familias, alejados de los centros urbanos, en las montañas de Qandil para evitar represalias; no obstante, el ejército de Ankara bajo responsabilidad del primer Ministro Erdogan decidió avanzar con sus tropas en su propio territorio e invadir el norte de Irak, y fundamentalmente Yesilova, cerca de la frontera.

Nada es fácil para los kurdos; pero curiosamente, el parentesco kurdo de Haifa les permitió a los viajeros obtener protección y cobertura necesaria. El frío azotaba sus rostros y las montañas parecían no tener fin. Fardus se comportaba como un adulto y no hubo queja alguna a lo largo de las diez horas de caminata forzada. En más de una oportunidad encontraron kurdos en las montañas, pero ellos sabían que quienes viajaban por

esos senderos solitarios eran perseguidos o prófugos que buscaban refugio fuera de la frontera.

El campamento de refugiados estaba instalado en una planicie. Cientos de carpas precarias de seis tientos cobijaban a cada núcleo familiar. Los espacios entre las carpas eran de dos metros y las entradas miraban hacia el norte. Un salón de adobe de cuarenta metros albergaba la proveeduría y los baños. Un camión tanque deteriorado abastecía de agua dos tanques de cinco mil litros cada mañana. El almacén repartía diariamente una ración de alimentos embolsados de acuerdo al grupo familiar. Fardus observó que la mayoría de los habitantes de ese campamento eran madres solas con sus hijos; y que algún que otro anciano deambulaba cansado por el poco espacio que había entre las tiendas y los cercos de alambre que circundaban el predio elegido.

Abú, Fardus y Sadiq recibieron, luego de registrarse, una tienda maltrecha en la punta oeste del campamento y tres frazadas, tres jarros de aluminio y tres platos hondos; un jabón y una sola toalla gris de baño. Según las estadísticas, dos millones de iraquíes transitaban por estos caminos. Sadiq estaba seguro de que Rheen se pondría en contacto con ellos no bien calculara el tiempo que demandaría abandonar Bagdad y llegar a la frontera. No había otros lugares en donde pudieran encontrarse, ya que la frontera estaba celosamente vigilada y los controles en los campamentos eran estrictos.

La estadía de Rheen en Diyarbakir, a su vez, le permitiría estar en contacto con otros campos de refugiados. Una visita semanal a cada uno de ellos era suficiente para ubicarlo. Hasta tanto, Sadiq organizó para todos su primer baño en una semana y los viajeros lograron por fin un descanso placentero de más de doce horas de sueño. Fardus no se quedó atrás y fue el último en despertar llegada la noche. Esa noche se quedaron hablando en voz baja. Ninguno tenía sueño después de dormir doce horas continuas. Fardus aprovechó para hablar por primera vez con Sadiq y Abú. Juntos lo escuchaban

con interés. Fardus le preguntó si ellos habían visto el último cortejo de niños muertos por el ataque norteamericano.

—¡Sí! ¡Yo! —respondió rápidamente Abú—, encontré ataúdes en la calle... ¿Cómo ignorarlo?

—Y luego ¿qué más viste, señor? —inquirió Fardus.

—Cientos de vagones sin ruedas posados en hombros desnudos. ¿Y sabes, niño? Dicen que para que tus sueños sean libres exterminarán a tu pueblo.

—¿Mi pueblo señor? —repitió asombrado el niño.

—¡Sí tu pueblo, niño! ¿Acaso no sabes quiénes se arrogan el poder de la sentencia con tu vida, la mía, la de él? —Fardus conmovido lloraba—. Pero ¿lloras niño? Yo no puedo... Son ellos quienes lloran, mi pueblo, el tuyo, con lágrimas que rebalsan océanos. ¿No sabes acaso que hay mares hoy enfurecidos castigando playas habitadas por hombres de la guerra? Y tú, niño, condenado a despedidas eternas de cuerpos sin nombres, sin rostros, sin vida....

El niño lo interrumpió y le preguntó:

—¿Esta es la guerra?

—¡Sí, pero no la tuya! ¡Ellos trajeron excusas envueltas en respuestas! ¡Mira el silencio oscuro de la tierra! Nunca hubo clarines anunciando retretas ante la vehemencia del poderoso.

— ¿Y qué hacen?— preguntó el niño.

—Lanzan racimos de bombas que flotan en el aire, sin ruido y sin luz, sembrando ataúdes en procesiones injustas de muertes. Y a veces tú, pequeño de piernas delgadas y ropas ajadas trotabas a su lado cantando, ignorando quiénes habitaban ese silencio. Tal vez... ¡Sí!.. tal vez, festejabas la madera del ataúd con que antes fabricaban ju-

guetes. ¿Recuerdas tu pelota de trapo? ¿O el avioncito que volaba en tu mano derecha cuando corrías respirando vida? ¡Ay!, niño, hoy juegas con crespones negros.

—¿Y el mundo, señor?

—El mundo, niño, es silencio. Y me pregunto..., niño de la guerra, si tienes portarretratos con fotos familiares sonriendo. O si esos escombros han quebrado los cristales que resguardaban tu pasado? —Y Abú iba elevando la voz, como si recitase una súplica de anhelo y deseo mirando al horizonte oscuro e infinito—: ¡Oh!, guerrero acorralado, impiadoso, cuando este niño susurre su canción de cuna ¿cómo explicarás que en las noches, descolgabas sentencias? —emocionado continuaba—: ¿Podrás regalarle un futuro; o permitirás que habite los sepulcros que construyes?

Fardus preguntó:

—¡Ah!... ¿Guerra....por paz, señor?

Abú enérgico agregó:

—¡No! ellos atacan, tú sobrevives. Dime, niño, ¿cuántas primaveras con cenizas crees que habrá en tu vida? ¿Qué dices, niño, de la guerra?

El niño contestó titubeando:

—¡No lo sé!...

Sadiq presenció absorto el diálogo de Abú con el niño. Intervino para preguntarle al anciano si lo que él le decía a Fardus era comprensible por su escasa edad

—Más de lo que tú crees, Sadiq, —respondió Abú y continuó—: el niño no es un niño cualquiera. Es un niño de la guerra. Ellos entienden mejor que nosotros cuál es su destino. Allí donde lo ves, desalineado, hambriento, asustado de tanta muerte, va forjando un carácter poderoso. Ellos serán quienes lleven nuestra voz y nuestra lucha. Los niños de hoy, sobrevivientes de estas locuras, serán los adultos del mañana o sus guerreros imbatibles.

Sadiq se quedó pensando. Miró un cielo que por primera vez estaba estrellado; sin humo negro que lo tiñera. Y se dio cuenta de que esa noche el silencio era total. No había explosiones, ni metralletas. Quedó sentado al borde de la tienda con medio cuerpo cubierto con la frazada que lo cobijaba del frío intenso. Estaba feliz: pensaba en Rheen.

14

La noticia

Los kurdos son el veinte por ciento de la población iraquí; cifra nada desdeñable. Ellos habían colaborado con los norteamericanos en el derrocamiento de Saddam Hussein, con las milicias de Barzani y Talabani; pero no sabían el precio que luego pagarían. El Kurdistan está bajo control de las milicias del Partido Democrático del Kurdistan (PDK). Curiosamente Turquía mantiene dos bases militares en las cercanías de la mayor ciudad del Kurdistan iraquí: Arbil, con un ejército extranjero de ocupación para la seguridad de Corea del Sur: la Unidad Zaytum.

La locura de Blair y Bush, en la invasión, no puede percibirse en su magnitud; porque las noticias a nivel mundial solo hablan de los acontecimientos que ellos quieren, pero otros que no pueden ocultar se filtran. Son pocos, se ocupan del peregrinaje ocasionado por esta guerra. Exilio y migración forzada de más de cuatro millones de iraquíes dispersos entre los países colindantes y dos millones de habitantes peregrinando en tierras desérticas, escondiéndose en su propio país de enfrentamientos militares y posteriormente étnicos. El daño de estos dos personajes siniestros en la historia de la humanidad, será conocido una vez que sus fuerzas abandonen derrotadas el territorio

iraquí y esto; teniendo en cuenta si no recrudecen las amenazas de una nueva invasión: esta vez a Irán, lo que puede ser catastrófico a nivel mundial.

Los angloamericanos mataron seiscientos mil iraquíes dentro del territorio. Hay más de siete millones exiliados y, sin embargo, no pueden doblegar a ese pueblo. Al genocidio, le agregaron persecución, exilio, espionaje y caza humana ante cualquier sospecha. Con excusas infantiles, las bombas y municiones ya no reconocen fronteras.

Abú percibe la crisis sanitaria actual en los centenares de campos de refugiados; tiene experiencia en ello, y asoma como una posibilidad de mayor peligro que la guerra. La cuarta parte de los niños de Irak padecen desnutrición, el sesenta por ciento no tiene agua ni cloacas, la desocupación post invasión es del cuarenta y cinco al setenta por ciento y las enfermedades endémicas comienza a hacer estragos en todos los grupos étnicos. A esto debe sumarse los enfrentamientos internos del país que son parte de una guerra civil declarada en silencio y fomentada por los invasores.

La matanza de suníes por el ejército del Mahdi y la de chiíes por grupos extremistas suníes es una rutina trágica. Un genocidio sin responsables condenados. Esa tarde, la disciplina del campo de refugiados se vio alterada por intervención de soldados turcos. Buscaban miembros activistas del PKK. Para poner orden, las fuerzas militares que los custodian ingresan periódicamente disparando sus armas y arrasando con sus tanquetas las precarias tiendas de mujeres y niños. Nada es fácil en los campos de refugiados custodiados por las montañas del Ponto y Tauro. En realidad, nunca fue fácil la vida en Anatolia —territorio turco perteneciente al Asia.

Las cuatro mujeres llegaron a Turquía antes de que aparecieran los retenes más severos de Kurdistán. Alcanzaron a llegar a Diyarbakir, en el momento en que el gobierno turco cerró la frontera por los ataques kurdos contra sus patrullas. Ellas ingresaron por Cukurca, festejando, porque kilómetros antes habían encontrado cientos de ira-

quies, civiles casi todos, bailando de júbilo alrededor de charcos de sangre que empapaban el camino, sobre un vehículo Humvee, quemado, humeante, con aceros retorcidos y dos blindados Stryker incendiados. Señal de resistencia. Una más para los invasores antes de abandonar el territorio sin inconveniente.

Pero fue la policía de frontera quien retuvo a Haifa por ser kurda y no tener sus papeles en regla. La envió por dos meses a la cárcel de Urfa, cercana a la frontera con Siria. Allí sufrió tormentos y le amputaron dos falanges. Por fin, sus parientes kurdos lograron su liberación por intermedio de las autoridades autónomas. La permanencia en Diyarbakir no fue fácil, mantenerse por sí solas las obligó a buscar trabajos de alternancia en bares nocturnos. Se turnaban trabajando cada una dos veces en la semana, mientras esperaban la llegada de Sadiq y Qasim, quienes en teoría llevaban a Abú y Fardus. Pero en realidad, al pequeño ya lo habían colocado en un hogar sustituto, en Trabzon, en las orillas del Mar Negro.

Ese lunes en que Rheen estaba sentada en la oscuridad frente a la ventana de cristal mirando al Sur y la noche estrellada, tuvieron la noticia de que Sadiq y su grupo habían pasado la frontera. Con la ventana cerrada, el humo de un sahumerio saturaba el aire de la habitación y se elevaba escapando y trepando mansamente como hebra de fina seda sin destino. Ese cuarto anhelante era testigo de memoria acumulada. Rheen retoza. arrulla el immaculado lenguaje asilado en insaciable leyenda preservada, mientras gotas transparentes de lluvia lloran. Muchas de ellas, en la superficie lisa del cristal inquieto buscando caminos caprichosos hasta caer vencidas en la tierra húmeda del masetero de hortensias, que emergían orgullosas en esférico esplendor. El cristal de la ventana, como un espejo, reflejaba la imagen de Rheen con huellas invisibles de ese querer. Recuerda espejos de cristales vacíos donde habitan mudas imágenes que solo ella puede ver, en el cristal biselado. Una imagen perfecta, dibujada a su frente le recuerda el pasado con

maravillosos trazos como si adivinara el futuro. Trazos, que hacen piruetas entre nubes. Hoy, esa imagen se encuentra diluida en cántaros de agua de lluvia o en cascadas blancas de espumas festejando orgullosas sus vapores ascendentes. Una imaginaria danza impregnada de rocío mueve hojas asomadas, curiosas por escapar del marco del espejo viajero. Parecen flotar, navegar o viajar buscando sortear piedras blancas y grises, impactadas en el cristal empañado por el brillo del sol. Y Rheen mirando el cielo, buscando repuestas a su próxima partida con heridas firmes en su cuerpo reflejadas en el espejo. Sigue mágicamente su figura dibujada, casi etérea, atrapando recuerdos, cubriendo un secreto en hojas blancas con poemas escritos en noches de ausencias. Letras mágicas, intactas que permiten caricias ausentes de lágrimas. Rheen sabe que en pocos días más esa puerta se abrirá y esos espejos que le permitieron soñar, encontrarán otras imágenes que los habiten. Se sintió feliz y por primera vez supo que ese regreso estaba muy cercano. Pero el día de dicha se oscureció con la noticia de que Lilu estaba internada padeciendo cólera. Esa mujer que entregó prácticamente su vida a salvar heridos y moribundos, yacía en el hospital zonal de Erzincan. La mantenían viva incorporándole sueros transparentes que calmaran su deshidratación aguda. La fiebre invadía su cuerpo y el delirio lento anunciaba una implacable muerte que esperaba sin posibilidad de evitarla. Lilu alcanzó a despedirse de sus amigas y les entregó sus últimas palabras como legado más exquisito de vida. Ella venía padeciendo de fiebres inexplicables y sed incontenible. Pero nunca quiso decir que era el síntoma clásico de la enfermedad que azotaba ciudades bombardeadas.

Los cuerpos secos de iraquíes que acudían tardíamente a la consulta padeciendo cólera eran incinerados luego de su fallecimiento para evitar epidemias mortales. Pero ya era tarde. El contagio se desparramó sin aviso por todos los refugios, casas, cuevas y lugares donde se concentraban centenares de hombres y mujeres escapando de la muerte

de balas o bombas. Esta muerte silenciosa rondaba por el territorio. La falta de sanitarios y agua potable multiplicó su virulencia. Lilu recibió la muerte con orgullo y firmeza, abandonando a sus compañeras en el territorio que la había visto nacer y donde paradójicamente la encontró la muerte.

Amirya se había ido un mes antes a Kocaeli, a pocos kilómetros de Estambul, llevada por Saad, un ingeniero de 35 años que trabajaba para la Kellogg Brown and Root, filial de la petrolera Halliburton. La conoció en su trabajo de alternancia y se enamoró de ella. Saad escapó de un reciente secuestro cerca de Kut, su liberación casual le permitió escapar por la frontera Siria y luego de internarse en Turquía terminó por casualidad en Diyarbakir, donde una noche, conoció a Amirya.

Después de la cremación, Haifa y Rheen se ocuparon de esparcir las cenizas de Lilu, en las orillas del Tigris, mientras Haifa, recitaba una poesía de Abú Sahet:

Si después de la muerte todavía se encuentran nuestras voces dolorosas y bajo las heladas duras losas abraza al pecho el fuego que solía; prosiga el eco de la angustia mía y las verdes colinas que envidiosas, dividen nuestras tumbas silenciosas; le aumenten y repitan a porfía, para que sea al punto conducida en alas del piadoso viento, hiriendo con amor su tierno oído así esté al morir este contento, aunque me haya ya a polvo reducido, se goce con mi triste acento.

Haifa y Rheen, regresaron lastimadas de futuro, pero con la noticia que Fardus, Sadiq y Abú, estaban en territorio turco, en un campo de refugiados al pie de la montaña Tauro. Juntaron sus ahorros guardados celosamente bajo tierra y programaron la partida en búsqueda de sus amigos, fundamentalmente de Fardus para ser entregado a la familia que accedió a recibirlo como un hijo más.

15

La Entrega

De las poesías asiáticas, Sadiq tenía copiada una en especial que recitaba de memoria siempre que se acercaba un triunfo.

¡Por los pueblos del mundo, arde tu fuego Irak, por la memoria de la humanidad, arde tu lucha y nuestra lucha, lleva la fuerza de lo tuyo!

Así iba diciendo Sadiq, mientras caminaba al lado de Fardus y Abú.

Rheen había contactado un guardia iraquí en el campo de refugiados y establecieron que debería encontrarse a diez kilómetros del lago Van, en una aldea muy pequeña para no despertar sospechas en el ejército turco. Sadiq estaba exultante; Fardus, desorientado; Abú, desconfiado. El camino elegido estaba abandonado. Se podría afirmar que por ese lugar hacía mucho tiempo que no transitaban vehículos, pero el guía kurdo-turco, prefirió la soledad del camino a los retenes militares en carreteras y pasos más importantes.

La zona sur de Turquía es una zona de gran actividad sísmica. Abundan volcanes y frecuentes terremotos. El caso del lago Van es su mejor ejemplo. Formado como consecuencia de la actividad volcánica, las aguas turquesas no tuvieron salida y se asentaron en ese lecho inhóspito y salino. El lago Van era la referencia para encontrarse y luego iniciar el traslado a Erzurum a orillas del Éufrates y terminar en Trabzon, en las costas del Mar Negro. Allí Fardus quedaría para siempre al cuidado de una familia que había aceptado riesgos y beneficios de tenerlo como hijo. Tras casi dos días de caminata, por la noche llegaron a la aldea. Prefirieron esperar el amanecer, para ingresar en ella, y a Rheen y Haifa. Acamparon en la zona más alta de la meseta rocosa, se estiraron

sobre sus frazadas, agotados y consumieron las últimas reservas de sus escuálidos alimentos. En silencio acordaron entregar parte de sus raciones para completar un buen plato de comida para Fardus. Esa noche se dieron cuenta de que tenían las plantas de los pies lastimados, la cara reseca y los labios agrietados. Tomaron este hecho como jocoso y se mofaban unos de otros, distendidos y alegres por haber llegado a la primera etapa de ese largo viaje. Fardus preguntó si volverían a hacer esa travesía de regreso y cuándo sería ese viaje.

—¿Cuándo regresaremos a nuestra tierra? —preguntó.

Sadiq se encargó de aclarar

—Mira niño, nosotros regresaremos casi inmediatamente; pero tú, quedarás con una familia kurdo-turca que aceptó tenerte el tiempo necesario hasta que expulsemos a los norteamericanos y recuperemos nuestra patria. Tal vez ahora que eres pequeño no sepas lo importante que eres para nuestro futuro. Pero lo sabrás a su tiempo.

Observando la cara de desilusión de Fardus, Sadiq necesitaba encontrar palabras de aliento distintas a la verdad misma, pero no le salían. Abú con su clásico discurso y retórica se encargó de ello diciéndole:

—Siempre hay un regreso. Unos antes y otros después. Depende en qué condiciones estén unos u otros. ¿Recuerdas cuando nos vimos por primera vez en la calle?. Tu madre acababa de fallecer. La mataron los americanos con sus bombas y ella te retuvo hasta saber que yo estaba mirándote curiosamente. Entonces supo que podría descansar para siempre. Esto es así, cada uno sabe cuándo y cómo se va o regresa, pero en tu caso, por tu edad no puedes exponerte a una lucha despareja. Ya tendrás oportunidad para luchar por tu patria. Nuestra patria de ovejas y pastores; montañas y ríos, mesetas fértiles y vida en paz, fue transformada en una hoguera, con la invasión irracional norteamericana y con una lucha fratricida generada por el propio invasor. Mucho deberás

trabajar cuando crezcas. No te sobraré tiempo Fardus, verás cosas que tal vez nosotros ni sospechamos. Pero serás un hombre importante para Irak. De esta resistencia renacerá nuestra patria porque cada pueblo, por más pobre que sea, anhela paz, libertad y progreso. Con los mártires de Alá y con la sangre de nuestro pueblo seguiremos las sendas que el destino nos tiene preparado; pero nunca dudes, pues los astros iluminan Bagdad.

El silencio invadió al grupo, una tenue brisa flotó por varios segundos. Fardus miraba al anciano con los mismos ojos estrellados de luces de aquella primera vez y aceptó su destino. Sadiq abrazó al anciano con un gesto emocionado por esas palabras y agregó:

—La soberbia yanqui ni demolerá la conciencia musulmana, ni agrietará las murallas del Corán.

Nadie supo quién se durmió primero después de la charla y del agotador viaje. Un sopor contagioso logró enmudecer la ansiedad y fue Fardus en la mañana, cuando despuntaba la luz del sol, quién despertó sobresaltado. Unas voces lejanas pero conocidas se acercaban lentamente. Eran de mujeres. Supuso que era Rheen y Haifa por lo que rápidamente zamarreó a Abú. Pocos minutos pasaron hasta que ellas llegaron al campamento. Rheen tenía una expresión anhelante. Brillaban sus ojos y se veía más hermosa que nunca. De la nada, como acto de perfecta magia, una límpida voz deleitable despertó a Sadiq de un sueño. La rutina estalló de la nada, el rostro apacible de esa mujer apareció tierna y curiosa, con una sola mirada a Sadiq y pocas palabras rescatando aquella silenciosa imagen compartida, preservada y casi secreta que ambos tenían. Al fondo, una luz naranja de bello color se escabullía entre nubes grises, mientras un mechón de cabello tostado habitaba la frente de Rheen. Sus ojos inquietos indagaban. Hablaban. Y se preguntaba cuál sería la palabra adecuada para ese momento en que Sadiq la miraba encantado. ¿A dónde irían como viajeros de sueños con esa alegre ansiedad que los uní-

a? La proximidad de sus cuerpos trémulos, curiosos de contacto mantenían encendidas imágenes construidas de recuerdos fugaces como imágenes audaces navegando sin olas en océanos de montañas desnudas, esperando la música de un latido ausente de eco.

¡Ah! Rheen. Ella llega ascendiendo por senderos arenosos y rocosos, bordeando una lánguida acequia con piedra lamida del camino vacío, regado de palabras y saludando el encuentro. Sadiq quiebra ese encanto y avanza lentamente hacia Rheen, la toma de sus hombros y la atrae hacia su pecho para recuperar la memoria de su cuerpo. Sin necesidad de hablar una sola palabra, manteniéndose en contacto por largos minutos, que para ellos son horas y días de ausencias, se abrazan largamente.

Haifa, pasos atrás, avanzó hacia Fardus a quién abrazó con afecto y saludó a Abú, que permaneció en silencio —según su costumbre— como testigo de una escena poco común en su vida. Sentados en las piedras tomaron té de limón que Abú preparó. Y llegaron abruptamente las preguntas sobre los ausentes. La muerte de Qasim y Lilu, la partida de Amirya y el camino recorrido; los campos de refugiados y la sobrevida de ellas en Diyarbakir. La pérdida de Qasim fue lo que más conmocionó a Rheen. Se levantó temblorosa, sollozando y caminó unos pasos al sur, buscando consuelo en el silencio. Ese hombre había sido muy importante en su vida militante y gracias a él aprendió los secretos de la guerra ante el invasor. Su coraje también la llevó a inscribirse en el largo listado de los mártires de Alá, dispuestos a ofrendar sus vidas en las bombas suicidas contra las fuerzas de la ocupación. Haifa llevaba colgado de su hombro derecho un fusil ametralladora ruso, con cargadores cruzados en su pecho. Fardus miraba el arma con curiosidad, pero también escuchaba comentarios de adultos explicando los hechos y programando el destino final para él.

Allí se entera de que la familia de un tal Ohuzhan lo adoptará por años, en Trabzon, un pueblo fundado por los griegos sobre las costas del Mar Negro, que según co-

menta Haifa, es un bellissimo lugar donde se vive aún en paz. ‘Trebisonda 200 Km’, anuncia el cartel en la carretera montañosa con laderas cubiertas de frondosos pinares.

—Es el otro nombre de Trabzon —aclara Rheen.

—Suelen referirse con ambos nombres — aclaró Haifa—. Tiene población griega y armenia; o lo que quedó de ella luego del genocidio armenio en 1915.

Tenían que llegar a cuatro kilómetros de la ciudad a un hotel muy lujoso llamado Gran Hotel Zorlu, donde trabajaba la madre de Ohuzhan como administrativa. Pararon a cincuenta metros de la entrada del hotel y Rheen con Haifa avanzaron caminando hacia el pórtico custodiado por dos macetones de enormes y coloridas flores. La madre de Ohuzhan es una mujer delgada, con su vestimenta típica negra y su cabeza cubierta. Hablaron en el hall del hotel y ella entregó un pequeño papel donde había dibujado el plano para llegar a su casa. Les dijo que los estaban esperando. Que ella saldría en cuatro horas de su trabajo. Pidió que se acomodaran como en su casa, tenían el almuerzo preparado. Rheen y Haifa regresaron al viejo automóvil que esperaba con el capó abierto por calentamiento del motor. Haifa explicó la entrevista con la mujer turca y luego subieron al automóvil, deseosos de llegar y alimentarse.

Trabzon era una ciudad pujante y ordenada; pero para Fardus y Abú, extraña por las costumbres de sus habitantes y sus vestimentas. Les llamó la atención que algunos hombres caminaran de la mano —no eran homosexuales—. Las musulmanas vestidas de negro contrastaran con otras mujeres occidentalizadas, llenas de colores. Los peatones cruzaban calles sin tener en cuenta que los automóviles estaban circulando. Recorrieron negocios, vidrieras impecables y finalmente llegaron al inmenso mar, que por primera vez Sadiq, Fardus y Abú tenían a su frente. Pidieron que el vehículo parase en la orilla para bajar y poder disfrutar de esa vista. Las inmensas playas, las montañas casi asomando al mar, los pinares, el verde, la paz, las calles sin escombros, sin lamentos, el

aire puro, la tierra cuidada y las carreteras asfaltadas. El contraste era suficientemente fuerte como para impactar en los tres iraquíes pisando Turquía, sentados en rocas de poros interminables, mirando una sábana azul, alborotada de olas gigantescas y desafiantes, que incitan a pensar en la nostalgia del atardecer poniendo límites a cualquier reflexión; para luego vestirse de color punzó, junto al blanco aletear de gaviotas, que quebraban el horizonte lineal, retozando en racimos, desafiando velocidades. Y luego, desaparecería en la oscuridad, renunciando a sus glorias y honores, igual que esas aves, al replegar sus alas cansadas.

La luz del día despierta el crepúsculo que se ha rendido mutando una luna atrapada en leyendas de amores, sacudiendo lechos aderezados para ninfas del cielo. A lo lejos, un barco linyera navega en silencio recortando nieblas para avanzar ocultando redes que deshojan el mar de peces usurpando aguas a impíos pescadores del comercio. ¡Ah... el mar! Espumas invadiendo playas que ahogan sueños obligando a despedirse.

Rheen y Haifa, quedaron en el vehículo hablando y programando el regreso una vez que Fardus quedase con esa familia. Las noticias de su país cada vez eran peores, sumado a que Turquía ya estaba sobre la frontera iraquí, para combatir a los kurdos. El punto de referencia para llegar era imposible de obviar, describía la nota: “Entrar a la ciudad hasta la iglesia de Fanagia Crisocéfalos. Desde esa esquina, doblar a la derecha, ocho cuadras. Una pequeña casa de frente blanco con dos ventanas con maseteros de flores”. Estacionaron. El hombre del vehículo recibió el billón de liras turcas y se fue. Rheen golpeó suavemente la puerta. Abrió una mujer anciana, bajita, desdentada, con surcos en su rostro demostrando una edad imposible de adivinar. Miró a los desconocidos y rápidamente fijó sus ojos desteñidos y cansados en Fardus.

—¿Es el niño Iraquí? —preguntó con voz cálida y distante.

Haifa tomó la palabra y presentó a cada uno del grupo. La mujer anciana los dejó entrar. La vivienda humilde y limpia, dos enormes cuadros con fotos de ancestros, en la pared lateral, varias fotos de Ohuzhan con su esposa recién casados y ocho amigos festejando en un bar. La mesa del comedor con diez platos con dos vasos cada uno, sin cubiertos. Las banquetas a los lados y un viejo ventilador de techo que aliviaba el intenso calor. Tomaron asiento. La anciana entró en la cocina y sacó de la vieja nevera un recipiente de agua fría, luego buscó una botella de raki, el anís turco extraído de uva pasa. Sirvió a los adultos en un vaso agua fría y en el otro raki. Sirvió a Fardus solo agua. Tomaron primero un sorbo de raki, luego agua y así, hasta terminar el líquido. La anciana colocó entremeses fríos y kebaps de carne asada y un kiymali de carne picada con yumurtali con huevo, cerrada por masa con forma de una barca. Terminaron con postre de dulces y café turco. Hacía mucho tiempo que no comían, pero esta preparación, la consideraron como un homenaje excesivo. Durante el almuerzo, nadie habló. La anciana asumió el papel de saki, porque no pudieron convencerla que se sentara con ellos. A las dos horas llegó Ohuzhan con su esposa. Luego de presentarse y saludar a cada uno de ellos se sentaron a la derecha e izquierda de Fardus a quién desde el inicio le llamaron hijo, dirigiéndose a él con cariño y respeto. Observando la timidez del niño, Ohuzhan dijo:

—Puedes hablarnos, niño, no es vergonzoso preguntar; vergonzoso es no preguntar. Sé que nos llevaremos bien y haremos de ti un hombre digno. Con paciencia y dedicación te educaremos como corresponde en una familia de bien. Un lago se forma gota a gota. Un hombre se educa día a día.

Llevaron al niño a la habitación que estaba preparada. Nunca había tenido Fardus una habitación para él, menos aún una cama. Se recostó y quedó profundamente

dormido. Soñó con su madre cuando le relataba cuentos de *Las mil y una noche* hasta quedar profundamente dormido. Por primera vez, era feliz.

Los adultos se sentaron nuevamente en la mesa, con raki de por medio y agua helada. Se quedaron hasta altas horas de la madrugada, trazando el camino de regreso a Irak, su tierra y sus luchas. Ohuzhan les advirtió que tendrían que evitar la frontera iraní, porque los norteamericanos estaban construyendo una base militar llamada Combat Outpost Shocker con más de mil efectivos y vehículos especiales para evitar que las armas iraníes, entrasen a Irak. Por otro lado, Ohuzhan les manifestó que estaba muy cerca la posibilidad de un ataque norteamericano a Irán con apoyo israelí y esto podría desencadenar una guerra total en el medio oriente de imprevisibles consecuencias para occidente. Les advirtió que no se dispersaran y les recordó el proverbio turco: “La oveja separada de su grupo es capturada por el lobo”.

16

El regreso

Dos bombas de quinientas libras cada una fueron lanzadas en la vivienda humilde de Abu Musab al Zarkau en Baquba, Irak; sindicado por los norteamericanos como un líder insurgente de Al Qaeda, identificaron su vivienda por satélite, murió en la explosión. Pocas horas después, en la madrugada y como repuesta al invasor, estallaron cuatro coches bombas en Bagdad, con decenas de muertos. Sadiq, Abú, Haifa y Rheen escucharon la noticia poco antes de salir; pero no sabían exactamente en qué lugar de Bagdad estallaron. De cualquier manera, a las seis de la mañana estarían camino a Irak.

La ruta elegida para entrar era por Siria, a través del punto fronterizo de Al Yarubiyah. Previamente se recuperarían en el campo de refugiados de El Hol. Era un largo trayecto no exento de peligros. Caminaron. Y a veces fueron llevados por camiones de carga. Cruzaron de noche Al Asaca, tomaron por caminos semidestruidos, orientados hacia el Éufrates, en cuya orilla en Daryr az Zawr descansaron dos días en la casa del segundo contacto: el jeque sirio Shukri, miembro del Partido de Resurrección Socialista Árabe (Partido Baath).

Shukri integró en los años sesenta la federación del Baath con Egipto, Irak y Siria. Era un hombre mayor, delgado, con un ojo en blanco por una tuberculosis ocular y pintoresca apariencia con su kafiyyeh cubriendo su cabeza y la inseparable pipa de agua narguile. Como buen musulmán, respetaba el Salat, la oración practicada cinco veces al día. Los viajeros hombres se anexaron a las oraciones. Tardaron cuatro días en llegar al campo El Hol, acompañados de Shukri, quién los puso al tanto de las últimas noticias sobre el desplazamiento de tropas turcas al norte de Irak, en incursiones relámpagos para combatir a los presuntos guerrilleros kurdos. También les recordó que el ejército norteamericano junto al Iraquí tomaría el control de la zona autónoma, a pesar de la oposición del gobierno autónomo kurdo. Con esa postura, neutralizaban la invasión inminente de los turcos, algo que los norteamericanos no deseaban porque desestabilizaba sus tropas de ocupación.

El Hol es un campo con cientos de iraquíes en tiendas de campaña en condiciones sanitarias lamentables. No obstante, allí se quedaron una semana, lo suficiente para retomar fuerzas. El sirio dio por cumplida su promesa de guía y regresó a su pueblo despidiéndose con el clásico: “¡Alá es el único Dios; Mahoma su profeta!”. La ausencia de Fardus permitió avanzar sin inconvenientes y descansar sin importar incomodidades o limitaciones. El destino era Mosul, y desde allí partirían separados hasta Bagdad. Abú

y Haifa salieron un día antes, cruzaron la frontera esquivando rutas controladas por tropas de ambos países y buscaron en el desierto la seguridad necesaria. Acamparon a tres kilómetros de Mosul, en el lugar señalado previamente; una vivienda semidestruida con dos viudas ancianas, que habían perdido a sus hijos en batallas contra los norteamericanos. Ellas habían sido rechazadas por su edad, para inscribirse en la lista de potenciales mártires.

Rheen y Sadiq por primera vez quedaron solos en la tienda de El Hol. El intenso calor del día, el deseo; la espera y ese encuentro permitieron que sus bocas hablaran el lenguaje secreto del amor. Sus cuerpos retozaron una y otra vez sin importar que el tiempo los llevase a la noche fría y sin interesarles si necesitaban alimento, o si sus cuerpos desnudos se bañaran en transpiración superficial y cálida. La felicidad consumía dos almas anhelantes, deseosas de recuperar un tiempo perdido, ahora lejano, ausente en el descanso relajado de los amantes extenuados. Sadiq recordaba cuando la tuvo dormida a su lado envuelta en un sueño manso donde timoneaban sueños intrépidos.

—Tu cabeza descansaba sobre mi brazo convertido en almohada y tu espalda, pegada a mi pecho rugiente. Latía tu cadera apoyada en mi sexo, tan cerca que mis dos manos no alcanzaron para transformar tus pechos en escudos labrados de triunfos. Dormías con una respiración invocante de regocijo consumado y después, tu pedido de clemencia, y el descanso merecido.

Rheen sorprendida de esas confesiones tan tiernas acariciaba el cabello de Sadiq que continuaba:

—Muchas veces he dejado que las palabras silenciosas de la noche se deslicen por una gárgola infinita hacia tu corazón que habita el centro de tu pecho, y así; dormida, con esa desnudez crepuscular, una y mil veces he besado tu cuello dormido. Mil

veces he recorrido suavemente tu cuerpo sin despertarte. Dejando que la memoria, se inserte en mis manos. Custodié tu sueño en una vigilia intensa mientras dormías sosegada; abrigada de candor con un sentir propio, casi musical, transformado en permanencia renovada; consagrada en ir y venir a lo largo de un viaje silencioso. Y tu rostro, diluido en néctares como un todo, con rugidos de esperanza. Siempre me preguntaba si soñabas con barcos navegando en aguas calmas, desplazados en silencio ante cientos de espigas plateadas formadas simulando ejércitos en alerta.

—Eran bellas imágenes, Sadiq —respondió Rheen y sollozó, besando la frente de un Sadiq desbordado de palabras.

—Lo sé, porque tenías visiones de una calidez sugestiva de impactante vida, en un camino inexplorado de tu ser.

Rheen escuchaba extasiada el relato de su amante y por primera vez olvidó la guerra. Confesó que su único pecado había sido esperarlo. Los dos cuerpos quedaron juntos, abrazados en un éxtasis perpetuo, hasta el primer llamado del Salat. Rheen y Sadiq partieron después de las oraciones. El amanecer apenas asomaba. Estaban seguros de que de ahora en más, no se separarían nunca. Curiosamente Rheen recordó a Hashmiya, como un nombre sin eco. Una palabra perdida en esa batalla desigual. Una mujer víctima de esa invasión irracional y madre de Fardus. Rheen había cumplido la promesa de poner a su hijo a resguardo. “Cuando él sea ya un joven, regresará a un Irak liberado”, se repetía convencida.

Llegaron a la vivienda de las viudas el mismo día en que el grupo comando “Las águilas que gritan” (grupo aerotransportado 101 norteamericano). Rodearon una vivienda a pocas cuadras del centro en Mosul donde suponían estaba un grupo de dirigentes de organizaciones de la resistencia y dos hijos de Saddam: Uday y Qusay. Más de veinte tanques, vehículos livianos blindados y doscientos soldados aplicaron un cinturón de

hierro a la pobre vivienda y luego de un feroz bombardeo ingresaron fuerzas invasoras para encontrar una decena de cadáveres que habían resistido la celada, entre ellos los dos hijos de Saddam. La casa quedó con sus tres columnas desnudas ante un mar de escombros. Como respuesta, un grupo en automóvil persiguió en la ruta a Bagdad al gobernador de Mosul Usama Kashmula y lo acribilló. Pertenecían al grupo de resistencia denominado Ansar al Suna, altamente peligroso en sus represalias. Una de sus incursiones más notable fue cuando atacaron la base militar norteamericana en Marez, un comedor de campaña americano, matando e hiriendo decenas de soldados.

Rheen saludó a las viudas Nahla y Huda, con respeto y admiración por sus historias personales. La ausencia en Turquía de ella y Haifa las había separado del correo habitual que mantenían desde Bagdad. Ellas eran el apoyo logístico de militantes que se trasladaban periódicamente desde Mosul a Bagdad y de ésta a Mosul. También pertenecían al grupo de mujeres que luchaban por recuperar derechos abolidos luego de la caída de Saddam y concientizaban a sus congéneres para mantenerlas unidas en contra de la violencia en todo el territorio. Las mujeres eran frecuentemente maltratadas; violadas en su honor, segregadas, mutiladas, vendidas y prostituidas. Los invasores se aprovechaban de la situación de soledad y sometimiento en que ellas se hallaban, pues eran el único sostén de la familia.

Haifa ya había estado en esa vivienda, cumpliendo otras misiones. Cuando pasó a una pequeña habitación semidestruida para higienizarse con un balde de agua, descubrió que un canasto en un rincón contenía un cinturón con explosivos, delicadamente colocado debajo de unas mantillas. Regresó a la reunión sin comentar su hallazgo y se dedicó con Huda a preparar cordero para la cena.

Abú y Sadiq habían salido al patio. Discutían y gesticulaban con vehemencia. Estaban definiendo el ingreso a Bagdad. Cuando las cuatro mujeres quedaron sentadas

en la mesa esperando se cocinara el cordero, Nahla les comunicó que a la mañana siguiente, se iría como voluntaria suicida contra el retén militar americano, que por ser lunes, concentraba unos setenta soldados para ser distribuidos en la calles de Mosul. Hablaba con tanta tranquilidad y emoción, que nadie podría sospechar que esa mujer terminaría con su vida en el mismo momento que la carga explotara. Oraron agradeciendo esa oportunidad de servir a su pueblo.

—¿Entonces la carga que está en el baño es tuya? —preguntó Haifa.

—Es de Alá —dijo ella con respeto—. Yo la llevaré al lugar indicado.

Quedaron en silencio. Abú y Sadiq entraron amistosamente.

—¿Se pusieron de acuerdo? —preguntó Rheen.

—Totalmente —dijo Sadiq, admirando la belleza de Nahla, mujer aún joven; alta, delgada, orgullosamente espigada como una tierna muestra de la feminidad. Cálida, y a su vez, frágil mujer, envolvía su desnudez en una túnica negra. Estaba sentada en la habitación, cepillando su cabellera con indiferencia, bañada por un tangencial rayo de sol, descolgado de la ventana. Su figura se impactaba en el marco de la ventana pero al escapar del mismo, se veía el majestuoso turquesa de la montaña. Transmitía la calma del tiempo con su imagen eternizándose en caminos infinitos, entre raíces de árboles escondidos profundamente en su vida, una vida olvidada mágicamente y ahora estaba allí, serena, fresca, plena, esperando su inmolación con una naturalidad envidiosa.

Cenaron en silencio. Una despedida sin desbordes. La noche se presentó en el momento exacto para que el grupo optara por el descanso. Ninguno de los presentes se despidió ni ofreció las buenas noches como era la costumbre. Sabían que en la mañana había que preparar el cinturón de explosivos en el cuerpo de Nahla. Esa noche durmieron con ojos abiertos, perdidos en la oscuridad y el silencio, hasta que el amanecer abrió la luz antes de las seis.

Haifa y Rheen cerraron la puerta de la habitación. Huda fue descubriendo el cuerpo de Nahla lentamente, como ceremonia obligada. Ella sentada en una vieja silla con su cuerpo blanco, olvidado el pudor, lo ofreció al cinturón de explosivos que Huda trajo con especial cuidado. Le rodeó la cintura como si fuese una faja de seda y con una cinta plástica envolvió los cartuchos y el detonante. Nahla miraba distraídamente la ventana, donde el sol comenzaba a alumbrar el día. Su cabello, suelto sobre sus hombros le daba un aspecto majestuoso y digno, y mirando a Haifa le pidió que mientras la vistieran, leyese el poema de Sahet al Hedhily, “A la muerte de su dama”. Haifa leyó con voz quebrada:

Si después de la muerte todavía se encuentran nuestras voces dolorosas/ Y bajo las heladas duras losas abraza al pecho el fuego que solía/ Prosiga el eco de la angustia mía/ Y las verdes colinas que envidiosas/ dividen nuestras tumbas silenciosas/ Le aumenten y repitan a porfía/ Para que sea al punto conducida/ en alas de piadoso viento/ Hiriendo con amor su eterno oído/ Así tendré al morir este contento/ Que aunque me halle ya a polvo reducido/ Se goce con mi triste acento.

Y la túnica abrazó su cuerpo desnudo. Su cabeza se cubrió como si le hubiesen colocado la corona de una reina, quedando su rostro blanco, pálido y terso, mostrando al mundo dos ojos enormemente negros que miraban por última vez esa habitación. La buscaron a la hora indicada. Oraron antes de que ella se fuese con el responsable del operativo. Cuando la dejaron a cien metros del puesto militar, Nahla caminó lentamente, recordando a su familia masacrada, a su pueblo humillado y las violaciones sufridas. “¡Que raro es saber que uno va a morir!”, pensó Nahla y a continuación recordó la agonía de sus padres. Caminaba con la tranquilidad de saber que su acto era justo y que su pueblo, alguna vez, habría de recordar su nombre. Se permitió exhibir la sensualidad

de sus caderas, con un balanceo tensamente provocativo, y dejó que sus atributos mostrasen a los soldados que ya era un fruto maduro: listo para el placer. Miró fijamente al grupo de militares que iban quedando hipnotizados ante su inexorable y silencioso avance. Los rostros mostraban una extraña admiración ante su pulcra belleza. La sonrisa de Nahla fue abriendo una pequeña brecha en esa multitud ingenua, que cerró filas justo cuando la explosión cumplió con la misión de la muchacha, quien se incrustó en los cuerpos americanos que la habían rodeado, dispuestos a tomarla para un placer compartido. Solo que esta vez les llevó la muerte. Los restos de Nahla se encargaron de fulminar el deseo lascivo. Fue tal la explosión que solo los tanques cruzados en las bocacalles, a cien metros de distancia, resistieron la onda expansiva.

17

Bagdad

Sadiq y Abú prepararon el regreso a Bagdad. Rheen mantenía la imagen de Nahla cuando la vio caminar decidida al vehículo que la llevaría a la muerte, envidió a esa mujer que encontraba el fin de tanto sufrimiento y supo que ella estaría orgullosa de escuchar su nombre para reivindicar el atentado.

El viejo camión cisterna acondicionado en su parte inferior para llevar clandestinamente pasajeros está listo. Llenaron la parte superior con agua turbia, calculando que en la noche decantaría, dejándola transparente para el día siguiente. Colocaron sobre el metal vacío en la parte inferior dos frazadas, un bidón de agua y una toalla húmeda; y

envolvieron las armas con trapos viejos para evitar que golpearan contra la paredes metálicas.

Al día siguiente, en plena madrugada saldrían rumbo a Bagdad. Esa tarde y en la noche, las patrullas militares y helicópteros americanos transitaban salvajemente por las calles, buscando responsables del atentado. Sabían que no podrían dormir. El recuerdo del sacrificio de Nahla y el vértigo en las calles fueron suficientes para justificar insomnios colectivos. Sin embargo, acostados en el piso y de cara a la pared, mantenían una mirada ausente. Nadie se atrevía a hablar. Curiosamente ninguno de ellos lloraba. Todos se sentían orgullosos de su compañera. A las seis de la madrugada subieron al camión. Rheen se acomodó en un extremo y Sadiq con Abú ocuparon el resto del limitado espacio, ahora frío y oscuro. El conductor soldó los bordes de la chapa sellando la pequeña puerta. El aire entraba por un orificio bajo la chapa. Una manguera simulaba un resto de cable de freno. Abú pensaba que si algo le pasaba al conductor, o si una bala fugitiva le impactaba, ellos quedarían para siempre en ese tanque sellado. Pero no había alternativa. Rheen trató de dormir. Pero el aire estaba viciado. Dificultada la respiración, acercó su rostro al conducto de aire e inspiró profundamente sintiendo también el aire caliente sobre su cara. Sadiq le indicó con sus manos que no se moviera, que no hablara y que tratara de relajarse porque el camino hasta el barrio Sader City en Bagdad era largo: tardarían más de seis horas, en el mejor de los casos. En el primer retén, a cincuenta kilómetros de Mosul, encontró a la tropa americana y a soldados iraquíes, temerosos e irascibles. El conductor fue maltratado y obligado a quedarse en el suelo con los brazos abiertos, con la cara en tierra y las piernas estiradas, mientras los soldados inspeccionaban el camión. Uno de ellos saltó encima de la cisterna hasta la boca de agua, la abrió y entró su mano tocando agua. Bajó, dos soldados golpearon las paredes de la cisterna buscando un eco distinto. El compartimiento había sido reforzado para que el golpe de

cualquier metal o madera sonara como si estuviese ocupado con agua. Tampoco encontraron alguna otra abertura. Revisaron la documentación y luego de una hora le permitieron seguir, sellando previamente la libreta de tránsito. El camión se puso en marcha y continuó viaje. Los pasajeros clandestinos estaban descompuestos por la falta de oxígeno. Se turnaban para colocar la boca en el orificio de aire. Abú era el más sereno. Pasaron cuatro horas y llegaron a un segundo retén en la tarde. El mismo procedimiento de inspección y mejor trato al conductor porque vieron la libreta sellada. En media hora continuaron viaje. Consumieron el bidón de agua y pudieron mojar sus cabezas con un jarrito de plástico, que Rheen llevaba en su bolso: No tuvieron más alternativa que orinar en ese receptáculo. El olor a amoníaco invadió rápidamente el pequeño recinto.

Llegaron a Bagdad en la noche. El conductor tomó la calle Abu Nawas, hasta llegar a una casa con portón metálico que abrió displicentemente. Entró el camión y con un soplete, comenzó a abrir la puerta secreta de la cisterna. Al caer el bloque metálico, los tres pasajeros comenzaron a respirar con ambición de aire puro, mientras intentaban bajar. Las articulaciones de las piernas estaban tiesas, el cuerpo acalambrado. Rheen fue la última en salir, finalmente festejaron el regreso. Ahora faltaba llegar a Sader City.

El conductor, un hombre maduro y muy silencioso, les entregó una jarra con agua fresca y unos panes. También les ofreció la tinaja con agua en medio del taller y con un trapo les indujo a lavarse y quitarse el olor a orina. Rheen no tuvo ningún problema. Se quitó la ropa para entrar en la tinaja desnuda. Abú se dio vuelta al igual que el conductor, no así Sadiq, que nuevamente quedó admirado de esa belleza desnuda que lo obsesionaba. Cambiaron sus ropas y luego de agradecer el traslado, decidieron dormir en el taller hasta la madrugada, para caminar hasta Sader City. Mientras se terminaban de bañar, escucharon en la radio la última noticia: “La aviación Turca bombardeó el puente Nazduri, en el Kurdistán Iraquí, y la tropa de infantería bloqueó pasos fronteri-

zos”. Habían pasado en el momento correcto, porque Siria también había cerrado su frontera. Esta vez la fortuna les acompañó y todos durmieron. Estaban agotados por el viaje y la tensión nerviosa, pero contentos de haber regresado para reiniciar la lucha.

La vivienda de Sader City había sido marcada y por ende bombardeada; los restos de escombros sirvieron para organizar una pequeña habitación con un techo precario. Era el único lugar posible para quedarse y poder contactar al día siguiente con gente de la resistencia. Layla era el contacto previsto. Layla, una Iraquí joven de solo veintiocho años, nacida en Al Basrah, cerca de la frontera de Kuwait. Había quedado huérfana en los bombardeos norteamericanos del Sur iraquí en el año noventa y uno. Bombas inteligentes habían exterminado a su familia. Juró vengarse. Tenía veinte años y era estudiante de veterinaria cuando se alistó en el grupo de mártires de Alá. Permaneció en los registros para entrar en acción cuando así lo determinasen sus autoridades.

Era una mujer bella, de grandes ojos negros, delgada, vestida muy al estilo occidental. Podía pasar por una mujer europea, motivo por el cual tenía acceso a los lugares de la zona verde de Bagdad. Era informante de la organización, porque trabajaba en un cabaret en la zona roja destinada a los placeres de los oficiales americanos. Obtenía de ellos datos concretos que permitían realizar operativos contra el ejército invasor. Amanate del comandante de operaciones y sus amigos, pudo extraer en una oportunidad documentación del armamento que los norteamericanos estaban instalando en distintos puntos de Irak, lo que permitió en uno de los ataques suicidas, recuperar importante material bélico que luego fue distribuido y enterrado en las zonas desérticas.

Layla tenía referencia de Rheen por actividades de hostilidad permanente a fuerzas norteamericanas en la zona de Sader City. El encuentro con Rheen fue en el Zoco, donde ambas mujeres simulaban estar de compras. Layla allí se enteró del regreso de este grupo y la necesidad de ser reincorporados a la resistencia. La citó en el mismo

lugar para el día siguiente a las doce del mediodía. Tendría una repuesta concreta. Preguntó por Qasim, y al enterarse de su muerte sus ojos se llenaron de lágrimas. Rheen no preguntó cuál era la relación con ella. Nadie pregunta datos que puedan poner en peligro un grupo de resistencia. Layla se despidió, pero antes le pidió un abrazo. Las dos manos de Layla recorrieron disimuladamente la cintura y el pecho de Rheen y en el oído le preguntó por qué no tenía el cinturón de explosivos puesto.

—No tengo. Mi vivienda fue reventada.

—Te traeré uno mañana, nadie puede salir sin las bombas listas —le dijo mientras forzaba una sonrisa y tomaba las dos manos de Rheen amistosamente.

Rheen compró unas verduras y regresó por un camino alternativo. Calle angosta, multitud de gente y soldados asustados. Sirenas, ambulancias, corridas y el humo. Un humo negro que diariamente se presentaba en algún lugar de Bagdad producto de bombardeos por morteros de la resistencia o cohetes desde los helicópteros americanos. Ese día, una gran manifestación de civiles iraquíes ocupaba la avenida principal, pidiendo con cánticos y slogans la retirada de los norteamericanos. Pensó que desde la invasión de los británicos y norteamericanos, cientos y miles de iraquíes se habían abroquelado en contra de las fuerzas invasoras y sabía que la lista de los mártires dispuestos a inmortalarse crecía día a día. Muchos ya no tenían nada que perder. Todos por el contrario, querían ganar esa guerra.

Cuando llegó a la vivienda semidestruida, le costó identificarla. Toda la cuadra estaba regada de escombros y restos de vigas sueltas. Abú y Sadiq estaban limpiando las armas, el viaje les incorporado tierra y arena. Abú era un hombre experimentado y enseñó a Sadiq a desarmar las estructuras para limpiar y aceitar el acero.

—¡Mañana!... —informó Rheen.

Abú y Sadiq, quedaron mirando la mujer, como si esperaran completar la noticia. Rheen les dijo que eso era todo y evitó nombrar el registro de su cuerpo por Layla y la posibilidad que mañana ella tuviese definitivamente el cinturón de bombas adherido a su cuerpo. Esa noche Rheen supo que debía amar a Sadiq como si fuese la última vez que le ofrecía ese cariño tan profundo. Se acercó sigilosamente. Acudió llevando sueños de entrega. Apareció deslumbrante con un hombro descubierto, provocador, libre del virgen tacto matinal. Y así, en silencio, reconoció su cuerpo. Lo pinceló de caricias codiciando multiplicar una memoria que para Sadiq era un desafío eterno como abrir el capullo reservado al sigilo en un cuerpo desnudo, destellante y ávido. Transitó Rheen, un pasillo iluminado con un candil, mientras un resto de espejo oculto por escombros, reflejaba su rutilante belleza semejante a una de las tres gracias de Rubens, desprendida caprichosamente del marco. Avanza balanceando su cadera. El delgado cuello permite a la naciente de su cabellera, remede un mágico rodenal, para resguardar celosamente su secreto en una gargantilla acariciada con el último beso que decretó el encuentro. Ahora, desea templar su memoria salpicando colores simulando flores sorprendidas, mientras jadea delirante. Suspira Sadiq. Una hermosa mujer. Una mujer a su lado recorriendo ventanales grises y espera. Solo espera el momento solemne de ese reconocimiento. Esa extraña palabra de la memoria. Mientras una vela titilante desgarrar secretos de intimidad, alumbrando sombras caprichosas. Ella desnudó su alma, dejando huellas de caricias en el cuerpo, e invadió sus sueños como un manantial inagotable de fantasías. A Sadiq no le bastó con amarla. Se inundó en ella, sin poder explicar cómo penetró su intimidad, sintiendo un gozo perenne al mirar sus ojos en cada gemido, para descubrir que viajaba a lugares desconocidos y bellos. Y luego, ella pidió una milagrosa quietud. Un espacio. Dejando que su mano derecha descubra su rostro con dedos, para unir su

ceja, al pómulo rosado del gozo y después, regresar a un cuerpo incandescente mezclándose una y otra vez en esa danza interminable del amor fluyendo.

Y después... el regreso.

18

El día después

Las noticias no eran halagüeñas, la guerra civil provocada por los extranjeros invasores seguía produciendo muertos. Dos soldados norteamericanos fueron encontrados carbonizados y decapitados cerca del zoco, donde Rheen y Layla habían estado reunidas y en donde esa mañana deberían encontrarse nuevamente. Sadiq le ofreció a Rheen acompañarla. Salieron después de tomar un té y comer unos panecillos. Sadiq incorporó su arma entre las ropas y Rheen rechazó una nueve milímetros, aduciendo cualquier excusa, porque esa mañana recibiría el cinturón explosivo. Abú se quedó en la vivienda lubricando su arma y ordenado cientos de balas. Rheen y Sadiq atravesaron distintas calles en zigzag tratando de descubrir si alguien los seguía. Los servicios de inteligencia comandados por los norteamericanos habían comenzado a operar, infiltrando gente en los grupos de la resistencia. Al llegar a cien metros del zoco, Sadiq se adelantó para reconocer el terreno y observar los tres vehículos militares rodeando el lugar del hecho. Una ambulancia recogía los restos de cadáveres con palas y luego, lavaban el piso con mangueras de alta presión, que generosamente ofrecía el camión de bomberos.

Hizo señas a Rheen para que lo alcanzara y juntos caminaron lentamente hasta unos veinte metros del zoco. Se quedaron en una tienda de baratillas, haciéndose los

compradores exigentes. Cuando se retiraron los militares, aparecieron inesperadamente en el lugar del hecho decenas de jóvenes y niños que comenzaron a danzar; a cantar, a reírse de los soldados invasores y quemaron una pequeña bandera americana. Sadiq pensó que por cada soldado americano o inglés muerto, tenían luego que pagar con un alto precio: treinta o cuarenta iraquíes muertos en venganza, pero no tenían otro método para expulsar al enemigo. Layla los esperaba sentada en el mismo bar que conocieron a Qasim y, por curiosidad, Rheen preguntó a Layla la razón de esa coincidencia.

—¿Ves ese hombre tirado cerca de la puerta, metido entre cartones y papeles?

—Sí, lo veo —dijo Rheen.

—Pues bien, él nos protege ante cualquier ataque, debajo de esos cartones hay una ametralladora automática muy poderosa y es un hombre guerrero muy ducho en esas tareas. —Layla hizo una pequeña señal al hombre que las observaba. Él, con el pulgar elevado, consintió esa entrevista. Pidieron un té de limón y por fin Layla invitó a Rheen al baño. Cuando llegaron, Layla se subió el vestido. El cuerpo joven de esa muchacha impactó a Rheen, una piel muy blanca y suave se mostró sin pudor mientras se quitaba uno de los dos cinturones con explosivos. Rheen ya lo había usado antes de perderlo entre los escombros; ambas se pusieron el material adecuadamente y con la tela adhesiva, sujetaron las bombas.

—No debes quitártelo Rheen, hay que estar lista siempre y esta tarde tendremos un destino.

Layla explicó en la mesa junto a Sadiq que trabajaba en el cabaret y estaba asqueada de los gigantes americanos, pero su misión era más que importante para la organización. Detalló algunos episodios junto a los oficiales que hasta a Sadiq le dio vergüenza y bajó la vista cuando terminó el relato. Rheen tomó la mano de Layla con un sentimiento de compasión y comprensión. Layla tenía sus ojos brillantes pero no mos-

traba el dolor de una mujer ultrajada sino un destello de odio oculto. Quedaron en encontrarse al día siguiente en el mismo lugar y cambiaron la hora.

—Nunca te quedes en el bar si no está ese hombre que te cuida —dijo señalando al linyera que seguía de cerca todos sus movimientos disimuladamente. De inmediato, agregó—: Ah, y también que venga Abú. —Y se fue apresuradamente.

Rheen no le dijo nada a Sadiq del cinturón de explosivos, a la media hora se levantaron. Luego de despedirse del hombre de los cartones y darle unas monedas, regresaron por caminos alternativos, siempre cuidando que no los siguieran. Marcharon en silencio. Sadiq estaba impresionado de la belleza de esa joven y trató de imaginarla fuera de la guerra. Rheen intuía que entrarían en combate al día siguiente. Nada dijo de sus sospechas a un Sadiq que caminaba silencioso pero distante. Al llegar a la vivienda deshecha, Abú había preparado algo de comer y cuando se sentaron le comentaron la entrevista.

—Tengo la impresión de que mañana estaremos en la zona verde— dijo Abú serio.

Sadiq lo miró con curiosidad y luego miró a Rheen que le hizo un gesto de aprobación. Comieron en silencio. Decidieron prepararse para una misión. Sadiq y Abú oran como nunca, mientras Rheen preparaba su ropa limpia. Curiosamente esa noche durmieron como si estuviesen en Turquía. Una extraña sensación de bienestar los había invadido. Rheen trató de disimular los explosivos, pero Sadiq cuando la abrazó para dormir notó su cuerpo relleno de bombas. Nada dijo y se durmió. Rheen antes de cerrar sus ojos preguntó al anciano como estaría Fardus.

—Mejor que nosotros, nunca olvides que el será nuestro futuro —contestó Abú, dándose vuelta contra la pared, manteniendo su arma en la mano derecha.

Un perro lamió el rostro de Sadiq que despertó bruscamente pegando un grito. Abú no tardó más que unos segundos en estar sentado con su metralleta lista para disparar y Rheen no lograba aún responder al alerta. El sol ya estaba presente con su calor intenso. Calcularon que durmieron más de diez horas. Se rieron de la cara de Sadiq que continuaba secándose con un trapo. Desayunaron de buen ánimo. Rheen se lavó su cuerpo y refrescó sus brazos. Sadiq la imitó y Abú, más reacio al agua, se limitó a lavar sus manos y cara. Había que esperar hasta la hora de la cita. Faltaba poco. Decidieron disimular la vivienda con más escombros, tapando la entrada y tirando desprolijamente unas maderas y tirantes abandonados en la vecindad. Una hora antes salieron caminando lentamente haciendo el mismo camino que Sadiq y Rheen habían hecho el día anterior. Una mujer reconoció a Abú y se acercó a saludarlo.

—Anciano, pensé que estabas muerto. Que Alá te dé vida y sabiduría —le deseó, tocándole el hombro derecho.

Abú agradeció y alejó la mano de la mujer, diciendo algunas palabras de aliento y reconocimiento. Siguieron caminando por angostas calles dirigidas todos al zoco. Al llegar al bar, Rheen vio al hombre de cartón ubicado en la misma posición que el día anterior, con una mano oculta y la otra libre. De nuevo, hizo un gesto de aprobación, indicando con su vista la primera mesa sobre la vereda, muy cerca de él. Los tres se dirigieron a ella y la ocuparon. Abú pidió una jarra de agua fría y Sadiq con Rheen, té de limón. A los quince minutos apareció Layla, bella, radiante, muy segura de sí misma, con un andar firme. Disimuladamente saludó al hombre de cartón y se colocó al frente de él. Los bendijo y con gestos alegres comenzó a detallar el operativo.

—Iremos a la zona verde. Dentro de pocos minutos nos recogerá una camioneta. Tú Abú, serás nuestro padre y Sadiq el esposo de una de nosotras. Tengo un permiso de entrada para un casamiento en la tarde y es para cuatro personas, les pido que coloquen

en el tanque de nafta las armas por las dudas de que un retén inseguro nos revise. Yo y Rheen tenemos otros métodos para disuadir —la miró con picardía—. Desde ese lugar iremos a las cercanías de un campamento de ciento cincuenta soldados americanos. Rheen y yo entusiasmaremos a los guardias mientras ustedes entran y se esconden en la primera arboleda. Luego entramos nosotras y eliminamos a los dos guardias antes de encontrarnos. De allí en más será la suerte la que nos permita entrar hasta el galpón gigante que hace las veces de comedor y dormitorio. Ustedes estarán afuera, frente a la puerta con las armas listas. Cuando escuchen las detonaciones sabrán que algunos comenzarán a salir muy confundidos del lugar; deben eliminar a todos. En dos horas, la misma camioneta que nos trajo estará a cincuenta metros de la puerta y los llevará de regreso al zoco. Desde allí son responsables ustedes.

Sadiq se quedó perplejo mirando el entusiasmo de Layla y la aprobación generosa de Rheen. La primera pregunta fue:

—¿Y ustedes?

—Nosotras estamos llamadas al sacrificio generoso por Alá y nuestro pueblo. Ha llegado el gran día. El más esperado. Y la generosidad de Alá se ha hecho presente en mí y Rheen. Estaba tan ansiosa de este momento que he orado para que se concretara. Les deseo la mejor de las suertes y cuando ustedes regresen solo deben ver al viejo del cartón. Él les dará las próximas instrucciones. No vamos a morir; vamos a la inmortalidad por nuestro pueblo, con alegría. Para este momento nos hemos preparado y luchado. —Tomando la mano de Rheen, la apretó fuertemente como si con ese gesto silencioso y firme le pidiese que hablara con estos dos hombres y continuó—: Tal vez, sea cierto que nos han dado este honor de entregar nuestras vidas, muchas noches pensé como sería este momento. Debo decirles que aún en esta felicidad de saber que nuestro destino está trazado, me cuesta separarme de mis afectos. Pero sé también que, cada día

que me despierto y veo cadáveres de nuestro pueblo en las calles, siento un odio que crece y permanece en todo mi cuerpo por la impotencia a responder a esta maldita invasión. Más puede la necesidad de luchar, que el amor que puedo sentir y desear en esta vida, porque sé que nos encontraremos en donde Alá nos coloque en otra vida y seremos nuevamente felices. Si ven a Fardus díganle que lo amo y que en los últimos momentos lo tendré también conmigo.

Se levantó y besó a Sadiq con una ternura que nunca él había sentido. Se dio cuenta de que sus ojos no lloraban porque estaba decidida y contenta con su misión. Abú aceptó sin más el plan trazado; Sadiq sentía un profundo dolor en su pecho, porque estaba seguro de que en algún momento esto pasaría. Abrazó a las dos mujeres emocionadas, sin decir una sola palabra porque no podía hablar.

El vehículo llegó a horario, subieron luego de simular sus armas en el anexo del tanque de nafta. Abú adelante como corresponde al padre y Sadiq entre las dos mujeres, como corresponde al esposo de dos hermanas. Era la última vez que sentía el cuerpo de Rheen. Su mano tomó la de ella como el único gesto de cariño antes de la muerte. No estaba equivocado. Era la despedida.

19

La inmolación

*No me juzguen por lo que hago
Tengan piedad de mi dolor
Porque un país invadido
Es un mar seco.*

Layla y Rheen bajaron a pocos metros de la entrada a la base militar. Abú y Sadiq las acompañaron hasta el primer retén en la zona verde. La tarjeta autorizando el paso de los cuatro estaba firmada por su amante, el comandante de la base. El papel, la firma y el sello fueron suficientes para abrirles paso y entrar en las calles céntricas. Estaban a solo cinco cuadras del comedor norteamericano.

Layla comunicó el plan y le indicó a Abú y Sadiq que fuesen separados, pegados a la tapia hasta la entrada a la base. Ellas, caminando por la vereda contraria, se harían notar ante dos guardias que mansamente —casi aburridos— custodiaban la entrada. Cuando pasaron frente a ellos, el más viejo de los guardias, en un árabe fabricado por la urgencia, las invitó a la casilla. Layla movía su cadera en forma temeraria, sus gestos fueron interpretados por el soldado como un ‘sí’.

*Los vientos del deseo
En la borrasca
Encienden el ardor*

Ellas cruzaron la calle sonriendo. Avanzaron hacia los soldados entusiasmados que inmediatamente abrieron la puerta de guardia y entraron. Prestos, Abú y Sadiq en menos de diez segundos entraron escondiéndose en la primera arboleda como lo había indicado Layla. Esperaron quince minutos que parecieron horas.

Estaban ansiosos, angustiados por no ver movimiento en la casilla de guardia. En ese momento Layla y Rheen salieron con displicencia, hablando en voz alta, y buscaron con su vista a Sadiq y Abú, que ya estaban con las ametralladoras encastilladas en sus manos.

—Está listo, tenemos pocos minutos para entrar en el comedor —dijo Layla y apresuró el paso.

Cuando llegaron a la puerta, un guardia salió al encuentro; Layla decidida mostró el documento y dijo que tenía que hablar con el comandante. Abú, y Sadiq estaban a espaldas del soldado, entre las sombras del árbol cercano a la entrada. El soldado reconoció la firma y sello del papel; más confiado, pidió a las dos mujeres que lo acompañasen. Layla hizo señas a Abú con sus manos atrás para que ocuparan los puestos. Ellas entraron con tranquilidad sorprendente. Rheen miró por última vez a Sadiq y se dio vuelta disimuladamente.

Una mirada sin regreso

Una despedida sin palabras

Un recuerdo perpetuo

A los tres minutos de su ingreso, dos explosiones consumaron el operativo. La fuerza de la explosión fue tal, que Abú y Sadiq cayeron a pocos metros, impulsados por la onda expansiva, con escombros y un fuego opaco. Retomaron las armas y cuerpo a tierra se pusieron en posición de combate frente a la puerta principal. El humo. Las llamas. Gritos y lamentos aturdían. Los soldados tratando de salir sofocados por restos de ventanas y puertas destrozadas y enfrentaron balas que Abú y Sadiq disparaban sin cesar; una y otra vez, vaciando cargadores, derrumbando cuerpos hasta que las llamas llegaron a dos tanques de combustible que explotaron, lanzando a Sadiq a quince metros de Abú. Abú comprendió que debían escapar antes de que llegaran bomberos y refuerzos militares. Tomando a Sadiq del hombro lo arrastró hasta la puerta de entrada.

La muerte reina en Irak

Llamas y escombros

*Cuerpos desarmados
El invasor y la víctima
Hermanados en la tragedia*

En la puerta de la guardia yacen dos cuerpos de soldados uniformados, degollados. Layla había pasado por allí. A cincuenta metros efectivamente estaba el vehículo. Treparon y salieron rápidamente, cruzando decenas de vehículos militares que acudían presurosos y armados, al lugar del siniestro. En un retén paralelo, con escasos cuatro soldados entraron en combate sin miramientos: el vehículo llegó, Sadiq saltó a la calle abriendo fuego. Abú, desde el piso, ametrallaba las cabezas de los soldados, evitando sus chalecos blindados; en pocos segundos estaban muertos. El vehículo aceleró. Apenas pudieron subir, porque arrancó con las puertas abiertas, Sadiq colgado del borde de una de ellas, con mucho trabajo, logró introducirse. Abú con medio cuerpo afuera. El conductor estaba absolutamente aterrado. Habían logrado escapar, sin saber que en Medio Oriente; coincidente con el operativo que realizaron, había estallado la locura. Una locura letal. Absurda. Terminal.

*¡Ah... la locura... la locura!
Esas ideas sin sombra
Se escriben en el estiércol*

Ese mismo día, Israel bombardeó a las nueve de la noche objetivos militares en Irán. Los cuatro centros donde presuntamente las investigaciones atómicas habían logrado la cascada para enriquecer uranio, con tres mil centrifugadoras, estallaron junto con científicos y empleados iraníes. Los cuerpos volaban en los aires desprendidos, fragmentados, sangrantes. Las estructuras de cemento fueron reducidas a un polvo gris. El ataque; el ataque desató una locura impensable.

Los Estados Unidos bombardearon Teherán y el palacio de gobierno donde el presidente iraní Mahmud Ahmadineyad —se suponía— estaba trabajando. Cuarenta aviones partieron de los portaaviones Stennis y Nimitz, estacionados en el Golfo Pérsico a 37 millas de la central atómica iraní de Bushehr. La planta de uranio enriquecido de Natanz estaba en ruinas. En minutos, aviones bombardeos norteamericanos e israelitas dejaron caer sus bombas en las principales ciudades de Irán, Irak, Siria, Líbano y Gaza, destruyendo aeropuertos, puentes, caminos y represas. Simultáneamente, el plan defensa-ataque elaborado por Ahmadineyad —que no estaba precisamente en el palacio de gobierno— lanzaba cohetes con ojivas nucleares a Israel. El hongo nuclear arrasaba Tel Aviv, Holon, Netanya, Rishon, Ashdod, y Jerusalén. La locura estaba en marcha.

*El hongo de muerte
Se eleva. Crece al cielo
No hay voces
El silencio es el amo*

Las bases de norteamericanas en Irak y Afganistán sucumben a los ataques desenfrenados de una población decidida a dar la última batalla. Un millón de soldados sirios y jordanos recuperan Altos de Golán y Cisjordania. Las destilerías en Arabia Saudita, Kuwait, y todas las bocas de oleoductos de Oriente Medio explotaron por cientos de militantes suicidas que recibieron la última orden de actuar en forma conjunta. Barcos cisternas del Golfo naufragaban derramando petróleo que minutos después se encendía en una gigante hoguera. Las destilerías de Irak estallaron con precisión matemática. La zona verde de Bagdad fue invadida por casi un millón de iraquíes, desafiando las armas del invasor. Avanzaban con armas precarias, sobrepasando a las defensas y a los puestos militares preparados para la guerra convencional, pero nunca para una invasión civil y militar de esas características.

*Avanzan sin escudos
Sus pechos púrpuras de impactos
consuelan su dignidad
¡Nada detrás de la muerte!
Adelante... la victoria espera*

Los campos militares extranjeros en el Oriente Medio fueron barridos. Israel estaba envuelto en una nube tóxica; el ochenta por ciento de las ciudades estaban destruidas. Millones de víctimas fatales. Un territorio deshecho. Decenas de miles de muertos a causa de los bombardeos sobre Irak, Irán, Siria, Jordania y Líbano. La noche se iluminó de rojo. El humo avanzó como un manto negro sobre todo Oriente Medio. En las grandes ciudades, la venganza contra aquellos civiles y militares que habían colaborado con las fuerzas invasoras pasaron por el filo de cuchillos; o pendulaban en horcas públicas. Las fuerzas invasoras, desconcertadas, atacaron mezquitas, iglesias, hospitales y todo lugar donde concentraciones de civiles se organizaban para expulsar a los extranjeros.

*El puño cerrado agobió el capullo
Obscureció su belleza
Cerrando todo... todo*

Esa locura desatada en minutos tuvo consecuencias inmediatas. Llevó a Europa y Norteamérica al caos y quiebre económico. Medio Oriente en cenizas. Agotadas las reservas estratégicas de combustible, el mundo se paralizó. Los países árabes dejaron de abastecer el mercado. Kuwait se debatía entre la vida y la muerte con explosiones e incendios en sus depósitos de petróleo que no podían controlar. Naciones Unidas pidió una reunión de urgencia al Consejo de seguridad. El mundo convulsionado. Rusia cerró oleoductos y gasoductos por temor a más atentados. Las industrias europeas dependientes de esos fluidos se paralizaron. China cerró sus fronteras. En Estados Unidos el des-

concierto derrumbó la bolsa. El país entró en la peor crisis económica y social de su historia. Los edificios más importantes de las capitales americanas se derrumbaron por los atentados suicidas. Los ciudadanos elevaron sus críticas al manejo del conflicto. El presidente, acorralado por su fatal inconsciencia y rodeado de una multitud enfurecida que sitió la Casa Blanca cual un hermético candado humano, se pegó un tiro en la sien en el salón oval. El rancho en Texas incendiado.

Nadie pudo parar ese desastre.

Nadie

Abú y Sadiq protagonizaron ese infierno. Trataron de llegar a la vivienda precaria que habían dejado disimulada en Bagdad. Cientos de cuerpos de soldados americanos esparcidos en las calles. Los muertos iraquíes embaldosaban las calles. Vehículos blindados humeantes y festejos. Niños sobrevivientes cantando, desafiando la muerte sobre las cenizas del invasor. A pocos metros de ese lugar estalló una bomba dejada caer por un solitario F16 rasante, cayó cerca de Sadiq quien se elevó metros por el aire destrozado; mientras Abú se refugió bajo unos tirantes gigantescos entre las ruinas de un edificio.

Abú esperó el amanecer desconcertado. El recuerdo reciente de la inmolación de Haifa y Rheen no lo abandonaba. Las imágenes del incendio, explosiones, muertos. Rostros desesperados gritando. Y un cielo encendido con luces de muerte se expandía.

Cuando la cordura abandona al hombre

El hombre libera su fantasía

Como si fuese este

El medio más útil de escape

Pensó que le hubiese gustado ser un hombre alado para volar alturas inimaginables. Mas allá... más allá de las nubes, en el mundo silencioso de los astros y respirar el primer aire de mañana ¡Ah!... fantasías quietas de Abú, confundidas, extrañas, gozando de una libertad envidiada. Pero su sueño estaba herido. Un moho húmedo lo cubría, pegajoso. Era incapaz de elevarse a los cielos y permaneció quieto, como un mármol esculpido, en silencio.

Crear un hombre alado —pensó—. Pero está herido. Desgarrado por culpas; incertidumbre, espera y venganza al desatino. Un intrépido sueño abatió su despertar. Es un galardón de ausencia. Un habitante voraz amanece con alas quebradas cuyas heridas limitan espacios de luz e indaga la desidia presente creyendo que la turbación excarcelada puede sojuzgar su voluntad, mientras la sombra obcecada de oscuridad invade al insensato hombre alado, creado para volar ayer, herido hoy con un vuelo fatigoso, condenado a transitar caminos desamparados.

*¡Quién pudiera...quién pudiera volar!
Sin desprender sus alas*

Vuelan sus sueños en cielos manchados de nubes, descubriendo riscos en desiertos de arenas, mares secos y bosques arbolados de sombras, y caminos serpenteando espacios infinitos y solitarios. Los habitantes imaginarios de Abú, sumidos en vientos sin destino, en aguas quietas, eran espejo perfecto del azul. El mundo vuela como un águila herida sobre el ocre otoñal descolgando amarillos. Esa mañana brumosa, Abú espera la imagen difusa de la tristeza; esa sombra inmóvil. Solo inmóvil. Hay que evitarla. Huir de ella porque contagia; asfixia el futuro en el pasado. Tal vez, el pasado ignorado emerge cegando los destellos de luz incandescente. El futuro hiere el color, en el vertiginoso recuerdo de imágenes. La ingenuidad burlada de Abú. ¡Oh... qué

fácil! ¡Con qué rapidez se desmoronan sus sueños, y lo invade el desaliento de la derrota consumada!

Semeja Abú un águila, aquel monarca del cielo que cae abruptamente por un traicionero tiro de cazador. Es un abismal estado del alma dolorida que no goza libertad. Abú en un abismo de desilusión, con el corazón envuelto en el sosiego de la resignación se confunde con fantasmas en noches lóbregas cargando espesas nieblas en una inmensurable soledad, con un sentimiento transformado en hielo desprendido de glaciares contagiando el frío transparente de sus años. Y su alma decreta la inmovilidad del tiempo; como si fuese una herida sin cerrar, para llevarla en soledad; como corresponde. Como debe. Como es. Años después, Abú, el anciano sabio, sentado en la calle Sa Doun de Bagdad, ahora ciudad fantasma y derruida donde vive entre escombros y vigas sueltas, contará con sus ojos cerrados de tristeza a transeúntes que pasan admirando su vejez lo que pasó en ese mundo de violencia que ya no existe. El mundo de antes, venerado en la riqueza, opulencia, abundancia y, también, envuelto en los pecados de la ambición desmedida, la envidia, la codicia y la muerte ya no está.

*Los años horadan el tiempo
Cubriendo intempestivamente
Una piel seca que reclama memoria*

Y aparecerá un joven, que desde pocos metros reconocerá en el rostro del anciano sabio la historia pasada. Lentamente se acercará a él con la timidez del agradecimiento y le dirá en voz baja:

—¿Por qué estas solo hombre del ayer?

—Porque soy viejo, joven. Y los viejos viven ausentes —contestará el anciano con su corazón inquieto por la pregunta.

—¿Y por qué lloras hombre viejo? —preguntará Fardus, aquel niño que hoy regresó.

Abú, luego de entreabrir sus párpados cerrados por años, reconocerá en el joven, que ya es un hombre, a aquel niño abandonado que consolaba a su madre muerta de bombas, y le contestará:

—¡Por que estoy vivo..., joven!

Por primera vez Abú sonrió en años

FIN

Apéndice

Las siguientes poesías fueron citadas en la novela; todas ellas pertenecen al libro *Rocas en Flor* del autor:

“Manos y cuerpos”, “Rocas en el jardín”, “El Hombre alado”, “Espejos de la vida”, “La ventana”, “Sombra del árbol”, “El Mar”, “Diálogo con el niño de la guerra”, “La trampa”, “Guerra y Paz”, “La guerra estalla”, “Frágil mujer”, “Figura desnuda” y “Mujer dormida”.

Glosario

Acadios. Del Rey Sargón al norte de la Mesopotamia, 2350 a.C.

Alminar. Torre de la mezquita desde donde se convoca a la oración.

Almuecín. Musulmán que convoca a la oración desde el Alminar.

Amoritas. Tribu semítica que reemplazó a los acadios.

Asirios. 730 a.C. con su Rey Nebuchadnezzar, y luego en el 730 d.C. se asentaron en Irak.

Babuchas. Calzado.

Burka. Tela enrejada que cubre el rostro de las mujeres.

Califa. Gobernantes musulmanes que ejercían el poder Civil y religioso.

Disdasha. Túnica blanca de los civiles varones.

Hammam. Baño público.

Henna. Producto vegetal para teñir el cabello.

Jiyab. Velo islámico que cubre el cabello.

Jotba. Sermón u oración de los viernes al mediodía.

Maadans. Descendientes de los sumerios, habitantes de las marismas del Éufrates.

Marismas. Canales, lagunas y zonas inundadas de agua dulce.

Mashhuf. Embarcaciones de poco calado.

Mezze. Aperitivo.

Mihrab. Nicho de la mezquita donde el imán dirige la oración en dirección a la Meca.

Mimbar. Púlpito.

Partido Baath. Fundado en Siria en 1941.

Ramadán. Noveno mes del calendario lunar.

S'baa el Aazoussa. Alimento a base de huevos, harina, flor de naranjo, aceite de oliva y miel.

Shiitas. Musulmanes que creen en Alí, yerno del profeta Mahoma. Fue el primer Imán o Califa.

Sumerios. Civilización politeísta (3.100 a.C.), del sur de la Mesopotamia.

Sunnitas. Musulmanes ortodoxos, toman las enseñanzas de Mahoma.

Yihad. Esfuerzo. El pequeño Yihad se refiere a la lucha armada.

Zakat. Limosna obligatoria musulmana, consistente en el 2,5% de todo beneficio.

Zoco. Mercado.

ÍNDICE

Cáp. 1.....	2
Cáp. 2.....	6
Cáp. 3.....	9
Cáp. 4.....	14
Cáp. 5.....	16
Cáp. 6.....	25
Cáp. 7.....	30
Cáp. 8.....	33
Cáp. 9.....	34
Cáp. 10.....	50
Cáp. 11.....	57
Cáp. 12.....	63
Cáp. 13.....	72
Cáp. 14.....	76
Cáp. 15.....	81
Cáp. 16.....	88
Cáp. 17.....	95
Cáp. 18	101
Cáp. 19	106
Apéndice.....	115
Glosario	115